

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 15 - 21 diciembre 1957 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Época - Número 472

IFNI

TERRITORIO ESPAÑOL

TODO POR LA PATRIA

EN EL DIALOGO,
LAS RAZONES
FRENTE A LA
AGRESION,
LA FIRMEZA

cuartelamiento de una de las Ban-
deras de Paracaidistas en Ifni
(Información en la página 3.)

Operación «M. V.» (pág. 9) *
Indonesia bajo la violencia
(pág. 12) * Entrevista con
Eloy Montero (pág. 15)
Crímenes del Rin» (pá-
g. 19) * La primera promo-
ción de economistas del Es-
tado (pág. 24) * Viaje a las
Castillas (pág. 27) * Una
aventura sobre los Picos de
Europa (pág. 32) * La se-
mana turística del soldado
(pág. 49) * Vendimia en los
Andes

LA ALDEA, novela,
por Carmen Nonell



EL AHOGO Y LA OPRESION

que producen los
procesos bronquiales
necesitan...

EUBRONQUIOL

BALSAMICO DE ACCION RAPIDA



No hay que pensarlo mucho. Tan pronto aparezcan esas molestias pectorales deberá acudir a la cucharada de Eubronquiol. Lubricando toda la mucosa respiratoria cesa la fatiga, se calma la tos y los exudados patológicos, fluidificados, se expulsan con facilidad. Cuanto antes actúe, mejor. Eubronquiol puede administrarse también en forma de comprimidos y supositorios.



Su médico
le confirmará que
EUBRONQUIOL
es el mejor coadyuvante
de los antibióticos.

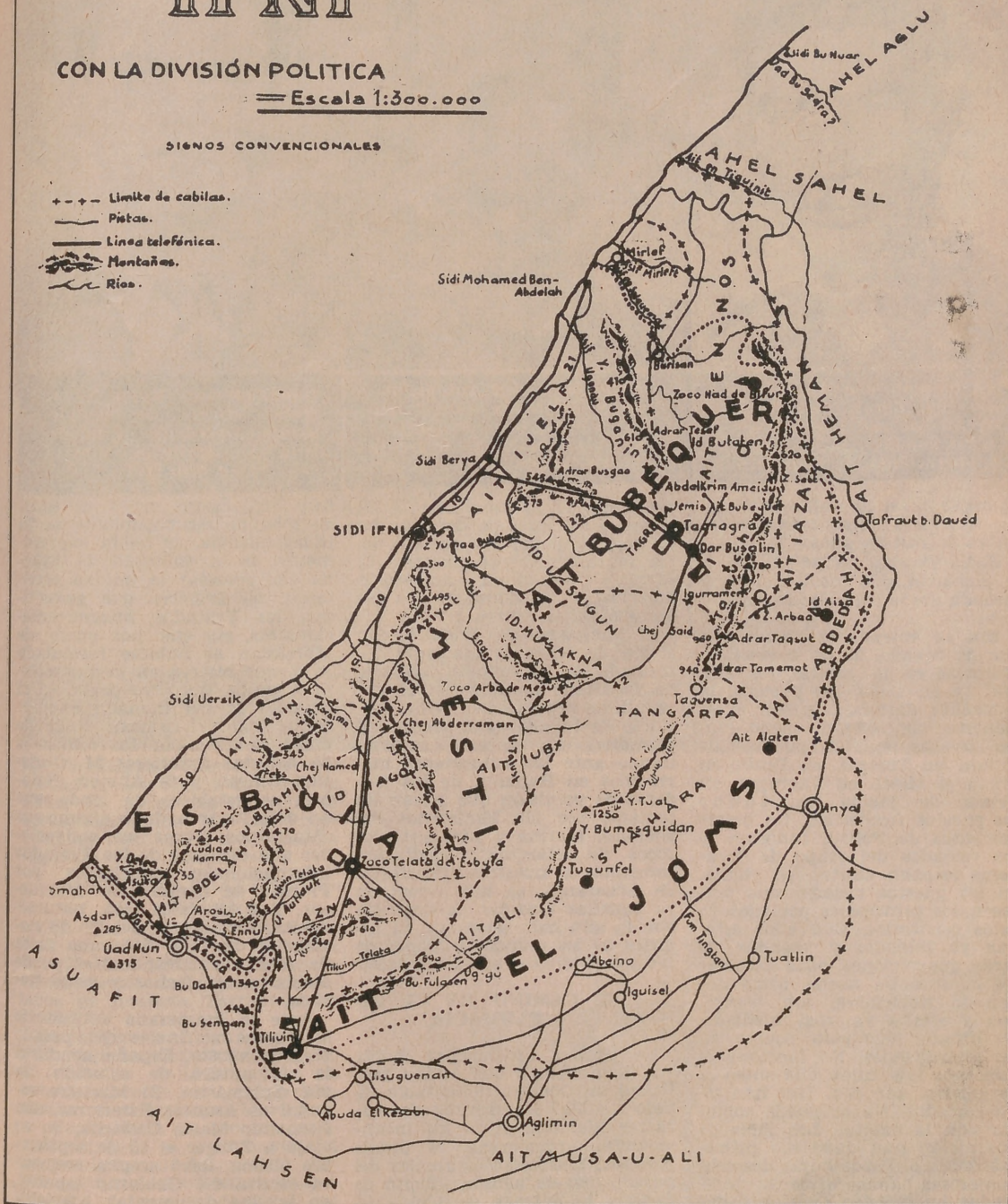
IFNI

CON LA DIVISIÓN POLITICA

Escala 1:300.000

SIGNOS CONVENCIONALES

- Limite de cabillas.
- Pistas.
- Línea telefónica.
- Montañas.
- Ríos.



IFNI, TERRITORIO ESPAÑOL

EN EL DIÁLOGO LAS RAZONES Y FRENTE A LA AGRESIÓN LA FIRMEZA

**BANDAS AL
MARGEN
DE LA LEY**

EN la capital, en los poblados cercanos y en las lejanas comarcas de Bubquer, de Ait-Ijelf, de Isubia, en Ait-Iassa, en Tiuasá, por todas partes, la paz, la tranquilidad, el orden de unos hombres, de unas familias, cuya única ilusión son sus campos, sus palmeras, sus cosechas, que el agua venga a buen tiempo — y siempre llegará en buena hora —, que las ovejas y los bueyes se

alimenten y crezcan en los campos, o que el camello beba y descanse por la noche para que al día siguiente pueda pasear sus gibas por los caminos.

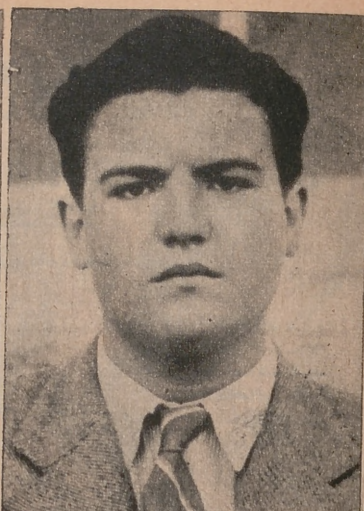
Como en cualquier provincia española, en Ifni, en los Territorios del Africa Occidental Española, los indígenas y los españoles, bien hermanados, vivían tranquilos, seguros, contentos con la paz, el orden, el bienestar y



El teniente don Antonio Ortiz de Zárate, muerto al frente de sus tropas frente a las bandas rebeldes, en las operaciones de Sidi Ifni



El teniente don Antonio Polanco Mejorada, caído frente a las bandas rebeldes cuando combatía al frente de sus tropas de Cazadores



Don Francisco Rojas Navarrete, alférez de complemento, procedente de la Milicia Universitaria, muerto en Sidi Ifni

el mejor nivel de vida que España llevará a estas tierras hace ahora veintitrés años.

Hacia ya algunos meses que esta paz había sido incidentalmente turbada desde las próximas fronteras.

Era ya entrada la noche. Noche de sábado, 23 de noviembre. Mientras en la capital, en Sidi Ifni, y en todos los pueblos, la población dormía, alguien, como siempre, vigilaba el sueño. En las afueras, en los puestos de Tilhuin, en Tluagsá, en Tenín, en Arbaa el Mesti, en Tagragra, en Telata de Isbuia, en todos los puestos fronterizos, los destacamentos de Policía Indígena y los soldados del grupo de Tiradores estaban alertas, en vigilia, en los puestos aislados que protegen los principales poblados de estos territorios. Con ellos estaban ya soldados y mandos de otras guarniciones para reforzar los puestos. La noche, como noche de noviembre, era oscura, fría y estaba ya casi mediada. De pronto, algo raro ocurre en las guarniciones. No funciona el teléfono. Los hilos que unen a los puestos con Sidi Ifni han sido cortados. No se puede comunicar con la capital. Los jefes de guarnición han dado sus primeras órdenes. Pocas horas después, numerosas bandas armadas, infiltradas en nuestro territorio durante la noche, atacan simultáneamente los puestos. Han sonado los primeros disparos. Se tiene noticia de que los bandoleros armados intentan dar un golpe de mano sobre los depósitos de municiones establecidos en las afueras de la ciudad de Sidi Ifni. La reacción de nuestras tropas es rápida y enérgica. En los primeros encuentros se han causado al enemigo importantes pérdidas. Por nuestra parte hay que lamentar la primera sangre derramada heroicamente en defensa de nuestro Territorio: cuatro oficiales de nuestras guarniciones han caído heridos. Entre la tropa, treinta heridos y cinco muertos. Esta será la sangre generosa, la primera sangre española que se derrama contra un enemigo alevoso que, aprove-

chándose de la oscuridad de la noche, y contra todo derecho, ha pretendido poner su pie en tierra entrañablemente nuestra. El enemigo abandona numerosos muertos y prisioneros que se aproximan al centenar.

El Ministerio del Ejército, con el fin de tener debidamente informada a la opinión pública, ha facilitado un comunicado cuyo último párrafo dice: «Sin perjuicio de la adecuada acción diplomática que se está desarrollando ante las autoridades marroquíes en Rabat y de las medidas de previsión que hayan de tomarse por los Ministerios del Ejército, Marina y Aire ante los focos de anarquía y agitación próximos a nuestros Territorios de Soberanía, se han adoptado ya aquellas medidas de urgencia que la situación aconseja. El espíritu de los mandos y tropas de los tres Ejércitos es excelente.»

EL CAMINO DE LA DIPLOMACIA

La acción diplomática hacia ya algún tiempo que estaba realizándose. Con un lamentable olvido de los argumentos de carácter histórico y de los inmovibles argumentos de índole jurídica, Marruecos, a finales del pasado mes de agosto, solicitó de España la entrega de Ifni.

En ausencia del ministro Balafrej, que se encontraba realizando un viaje por el Oriente Medio, el Jefe del Gobierno marroquí, Si Bekkal, reclamó esta entrega. Su argumentación era simplemente ésta: La Soberanía española sobre Ifni no era ya válida, dado que el Tratado hispanofrancés del 27 de noviembre de 1912, que la reconocía, había sido derogado. Hay que recordar que el artículo tercero de este Tratado afirmaba y delimitaba el «establecimiento» de Ifni, otorgado a España por el propio Gobierno marroquí en el artículo octavo del Tratado de Tetuán del 26 de abril de 1860.

Ahora bien: la validez del instrumento diplomático hispanofrancés de 1912 sigue siendo absoluta, ya que en la Declaración

hispanomarroquí del 7 de abril de 1956, de reconocimiento de la independencia, se habla expresamente de la voluntad de España «de respetar la unidad territorial del Imperio, que garantizan los Tratados internacionales», sin que por parte de Marruecos se hubiese formulado la menor reserva en lo que a Ifni respecta. Por otra parte, en el artículo 11 del llamado «Acuerdo de Rabat», firmado el 28 de mayo de 1956 por los ministros de Asuntos Exteriores M. Christian Pineau y Si Ahmed Balafrej, se establece de modo que no deja lugar a duda alguna que «Marruecos asume las obligaciones que resultan de los Tratados internacionales concluidos por Francia en nombre de Marruecos. Y entre éstos está, naturalmente, incluido el del 27 de noviembre de 1912. Sólo una falta de memoria inexplicable puede olvidar estas fechas y estos hechos.

Ante la inesperada actitud de Marruecos a finales del pasado mes de agosto, España acudió a la vía natural de solución: la vía diplomática. El Ministro español de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, en su viaje a Tánger el 15 de septiembre último, llevó amplia respuesta escrita del Gobierno español, en la que documental, histórica y jurídicamente, se rebatían los argumentos marroquíes, ofreciéndose, sin embargo, en gesto amistoso, la clásica fórmula para la resolución pacífica de los conflictos internacionales, como, por ejemplo, la del arbitraje o la del Tribunal de Justicia de La Haya. Los marroquíes, impresionados por la argumentación española, prefirieron seguir tratando el asunto en negociaciones directas, invocando la bien probada generosidad de España.

Se ha dicho malintencionadamente que para estas negociaciones directas, España había puesto condiciones. Es la primera de las muchas falsedades repetidas más tarde. La posición de España no pudo ser más clara: ¿Ejercen las autoridades de Rabat un poder efectivo sobre



Ante el cadáver de uno de los gloriosos caídos desfilan sus antiguos compañeros de Arma. En la fotografía de abajo, los restos de los heroicos tenientes Ortiz de Zárate y Polanco son trasladados a hombros de sus compañeros al avión que habría de trasladarlos a la Península

los territorios fronterizos? La verdad es que desde el Atlas al Dráa, tal poder no es ejercido actualmente sino por las anárquizadas bandas del mal llamado «Ejército de Liberación».

GULIMIN, CUARTEL GENERAL

¿Quiénes eran aquellos hombres armados que en la noche del 23 de noviembre atacaron alevosamente a los puestos aislados de nuestros Territorios de Ifni?

Su origen es bien conocido. Pero vale la pena hablar de él. El «Ejército de Liberación» se constituyó como un ejército clandestino el servicio del Movimiento Nacionalista marroquí, inspirado, dirigido y dependiente del nacionalismo de Marruecos. Luchó fundamentalmente contra Francia, ya que en la Zona del antiguo Protectorado Español no hubo intervención armada de ninguna clase, por cuanto las autoridades españolas habían prometido solemnemente la independencia del Imperio.

Fueron tenaces las luchas por parte de este Ejército con las tropas francesas en distintos lugares de Marruecos, y muy fundamentalmente al sur de la cordillera rifeña, en las proximidades de Aknul, Tizi Uzli y Bured. Al declararse la autonomía, unidad y soberanía plena de Marruecos, este «Ejército de Liberación» fué integrado dentro del Ejército Real, creado por el Sultán. El 3 de julio de 1956 se celebró en la ciudad marroquí de Nador un importante acto: el de la integración simbólica en el Ejército Real de los contingentes del «Ejército de Liberación». Durante él, el príncipe Muley Ha-



sán, jefe de las Fuerzas Armadas, tuvo ocasión de afirmar: «Esta jornada constituirá una jornada histórica, porque desde hoy formará parte de las Fuerzas Reales.» El hecho es que quedaron integrados entonces alrededor de mil hombres, representantes de los cinco mil de los territorios de El Rif y del Marruecos oriental. Pero al margen de esa integración continuaron otros tantos: los de las regiones comprendidas entre el Sur y el Dráa. Y con el nombre supuesto de «Ejército de Liberación» se mantienen en la actualidad numerosos grupos de bandas armadas, con efectivos variables, que se organizan en formaciones de tipo

batallón, están provistas de armas ligeras y que actúan, aparentemente, al margen del Gobierno de Rabat, en la parte sur de Marruecos, al mediodía del Dráa, por las zonas saharianas del Gran Desierto y aun al norte del mismo.

Ultimamente estas fuerzas armadas han tenido encuentros violentos con las fuerzas francesas que operan por la región subargelina y por la región de Mauritania, con combates duros en el sector de Tinduf, Fum-el-Hasan y Bir-Ungrein.

Y no están estas bandas armadas escasas de armamento y municiones de fabricación española-francesa de nueve cartuchos, de

modelo antiguo; de un arma mas corta, el mosquetón de cinco cartuchos, también de origen francés. Y entre el armamento capturado hay también subfusiles y municiones de fabricación española. En su cuartel general se sabe que existe abundante armamento procedente del otro lado del «telón de acero». Entre este armamento figuran metralletas, fusiles y «arbalas» en gran cantidad. Se tienen noticias de fuentes francesas, según las cuales gran parte del armamento francés entregado a las Fuerzas Reales marroquíes fué a parar a estas bandas armadas, al igual que ha ocurrido con el armamento de procedencia española. En cuanto a las armas llegadas del otro lado del «telón de acero», se tiene noticia exacta de que en un puerto perteneciente a una nación satélite de la U. R. S. S. se ha encontrado una buena cantidad de armamento en espera de oportunidad para ser enviada a estas bandas.

Por lo que se refiere al equipo individual del soldado, no observan una adecuada uniformidad. La mayoría van de paisano, portando únicamente el armamento y corraje como prendas típicamente militares. Otros visten un uniforme de color verdoso, con gorro rojo o verde, y otros, con un «tarbuch» color negro, como de piel de astrakán.

Gulimin es una ciudad enclavada al sur de Marruecos, una ciudad fortaleza hecha de adobe. Es un pueblo esencialmente comercial. Nubes de polvo levantadas por reatas de burros, caballos y camellos cargados con cestos de harina, carbón o vegetales pueblan las calles. En la ciudad hay una calle que se llama de los Camellos. Allí está enclavado el cuartel general de las bandas armadas que han atacado los puestos españoles de Ifni. De allí partieron las órdenes para los bandoleros que en la noche del 23 de noviembre atacaron y dispararon contra los grupos de Tiradores y destacamentos de Policía.

UN TELEGRAMA CON DESTINO A IFNI

Al siguiente día del primer ataque, y gracias al valor y al heroísmo de nuestros soldados, la situación en el territorio de Ifni iba evolucionando favorablemente para nuestras fuerzas. La capital y sus diez mil habitantes se encontraban completamente asegurados contra todo intento. Las guarniciones del interior resistían con envidiable espíritu, con abnegación absoluta. Las unidades de refuerzos enviadas, con la cooperación de la Marina y la Aviación, continuaban sus movimientos con el fin de limpiar de bandas extrañas los territorios amenazados por sus incursiones. Las bajas producidas a las bandas atacantes habían sido cuantiosas, conociéndose la llegada al Hospital de Agadir, a los de Gulimin y Bu-Izcara y a otros, de varios centenares de heridos en total.

Mientras tanto, la población civil, tanto los nativos como los españoles, continuaban manifestando un espíritu de total penetración con nuestras autori-

dades militares. El día 29 de noviembre llegaba al Gobernador General del Africa Occidental Española, a los jefes y oficiales de las guarniciones y a toda la tropa un telegrama de España. Lo firmaba el teniente general Barroso, Ministro del Ejército. Y decía: «Su Excelencia el Generalísimo me encarga transmita a los mandos, oficiales, suboficiales, clases y soldados de las guarniciones del Territorio Español de Ifni y Sahara su más ardiente felicitación por su conducta y heroico comportamiento ante el alevoso ataque de que fueron objeto esos territorios. Salúdale muy cariñosamente.—Barroso.»

Tiliuin es uno de tantos puestos defendidos. Tiliuin es una llanura de unos ochenta y cinco kilómetros cuadrados que se extiende de Este a Oeste en la margen del río Saïad. Es la zona predesértica que se acerca al mar. La zona más rica y de mas sorprendente vegetación de todo Ifni. Las bandas armadas la habían cercado con considerables efectivos, y en la mañana del tercer día quedó liberada por la acción de refuerzo de las fuerzas paracaidistas lanzadas desde el aire. Los legionarios paracaidistas comenzaban a escribir una de las primeras y bellísimas páginas de su joven historia. En Ifni, los paracaidistas españoles han volado alto. Altos sus paracaídas y más altos su honor, su valentía, su heroísmo. Ellos fueron los que en la mañana del día 30 limpiaban la zona de Tiliuin y restablecían las comunicaciones de la zona sin sufrir una sola baja. La Aviación y la Marina continuaban actuando eficazmente en apoyo de las fuerzas de tierra.

Diciembre comenzaba con los mejores auspicios. El comunicado del Ministerio del Ejército decía: «La actividad de las bandas rebeldes ha sido muy limitada durante todo el día, habiéndose recibido informes que confirman el gran efecto que les ha producido la brillante operación de las fuerzas paracaidistas en la zona de Tiliuin en la jornada del día de ayer.»

CUANDO LA RAZON SE IMPONE

Era natural que, ante la injusticia y la alevosía, el mundo alzase su voz en favor de España. La Prensa extranjera se hacía portavoz de opiniones que venían a fortalecer la postura española, que es la postura de la verdad.

«Le Monde» señalaba que al tiempo de ir Mohamed V a presentarse en los Estados Unidos como defensor del orden marroquí y adalid de la paz mogrebí, poco podía adelantar el prestigio internacional de Marruecos con la demostración de la falta de autoridad sobre el llamado «Ejército de Liberación» demostrada en los sucesos de Ifni.

Por su parte, «La Dépêche du Midi», de Toulouse, señalaba la presencia comunista en el planeamiento de la operación de los rebeldes. Lo mismo reaccionaba la Prensa inglesa. Bajo el título «Enigma marroquí», el «Daily Telegraph» señalaba que estos incidentes sólo podían producir dificultades a Mohamed V, cuan-

do precisamente se esfuerza en convencer a los Estados Unidos de la estabilidad de su posición en su país y de la formalidad de sus tratos con el exterior. El periódico inglés terminaba afirmando que todas las presunciones eran contrarias al puesto de que España hubiese provocado los incidentes, y favorables al de que Ifni es una nueva señal más de las dificultades internas marroquíes.

En el «Daily Express» se formulaba la más grave acusación hecha hasta ahora de la participación de elementos oficiales marroquíes en los sucesos de Ifni. Estaba escrita en una información enviada a este diario por su corresponsal en Gulimin. El corresponsal se llama Sidney Smith. El periodista británico contaba que las autoridades marroquíes le pusieron bajo la protección del supercaid de Gulimin, Si Abderramán Ziate. Este le dijo: «Naturalmente, nosotros no tenemos nada que ver con esto oficialmente.» El «Daily Express» subrayaba la palabra «oficialmente» para hacer ver la malicia con que fué pronunciada. Más tarde, este corresponsal británico sería expulsado de Gulimin y de Marruecos.

El «Diario Popular», de Lisboa, comentando en un largo y bien documentado editorial los acontecimientos de Ifni, escribía: «España ha ejercido su Soberanía con ese generoso espíritu de comprensión de los pueblos rectos, que es uno de los más legítimos títulos de gloria de las naciones peninsulares, misioneras por excelencia de la civilización occidental. La agresión desencadenada contra estos territorios es tanto más insólita por cuanto España manifestó siempre su simpatía por las reivindicaciones del nacionalismo marroquí.»

LA MEDALLA MILITAR, EN EL CAMPO DE COMBATE

La acción de nuestras fuerzas proseguía con el mismo éxito. El día 3 se había restablecido la normalidad en la posición de Arbaa el Mesti, que fué totalmente liberada. Se había liberado también el importante nudo de comunicaciones de T'Zelata de los Isbuias, tomando contacto con su guarnición, a la que se había encontrado con magnífico espíritu tras los brillantes combates que mantuvo.

Otra vez nuestras columnas establecieron contacto con otra sección de paracaidistas que combatía desde el primer día contra bandas muy superiores en número. Su jefe, un teniente joven, apenas cumplidos los veinticinco años: el teniente caballero legionario paracaidista don Antonio Ortiz de Zárate y Sánchez de Movellán. Había resistido el teniente heroicamente y heroicamente sucumbió, junto con otros cuatro legionarios paracaidistas. Alrededor, catorce de estos legionarios se encontraban heridos. A pesar de todo, esta unidad había venido avanzando varios kilómetros, batiéndose brillantemente y defendiéndose cuando no podía avanzar, hasta que en esta situación, y con un alto espíritu de sacrificio y de patrio-



La Torre alta del faro internacional de Cabo Bojador, alevosamente asaltado por una banda de bandoleros. Poco después sería de nuevo ocupado por las fuerzas españolas

tismo, fué liberada por nuestras columnas.

El comunicado del Ministerio del Ejército de este día terminaba con esta frase lacónica y expresiva: «Al cadáver del teniente Ortiz de Zárate se le ha impuesto la Medalla Militar por orden superior.» Lenguaje castrense, lenguaje sencillo, como corresponde a las grandes gestas del heroísmo.

La biografía de este oficial del Ejército español puede resumirse en muy pocas líneas, pero tal vez serían necesarias muchas páginas para hablar de su virtud, de sus virtudes. Sentía, sobre todo, el orgullo de saberse perteneciente a la gran familia militar española, rindiendo siempre un profundo tributo de admiración a sus ascendientes soldados en la persona de su padre, el teniente coronel Ortiz de Zárate, muerto gloriosamente en acción de guerra durante las operaciones de Erláiz, Peñas de Aya. Sobre el pecho de su padre brilló también, y en campo de batalla, la Medalla Militar individual. Nació Antonio Ortiz de Zárate, el valiente legionario paracaidista, en San Sebastián, el 30 de octubre de 1931. El día 24 de julio de 1950 ingresa en la Academia General Militar, y alcanza el grado de teniente en diciembre de 1954. Es, entonces, cuando marcha voluntario a la Legión, de donde pasa, en 1956, al Cuerpo de Cazadores Legionarios Paracaidistas. En enero de 1957 marcha voluntario a Ifni con su Bandera, que había de relevar a la que estaba de guarnición en aquel sector. Ortiz de Zárate era un joven militar trabajador, estudioso, serio y cumplidor riguroso de su deber. Y a la vez, un hombre alegre y bondadoso. Amaba el riesgo y la aventura y amaba a sus compañeros, con un respeto profundo a sus jefes y un cariño indecible a sus subordinados. Los últimos, en su última hora, le cubrieron con la bandera

española; los primeros pusieron sobre su pecho herido la Medalla Militar.

Cuando la madre del teniente Ortiz de Zárate tuvo noticias de los hechos ocurridos en Ifni, marchó a Las Palmas para estar cerca de él. En estas fechas ya había salido el hijo para la zona de T'Zelata. Tuvo noticia de que su hijo había caído en acción de guerra, en la capital canaria adonde le fué comunicada por el Ministerio del Ejército.

En la tarde del día 7 de diciembre llegaba a Madrid el cadáver del heroico teniente.

En ese mismo día llegaban también los restos de otro heroico soldado, de otro teniente caballero legionario paracaidista: del teniente don Antonio Polanco Mejorada, caído gloriosamente frente a las bandas rebeldes cuando combatía al frente de sus tropas de paracaidistas liberando la posición de Tiuagsá. Murió el día 5 de diciembre. En Getafe se instaló la capilla ardiente. Allí estaban las coronas de flores de los jefes militares y de sus compañeros de promoción.

El teniente Polanco había nacido en Madrid el 13 de agosto de 1928. Salió de la Academia de Infantería en diciembre de 1952 y fué destinado a la Agrupación de Tropas de Montaña, núm. 9, de guarnición en Sabinánigo. En 1956 pasó a la segunda bandera de Paracaidistas del Ejército de Tierra, de Alcalá de Henares, de donde salió con el título de cazador paracaidista en mayo del mismo año. Poco más tarde, el

6 de junio, contraía matrimonio con doña María Dolores Tapia, y de este enlace nació una niña que ahora cuenta siete meses. En enero de 1957, con la segunda bandera de Paracaidistas, la misma en la que prestaba sus servicios Ortiz de Zárate, salió para Sidi Ifni. Unidos en la vida militar y unidos en el heroísmo, en muerte heroica y ejemplar.

Antes había ocurrido ya el bárbaro asalto por una banda de malhechores al faro internacional de Cabo Bojador, en el Sahara Español. La banda lo había saqueado y habían averiado gravemente sus instalaciones. Los dos torrereros y sus familias habían desaparecido, y unas huellas de sangre eran señales inequívocas de que se trataba a mano armada.

La identidad de los agresores se estableció perfectamente, ya que habían abandonado municiones y efectos análogos a los de la partida que atacó a un convoy español en El Aïun.

Se había liberado y evacuado ya también la guarnición de Tiliuin, en el extremo sudeste del Territorio Español de Ifni. Las zonas inmediatas habían quedado limpias de bandoleros.

«ESPAÑA ENTERA PUEDE CONFÍAR EN NOSOTROS»

Como muestra del heroísmo y del comportamiento de los defensores de los puestos será bueno copiar aquí algunos de los partes recibidos en el Estado Mayor. Uno del teniente comandante del puesto del Tenin al Gobernador

Lea usted todas las sábadas

“EL ESPAÑOL”

General dice así: «Todos orgullosos de combatir a vuestras órdenes. No necesitamos socorro. Podemos esperar aún mucho tiempo. No somos héroes, pero si estos bandoleros nos dan ocasión demostraremos nuestra estirpe española. A sus órdenes. ¡Viva España!» Otro de Telata dice: «Están atacando puestos de policía. A las 20.30 horas falleció brigada policía. Siguen graves sargentos y soldado tiradores. 21 horas, ataque fortísimo con bombas de mano. Por lo demás, sin novedad» Otra vez el laconismo militar impresionante lleno de emoción en su silencio.

Con la liberación de las guarniciones de Tiugás y zoco El T'Zenin terminaba la primera fase de las operaciones llevadas a cabo metódicamente por las fuerzas de los tres Ejércitos. El comunicado del día 9 decía: «En el momento actual nuestras fuerzas han deshecho toda acción adversaria co-ordenada y solamente persisten en el territorio partidas aisladas cuya actividad se limita a hostigar a nuestras columnas en marcha al amparo del terreno y a hacer acto de presencia en las zonas que durante su recorrido abandonan circunstancialmente las fuerzas propias para tener ocasión de proclamar así su ocu-

pación con fines propagandísticos.»

Estas partidas aisladas de bandoleros habían de dar muerte todavía a otro heroico oficial, un alférez de las Milicias Universitarias que murió al frente de su sección. Es el primer oficial de las Milicias Universitarias que muere en acción de guerra. Su nombre, Francisco Rojas Navarrete, natural de Ubeda. Había terminado ya el plazo reglamentario de prácticas y marchó voluntario a Ifni. Tenía recién terminada su carrera de Derecho. Sobre el pecho del heroico alférez luce también la Medalla Militar.

Cuando se le dió la noticia a su padre, concejal del Ayuntamiento de Ubeda, don Luis Rojas respondió al coronel:

—No es preciso que me digan nada.

Hubo un silencio impresionante. —Sólo me queda el consuelo de saber que ha muerto como un valiente, de saber que ha muerto por defender a España.

Nueve hermanos lloran al alférez muerto. Le llora una familia cristiana y le lloran sus compañeros de la Milicia Universitaria, que en él han visto el más alto ejemplo. Y España entera le llora y le rinde homenaje.

En el hospital de Las Palmas moría también el día 10 de diciembre el capitán médico don Francisco Javier Amorhousa. Un capitán ejemplar.

Como el heroico capitán legionario don Venerando Pérez Guerra, fallecido en el mismo hospital a consecuencia de las heridas sufridas al repeler un ataque en El Aiun.

En este mismo día el Ministerio del Ejército facilitaba el número total de bajas habidas desde el comienzo de las operaciones: Oficiales, cinco muertos y tres heridos; suboficiales, tres muertos y siete heridos; tropa, 54 muertos y 105 heridos.

Una lista que se suma a las listas gloriosas de nuestros tres Ejércitos. Los tres, Marina, Aviación y Tierra, han demostrado una vez más hasta dónde llega el valor y el espíritu del soldado español cuando España necesita de ellos.

«España entera puede confiar en nosotros.» Estas palabras las pronunciaba el general Zamalloa en una vibrante alocución.

Y España lo sabe. Y lo saben también esas bandas armadas que en la noche del 23 de noviembre creyeron que España puede soportar injusticias o vejaciones.

Ernesto SALCEDO

DOS LEMAS DEL CAMPO ESPAÑOL

EL objetivo fundamental de toda buena política agraria ha de cifrarse naturalmente en un mayor aumento de la productividad de la agricultura; pero aumentar la productividad no quiere decir sólo incrementar la producción agrícola y ganadera. Quiere decir algo más concreto y específico: acrecentar esa producción por unidad de trabajo empleado en conseguirla. Y este acrecentamiento habrá de lograrse a través de un positivo aumento de los rendimientos unitarios, inexcusable premisa para que el hombre del campo, el trabajador ligado entrañable y directamente a la agricultura, disfrute un mayor nivel de vida. No se trata sólo de circunscribir el problema a un simple perfeccionamiento de distribución. No es suficiente. Será siempre necesario el cumplimiento de dos lemas fundamentales: producir más y distribuir mejor. Dos lemas muy presentes en el campo español.

En el discurso inaugural del IX Pleno del Consejo Económico Sindical, el Ministro de Agricultura ha expuesto las directrices generales de su Departamento ante una nueva fase en la política agraria española.

«El sector agrario está obligado a acelerar y perfeccionar sus elementos económicos, pero bien entendido que sobre bases de estabilidad y confianza, a fin de que en el plazo más breve posible puedan lograrse los objetivos apetecidos.»

Se habrá siempre de insistir en la necesidad de incrementar la producción de todos aquellos bienes de consumo que, ante la demanda cada día más fuerte, nacida por un más alto nivel de vida, hayan podido quedar por debajo de las necesidades actuales.

Y ante esta demanda creciente España está segura de contar con la colaboración de todos los agricultores españoles en el propósito irrenunciable de incrementar la producción agrícola y ganadera. «El campo está dispuesto a aceptar aun las más abrumadoras responsabilidades siempre que a la agricultura se le faciliten los medios que precisa para su normal desenvolvimiento.»

A lo largo de nuestra Historia nunca se hizo tanto en este sentido como en los últimos años. También es preciso confesarlo. Las inversiones directas o indirectas del Estado en la agricultura se han multiplicado, y dictada está ya la legislación fundamental en materia de transformación agraria. De esta nueva política buena muestra son los créditos agrícolas, las ayudas técnicas, los fertilizantes buscados y proporcionados por el Estado para nuestras tierras, la selección de semillas, los monocultivos, la maquinaria, una intensa sanidad vegetal, una mayor depurada técnica de cultivo y un racional aprovechamiento de nuestro suelo. Ejemplos que dicen algo de lo mucho que en este camino se ha andado.

Ha insistido el Ministro de Agricultura en la necesidad de técnicos menores al servicio de nuestros campos. En esta hora fundamental nuestra agricultura sigue la presencia y acción de un verdadero ejército de técnicos menores, de hombres preparados y situados como auxiliares de los técnicos superiores y medios, de ingenieros y peritos. Entre éstos y el agricultor ha de existir un estamento intermedio capataces de las distintas especialidades agrícolas, forestales y ganaderas.

Estos técnicos menores están a punto de salir de las Escuelas de Capacitación en número suficiente para que su ausencia no sea un problema. Serán hombres salidos de las mismas filas de los hombres del campo, de quienes a su vocación han unido una experiencia de siglos.

Dos factores esenciales condicionan la mayor demanda de la producción interior de bienes de consumo: el aumento natural y constante de la población y la creciente presión que impone el mejoramiento del nivel de vida. Los dos factores son una realidad concreta en España. Ante estos dos argumentos el campo responde con su respuesta de siempre: el afán por una mayor producción, estimulada por la constante presencia y ayuda del Estado.

EL ESPAÑOL

OPERACION «M V»



La perfumería, la industria química y las manufacturas de piel se beneficiarán de la nueva Operación

Exportación de manufacturas de madera y piel, confecciones textiles, vidrio y cerámica, productos químicos, farmacéuticos y de perfumería

El 20 por 100 del valor de las ventas para la renovación de la maquinaria



CON el fin de promover la exportación de los productos industriales no metálicos y manufacturados de madera, y siguiendo los precedentes de las operaciones especiales creadas para estímulo de las exportaciones de diferentes productos, especialmente de transformados metálicos, cuyos resultados beneficiosos son patentes, el Ministerio de Comercio acaba de crear una Operación Especial denominada «M V», que se desarrollará en todo el ámbito del territorio nacional, y a la que podrán quedar voluntariamente adscritos los industriales y exportadores de manufacturas de madera, artículos de vidrio y cerámica, manufacturas de piel, productos químicos, farmacéuticos y de perfumería y confecciones textiles. Para el mejor desarrollo de la Operación «M V» la misma orden que la creaba disponía la supresión de la Operación «M U», nacida el 1 de junio de 1954, y que

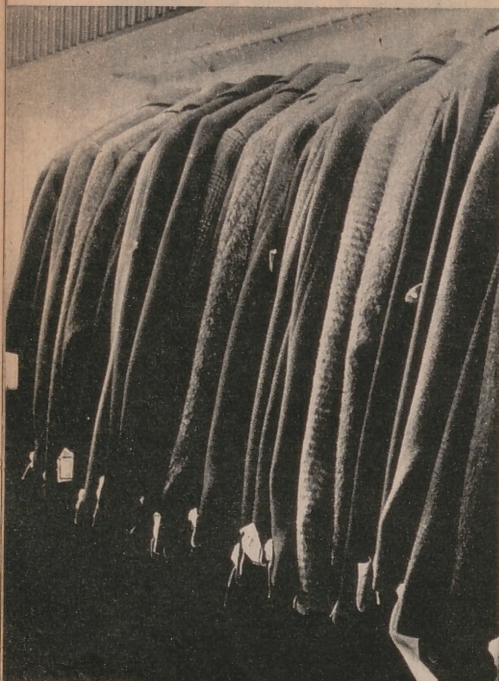
a partir de ahora quedará integrada en esta otra, de carácter y volumen mucho más amplio, como puede verse.

Estas operaciones de exportación, patrocinadas por el Ministerio de Comercio, no tienen otro objeto que de un lado, ampliar el contingente de envíos a países extranjeros de los productos españoles en ellas incluidos, y de otro, favorecer, mediante cambios adecuados y reservas de divisas para renovación del utillaje, a los propios exportadores. De esta manera, a la vez que la Operación pone en contacto a proveedores con clientes de lejanas latitudes, permite una mejora en los procesos de fabricación ya que, destinando el 20 por 100 del valor de lo exportado como reserva aplicable a la renovación de maquinaria, supone para un futuro próximo una rebaja en los costos, un aumento en la producción y, por tanto, unas condiciones de venta

al extranjero mucho más ventajosas, aparte, naturalmente, el beneficio que esto representa para los propios consumidores nacionales.

LOS PROPIOS EXPORTADORES EN EL ESTADO MAYOR

Otra faceta importante de estas operaciones exportadoras estriba en que los propios industriales interesados en la exportación son los que las dirigen y supervisan. En efecto, para cada uno de los sectores indicados, es decir, para las manufacturas de madera, vidrio y cerámica, manufacturas de piel, productos químicos, farmacéuticos y de perfumería y confecciones textiles, se constituirá una respectiva Comisión, con un presidente designado por el Ministerio de Comercio entre los industriales más destacados de cada sector, y como vocales un



Las confecciones textiles se incluyen por vez primera

técnico comercial y un representante de cada uno de los grupos que integran cada sector, designado también entre los fabricantes o exportadores de los productos en cuestión. Asimismo, en la Comisión ejecutiva, que es la que determinará, en definitiva, las normas por las que en cada momento ha de regirse la Operación formarán parte, como vocales, los presidentes de las cinco Comisiones o vocal que éstos designen.

Como puede verse, la coordinación entre el Departamento ministerial y los fabricantes o exportadores es perfecta. El Ministerio pone a disposición de las Empresas fabriles toda su experiencia, todos sus medios de información y de protección y todas las garantías legales, tanto en el orden interior como una vez salidos los productos a los mercados extranjeros y las Empresas intervienen de manera personal y directa en la marcha de la Operación, sirviendo su presencia de esta manera no sólo de estímulo y de eficacia, sino de oportuno consejo para disponer aquellas medidas que conforme al desarrollo de la exportación haya necesidad de tomar acuerdo con los puntos de vista industrial y nacional, supuesto el mejor beneficio para todos.

Cabe, por último, destacar en esta exposición general de la estructura de la Operación «M V» el carácter absolutamente voluntario que para todos los exportadores supone la integración en esta modalidad comercial. Naturalmente, es lógico pensar que, aparte los beneficios monetarios en cambios y las reservas para utilitar la unión de todos hará la efectiva fuerza para la solución de las dificultades comunes o particulares.

TRAJES ESPAÑOLES PARA EUROPA Y AMÉRICA

Por primera vez en la historia

de la industria textil española, al conjuero de la Operación «M V», España va a exportar masivamente confecciones textiles.

El comercio español de exportación en el orden textil se ha venido descomponiendo, hasta ahora, de la siguiente manera. En el ramo de algodón, durante el año 1956 se exportaron 3.240 toneladas de tejidos correspondiendo, tanto en valor como en cantidad, a los estampados la mayor parte. La prioridad de los estampados es normal en el aspecto exportador algodonnero, ya que la especialización de la industria española en este sentido la han hecho acreedora de estima en los mercados extranjeros. En segundo lugar se sitúan las pañas y veludillos, siguiéndole los crudos y los popelines. Inglaterra ha sido nuestro primer cliente, con más de un 30 por 100 de ventaja sobre Turquía y Australia, sus más inmediatos seguidores.

Por lo que respecta a la lana, nuestras exportaciones de manufacturas laneras han pasado de 300 toneladas en 1952 a 550 toneladas en 1955 contándose, además, en esta especialidad, con unas favorables perspectivas, ya que al grado de bondad que han alcanzado las manufacturas laneras españolas se une el hecho de contar con una producción nacional de primera materia en proporción muy superior a las de otros países con los cuales se ha de competir en el terreno internacional.

La seda es otro de nuestros productos textiles mundialmente estimados. Tejidos lisos de fantasía o estampados, forrería, tapicería, cintas, tejidos de punto Ketten, mantillas, blondas y bordados cintas elásticas, corbatería, pañuelos y «echarpes» lisos y estampados tejidos para corbatas, tejidos para ornamentos de iglesia, casullas, estandartes, medias y calcetines, son mundialmente apreciados, hasta el punto de que en el año 1956 se ha conseguido entre todos ellos, un volumen de exportación que alcanza los setenta y cinco millones de pesetas.

Las fibras artificiales —especialidad de la moderna industria textil, y de las que España, que en el año 1946 produjo solamente 6.103 toneladas, ha llegado en 1956 a las 34.618 toneladas de fibra artificial cortada— han ampliado extraordinariamente su volumen de exportaciones ya que, desde el 14 de julio de 1955 en que se dictó la disposición reguladora de las ventas al exterior hasta el 1 de enero de 1957, España exportó cerca de 12 millones de metros de tejidos de fibra celulósica cortada.

Pues bien; confecciones textiles no se habían exportado hasta ahora en la forma organizada y directa que se va a hacer. Trajes de caballero, de señora o de niño; vestidos de noche, de fiesta o de fantasía; abrigos de todas clases; prendas infantiles, etcétera, etc., irán a los Estados Unidos, a Canadá, a Inglaterra y a Alemania, que han sido los clientes que, interesados en la magnífica calidad, línea y elegancia de las creaciones españolas, han solicitado adquirir dichos productos en cantidades importantes. Por Nueva York, por

Londres, por Quebec o por el mismo Berlín, americanos, ingleses, canadienses o alemanes irán vestidos con modelos y paños españoles; la operación «M V» habrá sido el perfecto vínculo para ello.

EL CALZADO, EN EL PRIMER PLANO DE LAS MANUFACTURAS DE LA PIEL

Junto al vestido, su complemento es el calzado. España ha sido y es un país tradicionalmente extraordinario en esta actividad fabril Calzados de Mallorca, de Levante, de Cataluña, tienen fama no sólo dentro de España, sino fuera de ella. A la calidad y volumen de nuestra producción de calzado ha venido a ser factor decisivo, aparte la valía de los creadores, fabricantes y simples operarios, nuestra pujante industria del curtido.

España está hoy preparada para curtir toda la piel que necesita su industria. En el año 1936 se importaba al año unos 200.000 kilogramos de pieles curtidas; hoy no hace falta la citada importación, ya que la cantidad de pieles extranjeras necesarias para nivelar nuestro consumo se trae en bruto y se curte en nuestras tenerías, con lo que se lleva a cabo un importante ahorro, tanto en divisas como en precio para los industriales españoles. Esto por lo que respecta a la producción ambrera, que en el caso de pieles laneras y cabrias España se autoabastece con las propias e incluso exporta al extranjero.

De la piel, del cuero, saldrá luego toda esa gama de calzados, marroquinería, guarnicionería, confecciones de piel para abrigos o vestidos, capotes, chaquetones, bolsos, cinturones y demás objetos de uso o adorno en los que España, para nuestra fortuna, puede ofrecer muestras magníficas de gusto, de calidad y de belleza.

Pues bien, al amparo de la Operación «M V», el millón de dólares anuales a que alcanzaban en este ramo de manufacturas de la piel, las anteriores exportaciones, aumentará extraordinariamente, ya que desde Estados Unidos, Alemania e Inglaterra principalmente y, entre otros, han llegado importantes demandas de calzados y artículos de piel para uso y consumo de los habitantes de aquellas naciones.

OLORES, ESENCIAS Y PERFUMES EN LAS FLORES DE ESPAÑA

La Operación «MV» tiene dispuesta para la perfumería española—inserta en el gran marco de la industria química y farmacéutica— un porvenir traducible en una cifra de exportación de más de doscientos millones de pesetas anuales.

La industria moderna de la perfumería aísla, para la elaboración de sus productos, los principios contenidos en el reino vegetal y a esto contribuye eficazmente la botánica, ya que descubre nuevas plantas que proporcionan esencias, bálsamos y resinas de olor agradable. Porque, para llegar a

uno de esos diminutos frascos de esencia o de colonia, ha habido antes que pasar por toda una serie de estadíos básicos sin los cuales es imposible lanzar al mercado esas olorosas creaciones, sueño de damas y también de caballeros, cada uno en su particular y específico caso.

Lo mismo en la antigüedad que en nuestros días, la perfumería ha tenido que recurrir al comercio internacional para completar sus elaboraciones. Por ejemplo, en la actualidad, uno de los productos más necesarios y notables para la perfumería es el ámbar gris que se recoge flotando en los mares tropicales y que al parecer se debe a un cálculo intestinal del cachalote, y el civeto o algalia, materia odorífera segregada por la civeta, animal propio de los países cálidos del antiguo mundo; ambas sustancias se utilizan, entre otros productos igualmente raros y escasos, en la fijación del principio volátil de los perfumes.

Pero es en la flora, en las plantas aromáticas, donde se encuentra el gran vivero de los perfumes. Y en este sentido, el terreno, el clima y la luz influyen en la flora de España dando una gran selección de plantas aromáticas, propias para esta industria, entre las que descuellan el romero, el tomillo y el espliego y algunas otras que como la salvia, el poleo, la ruda, el mirto, la verbena, el eucalipto y la mejorana se cultivan especialmente o crecen en régimen estepario.

La escala de olores, establecida por Haller y Linneo, es la siguiente: etéreos, aromáticos, balsámicos, ambrosíacos, aliáceos, empiremáticos, caprílicos, repugnantes y nauseosos. Los aromáticos se subdividen en alcanforados (alcanfor, romero y eucalipto), de drogas (pimienta, moscada y canela), de anís (mentol y timol), de limón y sosa (sándalo y cidra) y de almendra (ácido cianhídrico y nitrobenzol). Las esencias se clasifican así: esencias pobres en oxígeno (ricas en terpenos): esencias de trementina, de limón, de bergamota, de romero, de espliego, de eucalipto, de hisopo, de laurel; esencias ricas en oxígeno: de anís, de hinojo, de comino, de tomillo, de cayepu, de menta, de galteria, de manzanilla, de rosas, de angélica, de violeta; esencias nitrogenadas: esencias de capuchina, de ajo, de cebolla, de asa-fétida, de mostaza. Una gran mayoría de las plantas que producen bálsamo, esencias u oleorresinas aromáticas se encuentran en España, tales como el abeto y piñas de melocotón y albaricoque, el laurel, el limón, la bergamota, las naranjas amargas, el azahar, la lima, la mandarina, las flores de zahar, la violeta, el eucalipto, el anís, el hinojo, la alcarabea, el jazmín, el espliego, el romero, el tomillo, el pachuli, la menta piperita, el orégano, etc., lo que unido a otras materias primas elaborables, como los sebos y el aceite de oliva, el aceite de orujo, la sosa caustica de Torrelavega, el alcohol de melaza y el de grano, colocan a España en si-

tuación privilegiada en la industria perfumera, sobre todo en lo que concierne a la producción de aceite esencial, del que España fabrica millón y medio de kilogramos, y en la destilación de esencias, como las privilegiadas esencias de tomillo y de geranio—el famoso geranio rosa de Medinasidonia—que no admiten comparación en parte alguna del mundo.

Pues bien, la Operación «MV» facilitará la exportación de esencias y aceites esenciales por valor de más de doscientos millones de pesetas al año, ampliando las cantidades hasta ahora conseguidas, y, lo que es mejor, dando la posibilidad, como en los otros sectores, de una modernización de la maquinaria con lo que la competencia futura en el extranjero aumenta todavía más a nuestro favor.

Por lo que respecta a la industria química y farmacéutica se seguirán análogas tendencias. Baste consignar, por ejemplo, que nuestra industria farmacéutica, que en el año 1936 era prácticamente nula, cuenta hoy con más de mil empresas que tienen invertido un capital conjunto del orden de los mil millones de pesetas, que fabrican 200 millones de ejemplares de medicamentos de todas clases y de toda garantía y que ahorran a nuestra balanza de pagos una cantidad de divisas equivalentes a la cifra de cincuenta millones de dólares al año.

MUEBLES, VIDRIOS Y CERAMICAS

El mueble estaba anteriormente inserto en la extinguida operación «MU». La principal novedad que introduce la Operación «MV», en la exportación de muebles españoles al extranjero, es la profunda y sistemática penetración en el área de moneda dura con clien-

tes establecidos en los Estados Unidos, Venezuela, Bélgica, Cuba y Alemania en gran volumen de demanda. Además, se quiere llegar a una cifra récord de doscientos millones de pesetas anuales, en el conjunto de los muebles que salen de las diversas regiones españolas para el mundo.

Por lo que respecta al ramo de vidrio y cerámica, dos son los principales productos de este sector que se beneficiarán por sus características, de las ventajas de la exportación: los azulejos—Valencia, Onda y Manises son los centros productores de mayor importancia—y la cerámica artística, creada en nuestras escuelas, centros o talleres de artesanía, de tan magnífica calidad, gusto y acierto. Los azulejos encontrarán comprador en los tradicionales mercados del Oriente Medio y de Cuba, esta vez en mayor cantidad, y la cerámica en Estados Unidos e Inglaterra.

Por lo que respecta al vidrio, los productos que se exporten irán principalmente a Estados Unidos, Venezuela y Brasil y rebasarán a buen seguro, la cifra de los ciento cincuenta millones de pesetas anuales.

Esta es, en síntesis, la estructura, los beneficios, las conveniencias y las ventajas de la Operación «MV». Y éste ha sido también un esquema de la situación de la industria española en estos sectores. Como ha podido verse, a las peticiones venidas de fuera, los pedidos responderán en calidad inmejorable, porque reconocida la tiene la industria española; esa industria que a fuerza de trabajo y de constancia ha llegado al alto puesto que tiene y que se merece, pero que en el futuro será mejor porque de la Operación recién nacida eso cabe esperar.

(Fotografías Heneocé)



Los muebles han pasado de la antigua Operación «M. U.» a la nueva, «M. V.»

INDONESIA, BAJO LA VIOLENCIA



El Presidente Sukarno. La situación en Indonesia atrae la atención del mundo

TRES SIGLOS Y MEDIO DE PRESENCIA HOLANDESA QUE SE QUIEREN OLVIDAR

OSCURAS PRESIONES SOBRE EL PRESIDENTE SUKARNO

EL día 3 de diciembre las comunicaciones telefónicas entre Yakarta y Holanda quedaban interrumpidas. Todos los periódicos en lengua holandesa dejaban a su vez de aparecer y sobre los tejados y balcones de muchos edificios y comercios de la misma nacionalidad flotaban las banderas de los Sindicatos comunistas. En el hotel de las Indias, uno de los más famosos de la ciudad de Yakarta, los empleados, con bandas rojas al brazo, se hacían cargo del negocio. En uno de los Bancos holandeses, al director y a sus inmediatos colaboradores los encerraron en un despacho.

La colonia neerlandesa, sobre todo en las islas más lejanas, estaba medio incomunicada y sus Consulados cerrados. En las plantaciones de caucho y azúcar se procedía igualmente a la incautación provisional o definitiva, nadie sabía nada, de bienes y tierras. Cerca de sesenta mil holandeses se veían forzados, de la noche a la mañana, a evacuar Indonesia.

En realidad, con estos procedimientos de bloqueo, boicot y violencia, el Presidente Sukarno quiere poner al Gobierno holandés entre la espada y la pared de tener que entregar, a cambio de la protección de sus connacionales, el territorio occidental de Nueva Guinea, reclamado por el Gobierno de Yakarta.

No obstante, el problema no queda sólo constreñido al revisionismo de la carta geográfica del archipiélago. Un hondo problema político late soterradamente en todo este pugilato nacionalista, que emplea contra Holanda armas que, al margen de cualquier otra cuestión, no pueden ser consideradas como las más apropiadas. Estados Unidos e Inglaterra ya lo han hecho constar así.

EL ATENTADO CONTRA SUKARNO

Unos días antes de que se pusiera en marcha la máquina de las represalias antiholandesas, el Presidente Sukarno sufrió un grave atentado, del que resultaron heridas un número importante de personas. Oficialmente, desde ese momento comienza la extrema reacción nacionalista y comunista, que de forma conjunta opera en estos momentos. Pe-



ro, ¿quién movió los hilos del atentado?

La verdad es que Sukarno, el «hombre fuerte» del joven país indonesio —la independencia la alcanzó oficialmente de Holanda en 1949— se lanza ahora a la reclamación de Nueva Guinea, en el momento que una gravísima crisis interior agita la vida política de la nación.

LA CRISIS FEDERATIVA Y LA CRISIS DE LA COALICIÓN PARLAMENTARIA

Según la Constitución indonesia, la República es una Federación; pero no hace muchos meses—justamente hace un año—, primero en Sumatra y luego en varias islas, se produjeron sublevaciones militares, que tuvieron, sobre todo en Sumatra, una indudable escisión, y que señalaban en conjunto el dilema geográfico, cultural y político del país.

Baste recordar, como ejemplo máximo, que la Federación indonesia está constituida aproximadamente por unas 3.000 islas, que forman un archipiélago vastísimo—casi la misma extensión territorial de los Estados Unidos, separado no sólo «por el agua», sino por la cultura, la lengua y la religión.

Era evidente, en esas circunstancias, que el plazo de cristalización de la nacionalidad tenía que ser largo y, naturalmente, no se podían extraer de su dificultad consideraciones de mayor alcance. Sin embargo, la situación internacional ha hecho derivar rápidamente las cosas.

El arco geográfico del archipiélago indonesio se forma y cierra, pudiéramos decir, de cara a los países que en el Lejano Oriente constituyen, de un lado, el sistema defensivo occidental, universalmente conocido por Pacto de la S. E. A. T. O., y del otro con los países comunistas y neutralistas, ¿Qué puesto vendría a ocupar Indonesia?

Es precisamente sobre ese punto donde comienza, efectivamente, el problema. Inicialmente, el Presidente Sukarno se mantuvo, si no dentro del sistema occidental—no ha formado parte nunca de los países firmantes de la alianza anticomunista de la S. E. A. T. O. o Tratado del Sudeste Asiático—, en una actitud conciliadora, viajando por Europa y Estados Unidos, pero para iniciar posteriormente un cambio político importante al hacer público que el sistema democrata occidental es ineficaz en Indonesia, que tiene un ejemplo superior: China. Es el tiempo de

sus viajes a China y Rusia. Entra, pues, en el campo de los «neutralismos favorables a Moscú».

EL «NUEVO ESTILO» DE SUKARNO

Sus esfuerzos personales continuaron posteriormente bajo ese mismo orden de ideas, contribuyendo a hacer efectiva y posible la Conferencia de Bandung.

Este enlace del nacionalismo con el comunismo cobra, indudablemente, un interés creciente en el caso de Sukarno, y si hasta entonces no había tenido repercusiones decisivas en el interior, la lucha se plantearía sin reservas en el curso de todo este año.

El Presidente Sukarno había llamado a sus ideas últimas el «nuevo estilo». El nuevo estilo era, supuestamente, una nueva política. El 21 de febrero adoptó más abiertamente una posición antioccidental, presentando en el terreno de la vida nacional el plan de la incorporación de los comunistas al Gobierno.

De los cuatro grandes partidos indonesios, el comunismo apoyó inmediatamente el plan del Presidente de «Integración nacional»; pero la oposición firmísima de dos bloques decisivos, los dos partidos islámicos, llevó la situación a un terreno difícil. El líder de uno de ellos, Hatta—una de las personalidades de mayor popularidad, fuera del propio Sukarno, de la República—, se opuso abiertamente; pero no así el Partido Nacionalista, lo que vuelve a ratificar una vez más la estrecha conexión existente entre el movimiento nacionalista y el comunista, o, mejor dicho, el juego de alianzas que se establecen en torno a los «slogans» nacionalistas en muchas ocasiones, por respetables, supuestamente, que sean en otros.

De esta forma, y en líneas generales, nos encontramos con que desde hace muchos meses la situación indonesia venía gravitando sobre una crisis interior inequívoca: la sublevación de Sumatra en diciembre del año pasado contra Yakarta y los «golpes» posteriores en las islas de Sangir-Talau, Célebes y Bali, de una parte, en tanto que en el plano político, el líder musulmán más importante—el doctor Hatta—presentaba su dimisión como vicepresidente, haciéndose más aguda la presencia del partido comunista en la vida del país.

SEIS MILLONES DE VOTOS COMUNISTAS EN INDONESIA (1955)

Hagamos la advertencia final de que los comunistas, que alcan-

zaron seis millones de votos en las elecciones indonesias de 1955, poseen el partido más importante de Asia, colocado, políticamente hablando, después del chino. Su organización clave está en los Sindicatos; cuya presencia ha sido decisiva en el bloqueo e incautación, los días pasados, de los negocios y empresas holandesas.

El propio Presidente Sukarno ha reconocido tácitamente su participación cuando el jueves día 6, en la noche, reunido con los líderes sindicales comunistas, estudiaba el plan presentado por estos últimos de nacionalizar las industrias holandesas del país. «Todas las acciones cumplidas estos días—dijo el Presidente—por diversos grupos son el símbolo del inmenso potencial nacional, que debe ser organizado para realizar el retorno a la patria de la Nueva Guinea, ocupada por los holandeses...»

A esa misma hora, víspera de San Nicolás, los niños holandeses danzaban en torno al Arbol de Noel. «Los cristianos indonesios no deben participar en esas fiestas—decía Radio Yakarta—porque son de inspiración holandesa...»

ORIGEN DE LA CUESTION: TRES SIGLOS Y MEDIO DE PRESENCIA HOLANDESA

Si en lo político han sido una serie de circunstancias encadenadas las que han llevado al Presidente Sukarno al bloqueo de personas y bienes holandeses para exigir la entrega del territorio occidental de Nueva Guinea—el oriental es administrado por Australia en nombre de las Naciones Unidas—, convendría saber, aunque fuera en líneas generales, la historia de las relaciones entre Holanda y el archipiélago indonesio. Historia, en fin, subrayada por trescientos cincuenta años de presencia y colonización holandesa.

CUANDO EN EL PRINCIPIO ERAN LAS ESPECIAS

Todo el siglo XVI es una carrera por las especias: la pimienta, la canela y toda la gama de sabores que alteraron la cocina europea. Las Molucas portuguesas fueron, por antonomasia, el centro inicial de aquel comercio. En principio, Holanda las adquiría en Lisboa, pero más tarde se decidió a buscarlas ella misma por sus propios medios.

Así, en 1595, tres barcos mandados por Cornelis Houtman echaron el ancla en Java, inaugurando, en cierto modo, toda la empresa colonial de Holanda. A su regreso a Amsterdam, dos años después, la ciudad recibió a los marinos con un entusiasmo exaltado y sorprendente. Era un poco el viaje de Marco Polo.

NACE LA COMPANIA DE LAS INDIAS ORIENTALES

El entusiasmo fué de tal calibre que los armadores se dispo-

El doctor Sukarno y el vicepresidente saludan a los oficiales del Ejército de provincias (izquierda). El Presidente es recibido en Yakarta



nian a marchar todos por idéntico camino que Cornelis Houtman cuando, para evitar los conflictos derivados de la competencia, alguien formuló la idea de crear una sociedad común. Presentado el proyecto y los estatutos a los Estados Generales, éstos formalizaban oficialmente la situación unos años después, en el mes de marzo de 1602. De esa forma nació la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. La organización obtuvo, de acuerdo con los hábitos jurídicos de la época, una Carta de Privilegio —una merced o monopolio— por un período determinado de tiempo. Durante él, en cierto modo, se constituía en soberana de los territorios conquistados y colonizados. Diecinueve años después del reconocimiento oficial de la Compañía de las Indias Orientales surgió otra Empresa holandesa: la Compañía de las Indias Occidentales, encargada ésta de comerciar con los países situados al oeste del cabo de Buena Esperanza. Son los años de lucha desatemplada en ocasiones, con el Imperio español.

JAVA, CABEZA DEL IMPERIO HOLANDES EN INDONESIA

De las islas mayores comprendidas en el archipiélago indonesio—Sumatra, Célebes, Borneo y Java; algunas todavía no plenamente exploradas y que van, culturalmente hablando, del refinamiento al primitivismo—, Java es la más extensamente poblada —55 millones de 82— y donde la técnica occidental se manifiesta de forma más relevante. Pues bien, Java fué desde el principio, y he ahí la razón, la capital de las Indias Orientales.

Su primer gobernador, el inteligente, duro y destemplado Jan Pieterszon Coen, convirtió la isla en el centro clave de la Compañía de las Indias Orientales. En 1919, en una de sus expediciones, Jan Pieterszon conquistó un fuerte indígena al que llamaban Yakatra o Yakarta—de ahí el nombre actual de la capital— y fundó en aquel mismo lugar lo que sería, pasado el tiempo, la ciudad residencial del archipiélago. Pasando por encima del nom-indígena, la bautizó con el de Batavia, que es el que tuvo hasta la independencia.

El sistema colonial, si al principio fué malo y hubo de ser denunciado por un novelista de manera harto agria —Douwes Dekker fué un funcionario colonial que escribió «Max Havelaar» con un éxito notorio, y que obligó a las autoridades a tomar buena nota de lo que decía—, a partir del último cuarto del siglo XIX, una serie de leyes fueron derribando las antiguas, y desde la ley Agraria de 1870 se preparaba el camino para más amplias mejoras. Según el historiador Barnouw, desde 1877, ninguno de los superavits de las Indias Orientales fué utilizado en beneficio del Tesoro de los Países Bajos.

EL PROCESO DE AUTONOMIA DEL ARCHIPIÉLAGO A LO LARGO DE UN SIGLO

A lo largo de los siglos XIX y XX se completa la penetración holandesa en el vasto arco que va desde Malaya a Nueva Guinea. El Gobierno de los mercaderes, que eso fué en principio, se limitó a crear un statu quo de conveniencia con los jefes nativos y a ordenar nuevos instrumentos económicos. El archipiélago, mucho mayor que Holanda —cuando llegó Cornelis Houtman en 1591 Holanda apenas si contaba con millón y medio de habitantes—, se transformaría en una empresa civilizadora a partir de los Gobiernos liberales iniciados por Thoebecke, realizándose grandes cambios en la vida del país indonesio.

Hubo un paréntesis histórico importante: el del Imperio napoleónico. Incorporada Holanda al Imperio, Inglaterra ocupó gran parte del lejano archipiélago basándose en el principio general de que se trataba de territorio enemigo. Más tarde, en 1816, no obstante, devolvió a Holanda sus Dominios en el sudeste asiático. Los ingleses estuvieron en Java —siguiendo más o menos idénticas fórmulas que los holandeses, pues ambos pueblos, aun en la creación de Compañías de Indias, se han equiparado a la hora de la colonización — durante cinco años.

El proceso de autonomía e intervención de los indonesios en la vida política se efectuaba paulatinamente. En 1903, después de aprobarse la ley de descentralización de las funciones administrativas de Java, se formaron organismos autónomos locales y provinciales con primeras representaciones populares. Más tarde, en 1916, apareció el Consejo del Pueblo, que en 1925 estaba formado por 61 miembros, de los que 30 al menos eran indonesios.

Cuando el Consejo del Pueblo apareció se trataba simplemente de una Cámara Consultiva; pero más tarde ganó en importancia contribuyendo a la legislación. A partir de la década de 1930 a 1940 se tuvo la evidencia de que al final la situación terminaría, en cierto modo, al estilo actual inglés: creándose una Commonwealth que solidarizara a ambas partes, previa su independencia de gestión. Esto lo hacía suponer en 1942 la presencia de un príncipe indonesio en el Consejo de ministros holandés; pero la segunda guerra mundial cambió totalmente el panorama, suspendiendo y finalizando el proceso y dando comienzo a uno nuevo: el de las armas.

LA PRESENCIA JAPONESA

La guerra supuso la ocupación por los japoneses de un área enorme del sudeste asiático. La guerra traía además, con la ocupación, la lucha contra los ocupantes, la formación de ejércitos de resistencia y la preponderante presencia de nuevas fuerzas políticas. Todo ello, aliado, significó la base de los grandes cambios

que se iban a producir al final de la guerra, las sucesivas y rápidas independencias que quedarían ratificadas tanto por el compromiso adquirido con los países coloniales como por la propia gestación interior de aquéllos. Ese fué el caso de Indonesia.

En 1945 los holandeses se encontraron con un Gobierno republicano indonesio «de facto» en Yakarta. Era uno de los inmediatos resultados de la guerra. Como en el archipiélago habían quedado, efectivamente, diversos grupos japoneses—en algunas islas persistieron por años, como todo el mundo sabe—, los holandeses solicitaron la colaboración británica para terminar la limpieza del territorio. La lucha se extendió más tarde contra el Ejército republicano, pero sin poder evitar que el 25 de marzo de 1947 el Gobierno holandés reconociera aquella situación política y, de acuerdo con los representantes de Yakarta, se estudiara ya la constitución de los Estados Unidos de Indonesia.

La independencia no fué reconocida por Holanda, no obstante, hasta diciembre de 1949, aunque perseveraba, sin embargo, la fórmula de Federación libremente unida a Holanda. Pero los levantamientos, las crisis de nacionalismo y las agitaciones políticas sirvieron de pretexto a Holanda para una posterior intervención que terminó definitivamente en 1954 con la plena soberanía de Indonesia, situación que es la que actualmente ocupa. La polémica entablada con Holanda por la parte occidental de Nueva Guinea entra dentro de los dilemas de nuestro tiempo. Al firmarse la independencia de 1949, Nueva Guinea continuó siendo holandesa. El Estatuto de esta región debía ser decidido por una Conferencia en 1950, pero fracasó como otros posteriores. No existe lazo étnico alguno entre los malayos de Indonesia y los papúes de Nueva Guinea. Indonesia, a su vez, tiene extensión y problemas internos suficientes como para dedicarles la atención precisa sobre todo cuando es evidente que la Federación se siente tentada a secesiones de muy varia especie en su propio territorio, tanto geográficas como religiosas. En esas condiciones cabe considerar si el nacionalismo y comunismo esgrimido por el Presidente Sukarno es un mesianismo más que acentuará la crisis verdadera. En realidad, con la independencia se esperaban milagros decisivos, extraordinarios, y la independencia, como es lógico, no significa nada más que un nuevo período histórico de trabajo y de lucha. Querer escapar al verdadero planteamiento del problema con revisionismos como el de Nueva Guinea oculta parcialmente la cuestión con un período de nueva exaltación, pero hace más difícil la posibilidad de restablecer, al margen de los extremistas, el orden político en tan complejo panorama como es el indonesio. De la misma forma no parece aceptable el sistema adoptado por Sukarno ante los 60.000 holandeses.

Enrique RUIZ GARCIA

LA ULTIMA LECCION DEL DOCTOR DON ELOY MONTERO

**POR SU CATEDRA DE DERECHO
CANONICO PASARON MAS DE
CUARENTA MIL ALUMNOS**

UNA VIDA ENTRE EL ESTUDIO Y LA ENSEÑANZA



**Don Eloy, despachando con
su secretaria, señorita Mer-
cedes Díez de Tejada**



**Dos fotografías de juventud: Eloy Montero, estudiante en
Salamanca en 1906, y con la carrera terminada, en 1917**

CON los últimos años del pasado siglo. La villa de El Bodón, a unos doce kilómetros de Ciudad Rodrigo, desabrigada y perdida en los dilatados campos sin contornos, aguanta las embestidas del viento «burgalés». Tan fina es la nieve de esta noche de invierno que se cuela por los más pequeños resquicios de las ventanas hasta el interior de las casas.

La familia Montero se halla apiñada junto al fuego de encina, que chisporrotea en la cocina. El padre estudia; es hombre de Leyes y trabajo no le falta. Merced y bondad de Dios es que no escaseen los clientes y las consultas jurídicas, pues tiene mujer y cinco hijos pequeños a quienes cuidar y alimentar. Todos los ingresos de los Montero vienen de la actividad profesional del jefe de familia, ya que no poseen labranza, ni ganado ni más bienes raíces que las cuatro paredes de la casa que habitan.

Una casa modesta y cuidada, con un portalón grande a la entrada y un pequeño jardín de flores, atendido primorosamente por

la señora de Montero. Desde ese portalón se podía ver la iglesia y la torre y oír a las cigüeñas «madece años desempeñaría las funchar el ajo».

La señora de Montero está tejendo mientras tanto. No puede permanecer un instante inactiva; ahora es cuando tiene que dedicarse al zurcido urgente, aprovechando que los pequeños están ya en la cama. De todos ellos, sólo disfruta el privilegio de asistir a las veladas el primogénito, el avisgado Eloy. Allí está el mayor de los hijos entregado a su afición favorita, a su preferido pasatiempo: la lectura.



**Un momento durante la entrevista que se publica en estas
páginas**

A mi querida madre

(En el día de mi cumpleaños)

No fui niño y me criaste
con la leche de tus pechos.
Eso envolviste en los brazos
del amor mi tierno cuerpo.
Fuí me dormí en la cama,
contándome dulces versos,
y te entregaste mi llanto.
Dándome amorosos besos.
No tendías en tus rodillas,
No mirabas con anhelo,
y regordome en los brazos
de tu pecho a tu seno.
Eso me enseñaste a leer,
Aplicando paciencia,
y cuando alguna cancion
hoy en mi pecho tierno
me llamabas a susurrio
y me comías a besos.

Y me dabas mil abrazos
Loca, loca de contento.
Y después ya pretendiste
Ser ama y un capullo.
Que mi lengua balbuceara
alguna palabra al mundo.
Cuando la primera vez
No lo sé, pero me reche
En casa loca quedaste
De alegría y de contento.
También me enseñaste a andar
No sé cómo en el suelo.
Y yo enseguida corrí
y refugiarme en tu seno.
Después crecí y corrí solo
Y hablaba como un pajarero
El lenguaje de los niños
y tú me enseñaste bien todo.

Un poema autógrafa dedicado por Eloy Montero a su madre, desde el Seminario, el día de su cumpleaños, en 1906

—Eloy, vete a dormir; te vas a quedar sin vista.

No es fácil obedecer a su madre si se trata de dejar un libro para irse a descansar. Eloy hace oídos sordos y sigue enfrascado en la lectura del tomo que tiene entre manos. Ha cumplido ya los diez años y acaba de terminar su primera formación en la escuela nacional. Para él no hay juegos ni correrías por las eras en unión de sus compañeros de clase. Es un muchacho abierto y cordial que desde pequeño se entretenía improvisando diminutos altares y situando en ellos figuritas del nacimiento. En el hogar es donde recibió las primeras lecciones de la doctrina cristiana, de labios de su madre. Y desde pequeño dijo ya que sería sacerdote.

—Eloy, vamos; obedece y márchate a la cama.

—Padre, un poquito más hasta que termina el capítulo.

—Nada. Eloy, coge la «capuchina».

Cuando el señor Montero manda a su hijo que coja la lamparilla ya se sabe que no queda apelación. La orden es terminante e indiscutible. Así viene sucediendo noche tras noche.

Después de la retirada de Eloy, el matrimonio suele prolongar un tiempo largo de velada. A solas,

es entonces el momento de adoptar las decisiones importantes, de las confidencias y de los consejos.

—Lo de Eloy es cosa decidida. Tiene condiciones y le daré carrera. Será sacerdote, como él lo quiere.

Ese muchacho regordete y robusto, de mirada reposada y de firme carácter, bondadoso, inteligente y trabajador, sería con el tiempo sacerdote, licenciado en Sagrada Teología, doctor en Derecho Canónico y licenciado en Filosofía y Letras. También sería doctor en Derecho y catedrático de la Universidad de Sevilla y de la Universidad Central. Durante once años desempeñaría las funciones de decano de la Facultad de Derecho de Madrid, y por su cátedra de Canónico pasarían más de 40.000 alumnos. Don Eloy Montero Gutiérrez, con 36 años de labor docente universitaria, acaba de jubilarse estos días. Para esas promociones de juristas, don Eloy seguiría siendo un capítulo actual, pues su figura, además de un símbolo, es un afecto vivo, que va más allá de las simples relaciones entre alumno y profesor. Porque don Eloy era y sigue siendo el hombre bueno, que ayuda, asesora y responde en todo momento a la petición de cualquiera de esos 40.000 discípulos. En tal

aspecto, don Eloy no pudo jubilarse nunca.

ADIOS JUNTO A LA ERMITA

Decidido y bien decidido estaba que Eloy no iría al Instituto. El Seminario de Ciudad Rodrigo le esperaba.

Es la mañana de un día de octubre del año 1898. Será el más dichoso de su vida y el más doloroso también. Va a decir adiós a sus padres y a sus hermanos. Entre éstos hay una sola chica: Purificación. Es muy niña aún y la pequeña no se da cuenta del acontecimiento familiar. Pero Eloy quiere retrasar hasta el último instante el beso de despedida a la hermana.

—Que venga también Pura a la ermita.

El señor Montero ha alquilado una mula para ir sobre ella, con el seminarista a la grupa, hasta Ciudad Rodrigo. No ha despuntado el sol todavía por las lomas de El Bodón, cuando Eloy está ya vestido con el traje de marinero de los días de fiesta. El viento sopla inclemente y las piernas al aire del pequeño están amoratadas.

Por las empinadas callejuelas del pueblo camina la familia Montero. Van todos a la ermita del Santo Cristo de la Expiración, y después de pedir ante la imagen protección y gracia para el futuro sacerdote será la despedida.

El sacristán, adormilado todavía, abre la puerta de la capilla. Con parsimonia enciende un par de velas, que difícilmente luchan contra la penumbra del recinto. Allí, en el altar, está el Cristo con sus brazos extendidos. Su frente es pálida, salpicada por las gotas de sangre que arrancaron la corona de espinas. Los ojos, sin luz, miran fijos en el espacio. Tienen los labios morados y la boca entreabierta; los pies y manos, con el color cárdeno de la muerte.

La oración es breve. Eloy besa a todos, pero el beso más largo y el último es para la pequeña Pura.

—Hermana, volveré pronto para jugar contigo.

Luego es ya el camino, que entre lomas redondas se alarga hasta Ciudad Rodrigo. «Marquesa» la perrita de la familia, corretea en torno a la cabalgadura, y cuando ésta ha recorrido varios kilómetros, el can, entristecido, emprende solo el regreso. Al pasar padre e hijo, a lomos de la cabalgadura, por el pueblo de Serranillo, los gallos cantan todavía. Ese mismo canto es el que don Eloy Montero sigue escuchando cada vez que pasa ahora por el mismo lugar. De aquella mañana quedó para siempre el recuerdo de los gallos anunciando el día.

LA CAMPANILLA DE GALA

Para el alumno Eloy Montero el mundo remansado entre los muros del Seminario lo es todo. Fuera de ellos, sólo queda el recuerdo fijo de sus padres y hermanos. Se acostumbra pronto a levantarse con el sol a moverse por aquellas aulas destartaladas sin ninguna calefacción y vestido con

una sotana delgadita. Se pasa frío y se trabaja de firme. De cinco y media de la mañana hasta las nueve de la noche son muchas horas de estudio, de clases y de ejercicios. La comida no escasea, mas tampoco varía: siempre cocido. Pero cuando en la misa temprana el monaguillo se sirve de la campanilla de gala, con cuatro pequeños badajos que arrancan sonidos alegres y cantarines Eloy y sus cien compañeros saben que ésa será una fecha extraordinaria, con ración especial de chorizo y un vasito de vino para celebrar así la festividad del día.

En los estudios, el seminarista Eloy Montero destaca pronto. En todas las asignaturas obtiene siempre sobresalientes, y todos los premios de primera clase los gana limpiamente y sin esfuerzo. Está dotado de excepcional retentiva, su atención es constante y despierta; posee también una capacidad de comprensión nada común. Tanto estudia sacrificando horas de sueño, que llega a contraer una anemia cerebral. Para que sus superiores no le sorprendiesen trabajando de noche, cuelga una manta detrás de la puerta a fin de que no salga luz al pasillo. Para él sigue siendo su afición favorita la lectura. Le sobra tiempo en las horas de estudio para aprenderse las lecciones y a hurtadillas lee siempre libros y más libros.

Un día se presenta Eloy Montero al padre rector:

—Me sobra tiempo en las horas de estudio y pido permiso para leer obras ajenas a las de texto.

La fama de alumno aventajado y de sus dotes intelectuales se alza por encima de los muros del Seminario y llega pronto al pueblo natal de El Bodón. Reside en Ciudad Rodrigo un vecino, propietario de buenas tierras de pan llevar y de amplios caudales. Un día visita al señor Montero.

—Es una pena que se malogre el talento del muchacho con una carrera sin porvenir. Si deja el Seminario yo le costeo los estudios de Derecho para que se haga abogado y gane buenas pesetas.

—Eloy tiene vocación religiosa, y por nada del mundo influiría para torcerla. De la mano de Dios se llega también a la carretera de Leyes.

Pero aquel propietario no dió la batalla por perdida. A los pocos días escribe a Eloy para comunicarle su oferta. La contestación no tardó en llegar: «No hay nada que desee más que seguir mi vocación. Nada cambiará esta decisión mía.»

ELOY MONTERO, HUÉRFANO

Cuando Eloy Montero está todavía en el Seminario, Dios va a poner a prueba su propósito de ser sacerdote. De El Bodón llega la noticia del fallecimiento de su padre. A los treinta y ocho años acaba de morir el señor Montero a causa de una pulmonía. La familia queda totalmente desamparada y sin ingresos de ninguna clase. Faltan toda suerte de recursos y los huérfanos no tienen edad para ganarse la vida. Eloy ha cumplido los trece años, y como estudiante del Seminario ni puede ayudar a los suyos ni éstos tampoco pueden costearle los estudios. Otro, con menos voluntad

y menos vocación habria dicho adiós al viejo edificio de Ciudad Rodrigo para luchar codo a codo con su familia a fin de salir adelante.

Es en esas circunstancias cuando otro conocido de los Montero hace esta proposición:

—Adelanto todos los gastos de la casa hasta que Eloy se haga ingeniero. Después, él podrá restitirme con creces lo que yo haya anticipado.

Tampoco esta vez cede el seminarista ante la tentación de dejar los hábitos. Reuniendo los escasos ahorros disponibles abren una modestísima tienda de tejidos para que la viuda de Montero se ponga al frente de ella. En Ciudad Rodrigo, el padre rector concede plaza gratuita al futuro sacerdote. La necesidad agobia de firme a esa familia, pero a costa viven.

Si alguna pesetilla gana Eloy con un premio para El Bodón va en seguida, y muchas veces ese giro inesperado llena el puchero de la viuda y de los cuatro huérfanos, que sin la ayuda no se habría puesto al fuego. La pequeña Pura seguía siendo la predilecta entre todos los hermanos, y para ella son los céntimos encontrados por Eloy después de rebuscar por sus bolsillos. A veces también una mano desconocida metía por debajo de la puerta de casa de los Montero un billete de cincuenta pesetas, sin que nunca supiera nadie la identidad del donante anónimo.

—La Providencia madre, nos protege —comentaba Eloy.

«YO NO SOY UN GEÓMETRA»

Otra desgracia, y no menor que la anterior, fué la muerte de la viuda de Montero. Tiene entonces Eloy diecinueve años, y sus únicos ingresos son los que obtiene como profesor del Seminario. Hacía un año que fué propuesto para ello y desde entonces ha de simultanear las tareas de maestro y de estudiante. A pesar de mandar a sus hermanos hasta la última moneda de calderilla las privaciones de todos se multiplican.



Un recuerdo, en el álbum de fotografías



Sobre la sociedad actual tiene don Eloy Montero claros conceptos.

A los veinte años, don Eloy Montero termina los estudios en Ciudad Rodrigo. Es entonces cuando, enterado de la existencia de una beca para cursar estudios superiores en el colegio de Calatrava, en Salamanca, acude al padre rector para solicitar autorización, a fin de presentarse a examen y ganarla. Las dos pesetas diarias con las que estaba dotada la beca eran la salvación de sus hermanos y de él. Pero del padre rector recibe una negativa.

Hasta el obispo acude con su petición y también en este caso la respuesta es desfavorable. Don Eloy Montero no se desanima; visita una y otra vez a sus superiores, ruega y suplica hasta que, por fin, es autorizado para presentarse a la oposición. Presentarse y ganarla con el número uno fué la misma cosa.

Con el pequeño respiro de esa beca, se entrega al estudio con mayor constancia que nunca. En un año hace todos los cursos del Bachillerato secular. Este esfuerzo se ve recompensado con calificaciones de sobresaliente en todas las asignaturas, salvo en Matemáticas. Un catedrático poco tolerante con los alumnos que visten hábitos, quiso truncar la serie de excelentes calificaciones. Don Eloy se resigna al simple notable que le da.

—Para este profesor, soy una notabilidad —comenta, y sus palabras llegan pronto al catedrático.

Para desgracia de don Eloy Montero, en el Tribunal de Reválida está el mismo maestro de Matemáticas, quien le ordena salir al tablero.

—Escriba pronto todas las fórmulas de áreas y volúmenes.

A la velocidad del rayo el alumno cubre el encerado de fórmulas y en una de ellas se equivoca.

—Eso no lo pondría jamás un geómetra.

—Yo no soy un geómetra todavía —se limita a responder el examinando.

Cuando el bedel entrega las papeletas, la de la reválida de don Eloy Montero lleva escrito con trazo firme un sobresaliente.

SIN DINERO PARA EL TAXI

El mismo día que se examina

de ingreso en el Instituto, el sacerdote don Eloy Montero Gutiérrez oficia su primera misa. Muy de mañana, en la iglesia de San Martín, de Salamanca.

Tantas son las privaciones que sufren sus hermanos, que ninguno de ellos puede asistir a la sencilla ceremonia. No tienen recursos ni para mandar imprimir unos recordatorios. Es ordenado sacerdote con lo que corona y convierte en realidad sus dorados sueños. En esa íntima dicha hay tan sólo tristeza de no estar rodeado de todos los suyos. Sólo la pequeña Pura está presente.

Después, la vida del sacerdote seguirá siendo de renovado trabajo y estudio. Al mismo tiempo que hace tres cursos de Derecho Canónico en la Universidad Pontificia de Salamanca, estudia Filosofía y Letras y termina la carrera de Derecho en dos años. Horas libres ha de buscar aún para dar clases en una Academia, y con estos limitados ingresos ayuda a su familia y se mantiene él mismo.

Tan apurada es su situación económica que al llegar las Navidades de 1909 no tiene ni las pocas pesetas necesarias para trasladarse junto a sus hermanos. El es el único estudiante del colegio de Calatrava que se queda sin poder reunirse con los suyos. Está solo y esa Nochebuena, en la misa del gallo, un sacerdote joven llora ocultando sus lágrimas.

A fin de aliviar la flaca economía familiar, don Eloy Montero colabora habitualmente en la Prensa. Gana así algunos ingresos más, que se mandan puntualmente desde Salamanca a Pura, a Néstor, a Francisco Javier y a Emiliano. El es el puntal de todos hasta que, poco a poco, cada uno va abriéndose paso. Néstor se irá a América, y allá se dedicará al comercio. Francisco Javier ingresará en los Salesianos, y el pequeño se dedicará a la Enseñanza. Pura, la predilecta, vivirá siempre al amparo del hermano sacerdote, hasta la muerte de ésta, un día triste del año 1943.

Licenciado con premios extraordinarios en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho, se doctora en este último con matrícula de honor en todas las asignaturas y con sobresaliente en la tesis. Su nombre corre ya de boca en boca y es conocido en toda España. Mucho habría que buscar en los archivos universitarios para descubrir un caso semejante de brillantez y de aprovechamiento.

Pero todo ese esfuerzo realizado no merma su voluntad de trabajo. A los veinticuatro años es provisor y vicario general de la diócesis de Ciudad Rodrigo y canónigo por oposición en aquella catedral. Posteriormente obtiene, también por oposición la canongía doctoral de la Metropolitana de Valladolid.

Sus tareas como eclesiástico dejan todavía un resquicio para su firme decisión de estudio. Tras unos cursos seguidos en Italia gracias a una beca obtenida también por oposición, regresa a España preparado ya para presentarse a la cátedra de Derecho Canónico que se hallaba vacante en la Universidad de Sevilla. Tan modestamente y con tan escasos medios ha vivido en Italia, que cuando llega a la estación de Va-

lladolid y va a casa de su hermana toma un taxi y no tiene bastante dinero para abonar el importe de la carrera.

EL «DESCANSO DE INVIERNO»

Don Eloy Montero Gutiérrez obtiene esa cátedra sevillana por unanimidad de votos. Acaba de cumplir los treinta y tres años.

Siete años más tarde se presenta a la de Derecho Canónico, que estaba vacante en la Universidad Central. Son oposiciones tan reñidas que aún se guarda memoria de ellas. Y don Eloy Montero las gana y queda como titular en Madrid.

En toda España es ya bien conocido. Sucesivamente irá siendo llamado para desempeñar puestos difíciles y de la mayor responsabilidad: Decano de la Facultad de Derecho de Madrid; magistrado del Tribunal Especial, instaurado en el Tribunal Supremo para liquidar los casos comprendidos en la Ley de Divorcio de la República; vocal de la Comisión General de Codificación. Y también vocal de la Comisión de Legislación Extranjera; académico de número de la de Ciencias Morales y Políticas; de la de Jurisprudencia y Legislación; consejero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ha escrito numerosas obras, desde un tratado de Derecho Canónico, que puede considerarse como una pieza clásica entre los textos universitarios, hasta novelas y lista novelas y libros de viajes. Porque don Eloy Montero es viajero infatigable; Europa entera ha sido recorrida con detenimiento. Y Egipto, Turquía, los Santos Lugares, América...

Durante los turbios años de la República, el sacerdote y catedrático don Eloy Montero es punto de referencia de todas las iras revolucionarias desatadas en ese tiempo. Con temple y firmeza se mantiene firme en su puesto. Su actitud desconcierta a los extremistas y se hace respetar sin la más mínima claudicación. Lucha abiertamente para que no sea suprimida la enseñanza del Derecho Canónico en los planes universitarios, se niega a comparecer en la cátedra sin el traje talar, y en todas las ocasiones predica la paz y la concordia. Como miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad, durante los años de la República defiende valientemente los derechos de la Iglesia y la causa de España.

A tanto y tan lejos llegaba el sectarismo en el claustro de la Universidad que un día se propone en él se pida al Gobierno la supresión de las vacaciones de Navidad. Don Eloy Montero argumenta serenamente en contra, y al fin uno de aquellos catedráticos sugiere:

—Ya que es difícil suprimir las vacaciones en esos días, hay que lograr al menos que se conozcan oficialmente como «Descanso de Invierno».

EL CANCER DEL DIVORCIO VINCULAR

Con su postura valiente y digna, este sacerdote se gana el respeto de los adversarios. Nadie se atreve contra él en aquellos dramáticos años anteriores a la

Guerra de Liberación. Después, en el Madrid dominado por el comunismo, es perseguido sin descanso. Tres penas de muerte pesan sobre su cabeza y no se ahorra medio pataca que brantará su carácter de buen religioso y de español.

Un día del año 1937, don Eloy Montero puede salir de la zona comunista y pisar la tierra restada de la España Nacional. Es ahora cuando recuerda aquellos momentos:

—Después de ordenarme sacerdote, ese fué el día más feliz de toda mi vida.

Liberado Madrid, don Eloy Montero vuelve a la Universidad y como decano de la Facultad de Derecho, cargo que habría de desempeñar durante doce años, la pone en marcha arrancando tan sólo de unas aulas vacías y de unos libros desperdigados por la biblioteca. Luego sería la labor ininterrumpida en las tareas docentes y en el ejercicio de la abogacía, como especialista en materias matrimoniales.

—Apoyándome en mi experiencia profesional, puedo afirmar que la mayoría de los matrimonios que fracasan se debe a que los cónyuges no van a él bien preparados moral y religiosamente. La Iglesia opina sobre esto igual que siempre: que la estabilidad del matrimonio es la base de la familia y, por lo tanto, de la sociedad. El divorcio vincular es un verdadero cáncer, que amenaza devastarlo todo en los países en que está admitido. En España estas amenazas no existen, y las relaciones entre la Iglesia y el Estado pueden considerarse como el ideal. Con el Concordato se garantiza la unidad católica y se respetan los derechos de la Iglesia ampliamente.

Sobre la sociedad actual tiene don Eloy Montero claros conceptos, fruto de su espíritu observador.

—Creo que el mundo ha desplazado equivocadamente su centro de la Divinidad, de Dios, al Hombre. Antes el mundo era Teocéntrico y hay es más que nada antropocéntrico. La Humanidad actual ha perdido su brújula. Se han olvidado en parte los valores del espíritu. El remedio está y seguirá estando en Cristo y en la práctica del Catolicismo.

Don Eloy Montero, a pesar de la jubilación, a pesar de los años cumplidos para que ésta se haya dado, está fuerte, sano y con las mismas ganas de trabajar que tuvo siempre. Ante su despacho hacen cola los clientes venidos de todos los puntos de España.

—Unos mil asuntos han entrado en mi despacho durante los últimos años. Como resumen de todos ellos se puede decir que en la mayoría de los casos tienen la culpa los dos cónyuges. La queja más frecuente entre las esposas es la deslealtad del marido, y la lamentación habitual de los hombres es el mal carácter de la mujer. Mi mayor satisfacción es que unos y otras hagan las paces y tengan propósito de enmienda.

Es el sacerdote en activo quien habla, el que prevaleció siempre sobre el catedrático antes y después de ser jubilado.

Alfonso BARRA

AZOR



*Compruebe
la calidad exquisita
del*

BRANDY VIEJO

VETERANO

OSBORNE

En esta orilla del Rhin han sido encontrados cinco cadáveres en breve período de tiempo. Las muertes no han sido explicadas

"CRIMENES DEL RHIN"

ESPIONAJE SOVIETICO EN ALEMANIA OCCIDENTAL

LA LUCHA EN LA SOMBRA DE 85 ORGANIZACIONES SECRETAS

LA intrigante serie de «crimenes del Rhin», como han sido calificados últimamente los asesinatos cometidos por el espionaje soviético en Alemania occidental, tienen su punto de arranque allá por el año 1953. Desde entonces hasta ahora, cuando han sido descubiertas las actividades de los agentes secretos, el gran río internacional ha venido sirviendo para encubrir una larga lista de «supresiones» decretada por los servicios de información que operan a las órdenes de la U. R. S. S.

En aquel año llega a Bad-Godesberg, localidad enclavada a unos 15 kilómetros de Bonn, una señora de aspecto respetable. De edad madura, trajeada modestamente, con las huellas del sufrimiento en su rostro agraciado, Charlotte Walbroch carece de medios de vida. Ha huido de la Alemania oriental y viene sin más riquezas que el vestido raído que lleva puesto.

Los primeros días de su estancia en Bad-Godesberg los dedica afanosamente a buscar la forma de ganarse la vida. Pronto parece hallar la solución a su problema económico. En el melancólico

co barrio de Mehlem, tendido a orillas del Rhin y sombreado por esos elegantes tilos que abundan en tantos lugares de Alemania, encuentra una casa desocupada. Es un hallazgo que cree remediará sus necesidades.

El edificio está circundado por un pequeño jardín con árboles centenarios, arbustos y césped. Reúne buenas condiciones para instalar en él una pensión sin lujos, pero sin faltar las comodidades indispensables. En el semisótano pueden acondicionarse los servicios con pocos gastos. En la planta principal estará el comedor, la recepción y un par de salones. Arriba, los cuartos de los huéspedes.

Pocos días son necesarios para que en la Rüdingerstrasse se abran al público las puertas de la pequeña pensión de familia y para que en la fachada principal campe en gruesos caracteres el nombre del establecimiento: «Das gute Tantenchen Charlotte». En correcta traducción al castellano también resulta un título poético y sugestivo: «La buena tía Carlota».

A pesar del acierto en la elección del inmueble y de su nom-

bre evocador, la tía Carlota pronto ha de enfrentarse con la dura realidad de que el negocio no marcha. Paga solamente 650 marcos mensuales de alquiler y los demás desembolsos son reducidos, porque ella se mueve y trabaja por tres otras mujeres que hubiere empleado, y sin embargo la quiebra es un hecho. A las pocas semanas debe ya un millar de marcos a los tenderos y suministradores y los huéspedes no llegan. A los sesenta y cinco años que tiene Carlota Walbroch no es esta una situación airosa para mirar con serenidad el porvenir. Pero impensadamente cambia el panorama un buen día.

LA PENSION CAMBIA DE ASPECTO

De mañana llegan a la pensión de Rüdingerstrasse nuevos clientes. Es la familia Roller, compuesta por el padre, la madre y una hija. Todos ellos dicen que acaban de escapar de la zona oriental alemana.

La patrona y los recién venidos congenian pronto. Tienen unos y otros recuerdos en común de los lugares que se han visto obligados a abandonar, y el tema de los tropiezos financieros de Carlota Walbroch salta en seguida a la conversación.

—No vienen viajeros, y el crédito concedido por el Banco está ya más que agotado. Y lo peor son las deudas que llevo contraídas. Son malos tiempos para levantar un negocio como éste. Si estuviese instalado en Bonn sería cosa muy diferente. Allí se pagan fortunas por una habitación.

—Pero los 15 kilómetros que separan Bad-Godesberg de la capital son tan pocos que para clientes con coche es mejor residir aquí. Lo único que hace falta es que usted haga algunas obras

y mejore el aspeo de la pensión. Sería entonces la residencia ideal para muchos altos funcionarios del Gobierno y para muchos diplomáticos extranjeros que no encuentran dónde meterse.

Todo esto ya lo había pensado la emprendedora propietaria de la pensión, pero faltaba lo principal: dinero. Necesitaba buenos marcos para lavar la cara a las habitaciones, para instalar servicios modernos, para renovar los muebles y para adquirir vajilla de calidad.

—Señora Walbroch, con voluntad todo en este mundo tiene solución.

Decisión no faltaba a la dueña, y el remedio fué propuesto inmediatamente por Roller. La oferta era tentadora y la blanda sonrisa del «mecenas» despejaba el temor de todo riesgo. Roller le hace la confidencia de que está encargado de algunas misiones especiales por los servicios secretos de Alemania oriental. Sin riesgo y con poco trabajo recibe en compensación una paga saneada que le permite vivir con desahogo y mantener a su familia. Ingresos semejantes serían para ella si da su conformidad a enrolarse en la organización.

—Hacer eso, ¿es espionaje?

—Señora, olvide esa novelesca palabra. Los espías sólo existen en los libros de aventuras. Lo que yo propongo es un trabajo bonito, sin peligros y muy bien retribuido; lo que yo le ofrezco es poner en condiciones su pensión y sacarla de apuros. A cambio de ello es muy poco lo que vamos a pedir.

Huésped y patrona llegan a un acuerdo. Transcurren unas semanas y el establecimiento «Das gute Tantechen Charlotte» parece otro. Se ha revocado la fachada, el jardín está cuidado con esmero, dentro hay mobiliario de líneas modernas y de exquisito gusto. Nada falta para hacer de este establecimiento para viajeros uno de los mejores; en muchos kilómetros a la redonda. Es cómodo, tranquilo, y en él se respira intimidad de hogar.

Una discreta campaña publicitaria haría el resto: encaminar hacia la Rüdingerstrasse los altos funcionarios y los diplomáticos que con las facturas de hospedaje iban a encarrilar el negocio económicamente. También en el aspecto informativo, con su presencia allí, iban a consolidar a Carlota Walbroch como agente del servicio secreto comunista.

DE VISITA EN LA AVENIDA DE STALIN

Los gastos de reforma del establecimiento fueron entregados a Carlota Walbroch en concepto de anticipo sobre las pagas que iría devengando en lo sucesivo. Realizada la inversión, del Berlín Oriental llega una nota especificando que los haberes mensuales asignados a la agente Walbroch se fijaban por el momento en cien marcos.

—Necesitaré años para saldar la deuda—se queja un día a Roller.

—La paga no es tanto como ofrecí, pero siempre hay posibilidad de que se la mejoren. Mientras tanto y hasta que nos



En este inmueble del Berlín Oriental están los servicios de espionaje soviético

deba dinero, no olvide que pertenece al servicio secreto

Carlota Walbroch ya no puede volverse atrás. Recibe órdenes y tiene que cumplirlas sin rechistar. Una mañana del mes de noviembre de 1955 le comunican que ha de presentarse a los «jefes» del Berlín Oriental para hacer allí un curso de «estudios». La buena tía Carlota es acompañada por Roller hasta la antigua capital de Alemania y cerca de la Brandenburger Thor la presentan a dos desconocidos que esperaban en ese lugar. Son éstos quienes la escoltan y la conducen al número 285 de la avenida de Stalin.

—Señora Walbroch, está usted ahora en una oficina de la Policía democrática alemana y vamos a hablar con las cartas descubiertas y puntualizando.

La conversación se prolonga un par de horas y luego se firma un contrato en el que se deja constancia de las obligaciones que pesan sobre la dueña de la pensión. A cambio de aquella modesta retribución, ella se compromete a enviar breves informes diarios sobre los clientes de su establecimiento. También ha de visitar esa oficina de la avenida de Stalin cada dos meses para dar cuenta verbal de todo su «trabajo».



En los campos de refugiados alemanes operan los espías soviéticos



Kanstmann, nuevo presidente del «Deutsches Reichs Partei»

De regreso a Bad-Godesberg, la buena tía Carlota pone manos a la obra dispuesta a no defraudar a sus «jefes». A la recepción del hotel van llegando diplomáticos extranjeros a quienes les fué recomendado el establecimiento por miembros de la organización, bien introducidos en Bonn. Voluntariamente o no, también se presenta un funcionario de la Embajada soviética. Los cuartos más solicitados por esa clientela de postín son los números 4 y 8. Son los mejores, los más cómodos. Sobre todo, en ellos hay instalados micrófonos que están conectados a aparatos registradores. También en el comedor se hallan bien distribuidos.

Cada noche es la tarea de recoger la información. En su habitación, Carlota Walbroch selecciona y entresaca las conversaciones registradas y en pequeños paquetes de apariencia anodina, con tinta invisible, se envían después a nombre de María Tonnes. Como remitente se consigna el nombre de Irene Schreiber o el de Irma Lichtenstein. Estos eran los seudónimos elegidos por la buena tía Carlota. El punto de destino: Berlín Oriental.

BAD - GODESBERG, EN LAS «CRONICAS NEGRAS»

Trabaja a gusto de sus «jefes» Carlota Walbroch. Sus servicios son bien apreciados y su paga es elevada a 200 marcos mensuales. Además, recibe de vez en cuando gratificaciones suplementarias. Todo rueda a pedir de boca; la pensión es un negocio redondo y de la zona oriental se mandan instrucciones para que Carlota Walbroch abra sucursales con el acreditado nombre de «Das gute Tantchen Charlotte». Este rótulo campeando sobre la fachada de un establecimiento hotelero es sinónimo de exquisito servicio, según reza un «slogan» publicitario.

Está Carlota Walbroch dando los pasos necesarios para extender sus pensiones a Bonn y a otras localidades inmediatas, cuando llega al establecimiento de Rüdingerstrasse un cliente de espec-

to grave y correcto. Trae una referencia de la capital federal para que le admitan como huésped. Al rellenar la hoja de inscripción justifica su viaje por asuntos propios.

Instalado en un cuarto de la planta superior, la propietaria se olvida en seguida de ese cliente sin relieve ni interés. Y, sin embargo, ese hombrecillo tiene una identidad capaz de desbaratar la red de espionaje en la que está enrolada la buena tía Carlota. Se trata de uno de los más avispados agentes alemanes de la Organización Gehlen, del Servicio Federal de Contraespionaje.

Es el fin, Carlota Walbroch está «quemada», desenmascarada. Roller, prevenido a tiempo, se pone a salvo en la zona oriental. Atrás deja abandonadas a su esposa y a la buena tía Carlota, «la más vieja, pero no la peor de los agentes comunistas», según se opana en la oficina de la avenida de Stalin, en el Berlín sometido a Rusia.

Con la detención y desarticulación de los cabecillas de esta red, escapan algunos agentes comunistas comprometidos en ella. Y entonces, desde la oficina de la avenida de Stalin se cursa una orden breve y escueta: «Reducir al silencio» a esos agentes para evitar que caigan en manos de la justicia y den la clave de otras conexiones entre las organizaciones de espionaje comunista.

Corre entonces el pasado mes de julio y la localidad de Bad-Godesberg se convierte en escenario de los llamados «crímenes del Rhin». Sus calles y avenidas sombreadas, sus apacibles paseos a orillas del río, toda la ciudad, en fin, que antes de la guerra era lugar de reposo de la clase media acomodada, parece transformarse en el lugar de los hechos de una novela de la «serie negra».

CADAVERES EN EL RHIN

El primer capítulo de los «crímenes del Rhin» se abre una mañana brumosa del último mes de julio Heinrich Baur se ha levantado temprano para ir al trabajo. Antes de marcharse de casa, habla con su mujer, que está aún adormilada entre las sábanas.

—Al mediodía quiero lentejas para comer.

Este deseo no sería jamás satisfecho. El cadáver de Heinrich Baur fué descubierto en el Rhin. El médico forense únicamente pudo descubrir unas ligeras manchas amoratadas en el cuello, incapaces de haberle ocasionado la muerte. Su dictamen se limitó a certificar que Heinrich Baur había perdido la vida por paralización del corazón al contacto con el agua fría.

La Policía intervino y trató de averiguar los móviles del suicidio, y al no descubrir ninguna buena «pista» dió el carpetazo al «dossier».

Pocos días más tarde aumentan las sospechas. Otra desaparición, tan inexplicable como la anterior, se da en la tranquila localidad de Bad-Godesberg.

Wilhelm Sonntag se ha casado unos días antes y la fecha de los hechos deja normalmente su casa para acudir al trabajo. Esta despedida a su mujer sería también

la última. Su cadáver es encontrado igualmente flotando sobre el Rhin.

El tercer caso pone ya en vilo a la Policía. Fechas más tarde, le toca el turno a Gerhard Nieter, dependiente de comercio, padre de familia con cinco hijos. La única pieza hallada para la investigación es su velomotor, descubierto en Rolandswerth, ante la Embajada soviética. Para todos los que conocían a la víctima, Nieter vivía aparentemente ajeno a toda inquietud o actividad política.

Con esto no se concluye la lista de «crímenes del Rhin». Hans Main es un hombre de excelente carácter y amigo del buen vino, sin llegar nunca al exceso en la bebida. En los establecimientos más frecuentados por él, pronto se echó en falta su desaparición. Su cadáver fué retirado del Rhin días más tarde.

Sin inquietarse aún el revuelo provocado por esta otra víctima, la Policía hubo de enfrentarse con un nuevo caso, que revestía las mismas características que los anteriores. Heinz Krause, obrero de Bad-Godesberg, acababa de ser hallado muerto en el río, sin prenda de vestir alguna y con los pies atados.

85 ORGANIZACIONES SECRETAS

Nadie podía creer que Bad-Godesberg se erigiese de pronto en el punto de referencia de las crónicas de sucesos. Siempre fué un lugar de retiro y descanso, alejado de la vida de inquietudes de las grandes ciudades.

Para la Policía, según se acaba de revelar en estos días, una clara explicación tienen esos hechos. La circunstancia de que Bonn sea la capital federal ha convertido a Bad-Godesberg en una concentración de residencias oficiales, de Embajadas y de oficinas diplomáticas. Para los servicios secretos comunistas el lugar es de capital interés. Las actividades de la buena tía Carlota allí prueban esas afirmaciones.

Se calcula que en el territorio federal alemán funcionan actualmente unas 85 organizaciones secretas de uno y otro bando, en las que están enrolados 50.000 agentes. Solamente en esa región del Rhin debe de haber 5.000 agentes.

Los servicios de espionaje soviéticos procuran reclutar sus elementos entre los propios alemanes, con lo que se facilitan las actividades y se gana más amplitud de movimientos. Así se vigila todo, se intenta penetrar en los organismos públicos y se realiza un intenso trasiego de informaciones a través de Berlín, procurando burlar la Policía federal.

Recientemente, un alemán se ha presentado a la Justicia para hacer declaraciones importantísimas. Su identidad ha sido mantenida oculta celosamente. Se sabe que estuvo enrolado en una organización secreta y por él se han podido conocer los móviles de los «crímenes del Rhin» y las relaciones con los grupos que tenían por eje la pensión de la buena tía Carlota.

Por este declarante se pone asimismo de manifiesto una serie de pruebas que demuestran la nue-



El jardín de la pensión «La buena tía Carlota», que se anunciaba como residencia especializada para diplomáticos extranjeros, en la que se han encontrado micrófonos escondidos en todas las habitaciones

va orientación del Kremlin en materia de espionaje en Alemania. Instruidos convenientemente los cuadros de las organizaciones secretas en la zona oriental, Moscú tiende ahora a confiar lo más posible esas actividades a los propios comunistas alemanes. En caso de ser descubierta una organización, aparece como instigadora

de ella el Gobierno de Pankov. Rusia se mueve así en un discreto segundo plano, desde el que todo lo maneja y desde el que poco se arriesga.

Ese es el «gran juego» que se ha puesto en práctica en la localidad de Bad-Godesberg. Varios son los agentes que han caído en manos de la Policía federal, pero entre

ellos pocos son los de apellidos rusos.

En estas horas la Policía se mueve diligentemente para apresar a todos los posibles autores y cómplices de los «crímenes del Rhin». A buen seguro puede pronosticarse que serán viejos conocidos de la buena tía Carlota.

Alfonso BARRA



Agustín Cotorruelo, número uno de la nueva promoción, decano, pues, del Cuerpo de Economistas del Estado

LA PRIMERA PROMOCION DE ECONOMISTAS DEL ESTADO

VEINTE HOMBRES PARA LA TEORIA Y LA PRACTICA

UN NUEVO CUERPO EN LA ADMINISTRACION PUBLICA

EL día 6 del presente mes de diciembre, a la una en punto de la mañana, nació un nuevo Cuerpo de la Administración del Estado. Y aunque ya desde el día 12 de mayo de 1956, en que la ley lo crease, podía decirse que tenía específica existencia, el Cuerpo de Economistas del Estado tomaba personalización física en las personas de los veinte licenciados en Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales que acababan de aprobar la correspondiente oposición convocada a tal efecto.

«La labor realizada desde su creación por la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales ha proporcionado a la Nación un número de economistas que ofrece al Estado la posibilidad de utilizarlos en la Administración en la proporción que éstos requieran.» Las presentes palabras estaban insertas en la ley que creaba el Cuerpo de Economistas del Estado. Se reconocía así la importancia y trascendencia de la obra llevada a cabo por los Departamentos ministeriales que tienen asignadas funciones económicas y que hacen necesario la presencia en ellos de Asesores para que emitan informe técnico en aquellas obras, inversiones o proyectos de realizaciones futuras, con el fin de prever las repercusiones que éstas han de representar en el total de la economía de la Nación.

El día 12 de mayo de 1956, pues, se crea el Cuerpo de Economistas del Estado con la misión de realizar estudios económicos y desempeñar la Asesoría Económica en aquellos Centros y Departamentos ministeriales cuyas realizaciones y proyectos repercutan en forma directa en la economía de la nación. El Cuerpo encargado de realizar la labor técnica antes expresada tiene su vivero, por natural derecho, en los doctores y licenciados en Ciencias Económicas y Comerciales; doctores y licenciados salidos de las aulas de la Facultad apenas hace todavía quince años, porque quince años son casi los que lleva de vida la especialidad uni-

versitaria. Desde aquel instante, desde la fecha de la Ley, la Presidencia del Gobierno, los Ministerios de Hacienda, Obras Públicas, Agricultura, Industria, Trabajo y Comercio y el Consejo de Economía Nacional sabían que, tras la correspondiente oposición, veinte hombres jóvenes de la joven España iban a formar parte de los cuadros técnicos que dan vida a sus tareas.

EN 250 TEMAS LA TEORIA Y LA PRACTICA DE LA ECONOMIA

El 11 de junio de 1956 el «Boletín Oficial del Estado» publicaba una Orden de la Presidencia del Gobierno, a la cual está afecto el Cuerpo, por la que se convocaban oposiciones a ingreso en el mismo. Un año y medio ha durado la preparación y los ejercicios, y puede decirse ha sido la oposición más dura que en materia estrictamente económica ha conocido la Administración del Estado.

Con un total en el programa de cerca de 250 temas—toda la teoría y la práctica de la economía elevada al último grado de avances y de modernidad—, bien ha de estimarse que aquel hombre que no dominase ya, por sus anteriores estudios y conocimientos, materia tan compleja cual es la constituida por las diferentes ramas del saber económico, no podía considerarse como futuro economista del Estado.

De cinco ejercicios consta la oposición. En el primero han de resolverse problemas de Teoría Económica y Política Económica; en el segundo ha de demostrarse el saber teórico en Métodos Estadísticos, Política Económica y Teoría Económica; en el tercero el opositor demostrará su suficiencia acerca de la Teoría de la Hacienda y Sistema Fiscal español, Estructura Económica, Derecho Administrativo, Derecho Mercantil y Contabilidad del Estado; el cuarto ejercicio versará sobre una materia específica de la que el opositor haría un dictamen especial, de acuerdo con su futura misión; y en el último, el proba-

ble economista demostrará sus conocimientos en idiomas.

Como puede verse, toda la economía en sus partes esenciales y fundamentales.

UNA PLANTILLA CON LOS VEINTICUATRO MEJORES

El 11 de junio de 1956 se convocó la oposición: 24 plazas, toda la plantilla del Cuerpo. Plantilla que se descomponía así:

Un economista del Estado, decano, a 31.500 pesetas.

Dos economistas del Estado, mayores de primera, a 28.000 pesetas.

Tres economistas del Estado, mayores de segunda, a 24.500 pesetas.

Cuatro economistas del Estado, mayores de tercera, a 21.000 pesetas.

Seis economistas del Estado, de ascenso, a 17.500 pesetas.

Ocho economistas del Estado, de entrada, a 14.000 pesetas.

Con independencia de los expresados sueldos, los economistas del Estado de las seis categorías y clases antes indicadas, percibirán una gratificación de carácter fijo igual al sueldo y las pagas extraordinarias que tienen asignadas todos los funcionarios del Estado. El Cuerpo de Economistas: se nutrirá por oposición, entre doctores y licenciados en Ciencias Económicas y Comerciales, y también los licenciados en Ciencias Políticas y los interinos mercantiles, en atención a la reciprocidad que existe entre los titulados de una misma Facultad.

Todos los aprobados en la primera oposición ingresarán en el Cuerpo por el orden de sus calificaciones en la categoría de economistas de entrada, siendo requisito indispensable para el ascenso, aparte de la existencia de vacante, el haber prestado por lo menos dos años de servicio en la categoría inferior.

UNA LISTA DE VEINTE NOMBRES

No llegaron a cien las instancias que se presentaron solicitando tomar parte en los ejercicios de la oposición, y de los oposi-



Manuel Cabrera Kábana, economista e ingeniero de Minas, ingresado con el número dos



Hernán Cortés Rodríguez ha obtenido el número tres en la oposición para economistas del Estado



Francisco Alemany Torres, número cuatro en el Escalafón del Cuerpo de Economistas

tores que se presentaron han quedado aprobados veinte, con una clasificación y una puntuación que ha respondido exactamente al desarrollo de los ejercicios. Mas lo cierto es que lo mismo podía haber sido número uno cualquiera de los diecinueve restantes, porque todos, absolutamente todos, méritos, historia, capacidad y suficiencia la tenían acreditada.

El «Boletín Oficial del Estado» del 4 de diciembre del presente año publicaba una Orden de la Presidencia del Gobierno de fecha 30 de noviembre de 1957 por la que, «vista la propuesta formulada por el presidente del Tribunal calificador de las oposiciones a ingreso en el Cuerpo de Economistas del Estado, esta Presidencia ha acordado conceder dicho ingreso, en las condiciones establecidas por la Ley, a los señores opositores que a continuación se relacionan por el orden de calificaciones obtenidas, los cuales prestarán sus servicios en los Centros que se indican:

Agustín Cotorruelo Sendagorta, Presidencia del Gobierno; Manuel Cabrera Kábana, Presidencia del Gobierno; Hernán Cortés Rodríguez, Presidencia del Gobierno; Francisco Alemany Torres, Ministerio de Hacienda; Tomás Galán Argüello, Ministerio de Hacienda; Luis García de Diego López, Consejo de Economía Nacional; José García de Andoain Pindo, Ministerio de Agricultura; Francisco Gallego Balmaseda, Presidencia del Gobierno; Luis Bonhome Sanz, Consejo Economía Nacional; Alberto Monreal Luque, Ministerio de Comercio; José Luis Esparraguirra Martínez, Ministerio de Industria; Marcos Martín Blanco, Ministerio de Obras Públicas; Luis José Parras Martínez, Ministerio de Trabajo; José Joaquín Arias Quintana, Consejo Economía Nacional; Manuel Hermeñildo Rodríguez, Consejo Economía Nacional; José Ignacio Ramos Torres, Ministerio de Obras Públicas; Santos Gil Carretero, Ministerio de Trabajo; Francisco Alonso Ruiz, Ministerio de Industria; José Largo Jiménez, Ministerio de Agricultura,

y Anibal Casares Alonso, Ministerio de Comercio.

Una lista pequeña con veinte nombres grandes.

EL DECANO DEL CUERPO: TEORICO, INVESTIGADOR Y PERIODISTA

Hacer la biografía de cada uno de estos veinte nombres es reseñar la vida de una vocación, de una constancia, de una voluntad, de una inteligencia.

Alto, agudo, de perfil clásico, de mirada profunda. Agustín

Cotorruelo Sendagorta, es el número uno de la oposición. Nace el 13 de agosto de 1925 en Plencia (Vizcaya). Hace sus estudios de Economía y Derecho en la Universidad Comercial de Deusto, en donde se licencia. E inmediatamente, creada la Facultad de Ciencias Políticas en Madrid, viene a ella, donde obtiene el grado de doctor, con una tesis sobre el tema de «Evolución y crítica de la política económica de la vivienda en España». Además de doctor en Derecho se gradúa después en la London School of Economics; y alcanza asimismo el título de «master», de Economía en la Georgetown University de Washington.

En Agustín Cocosetas se dan en el terreno de la teoría lo tres facetas de la economía. Por un lado, la puramente científica, como colaborador

del Instituto de Estudios Políticos y miembro del Consejo de Redacción de la Revista de Economía Política del mencionado Instituto, por otro, una asequida vocación universitaria ya que además de participar con la mayor asiduidad en las tareas docentes de la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid, está encargado de la cátedra de Política Económica en la Sección de Políticas de dicha Facultad. La tercera faceta comprende no sólo el terreno de la divulgación,

RECETARIO DE COCINA

CENTRO DE RECETAS SOPAS TIBUNDOS ARRÓZ PUDINES TERNOS GARNES Y MÁS SALSA HERRAM PESTES



Siga así siempre, adquiera sólo productos

PUDINES Royal

RIERA MARSA S.A.

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

INDUSTRIAS RIERA MARSA, S. A.

sino el juicio económico ya que su interés por los problemas de la política económica le llevan a colaborar en el diario madrileño «Arriba», a cuya Sección de Economía se encuentra vinculado desde la fundación de la misma. Su libro «Notas sobre política económica española» recogió en gran parte las ideas vertidas a través de los artículos de dicha Sección.

En el año 1951 ingresa por oposición en el Cuerpo Técnico del Ministerio de Comercio y desempeña sus funciones como Técnico Comercial del Estado en el Gabinete Técnico del Ministerio de Comercio en la Dirección General de Comercio y en la Dirección General de Política Comercial de la antigua Subsecretaría de Comercio Exterior, lo que le dan, además de un conocimiento real de la economía española una singular capacitación administrativa.

Los problemas económicos futuros de la Administración Española tienen, en el decano del Cuerpo una firme esperanza resolutiva en lo que a él le compete, porque la teoría y la práctica han desempeñado su justo papel en la experiencia.

**INGENIERO DE MINAS,
INGENIERO GEOGRAFO,
ECONOMISTA: NUMERO
DOS DEL CUERPO**

El 19 de octubre de 1923 nace en Breña Alta, en las Islas Canarias, Manuel Cabrera Kábana. La Universidad de Valladolid le da premio extraordinario al final de sus estudios de Bachillerato.

Cuando Manuel Cabrera ingresa el año 1945 en la Escuela Especial de Ingenieros de Minas de Madrid tal vez no pensase por entonces que doce años más tarde sería el número dos de la primera promoción de Economistas del Estado. En el año 1950 termina la carrera de Ingeniero de Minas y obtiene el Premio «Gullón» para el mejor proyecto de final de carrera con su trabajo «Mecanización en el avance y per-

foración de galerías y túneles». Un año más tarde, por concurso de méritos, obtiene el ingreso en el Cuerpo de Ingenieros Geógrafos. En enero de 1956 la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas le confiere por oposición el título de licenciado, y tres meses más tarde el Cuerpo de Ingenieros de Minas al Servicio de la Hacienda Pública, dependiente del Ministerio de Hacienda, cuenta a Manuel Cabrera Kábana entre los miembros de su escalafón.

Su profesión de ingeniero de Minas le ha conocido trabajando en las minas de carbón de Lieres, en Asturias, en la Sección de Lignitos de la Empresa Nacional Calvo Sotelo; en la Easo Standard Española y en Nueva York, en la Standard Oil Company, New Jersey. Minas a cielo abierto o minas subterráneas en Alemania, en Francia, en Holanda, en Bélgica o en Inglaterra; regiones industriales de Manchester, Leeds y Birmingham han sabido de su experiencia y de su valía, y en la Conferencia Internacional Técnica de Eastbourne su informe sobre el «Estudio Económico de España y las relaciones con la industria del petróleo» despertó extraordinario y sensacional interés.

Esta es la historia profesional del número dos de la nueva promoción. Con aire de eterno estudiante, Manuel Cabrera Kábana lleva al recién nacido Cuerpo todo el bagaje de una actividad basada en el campo específico de la técnica.

UN DENOMINADOR COMUN: LA VOCACION

Hernán Cortés Rodríguez nace el 9 de junio de 1912. Desde el primer momento su auténtica vocación por los estudios económicos le llevan a la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, donde su tesis doctoral «La estructura Económica de Francia», alcanza los honores del premio extraordinario. El Instituto de Cultura Hispánica le cuenta entre sus colaboradores y la cátedra de Política Económica de la

Academia de San Vicente Ferrer le hace su profesor adjunto. «Las relaciones comerciales entre España e Hispanoamérica», «La estructura de la balanza comercial entre España e Hispanoamérica», «Un estudio del comercio exterior hispanoamericano» y «Las inversiones extranjeras en Hispanoamérica» llevan a este hombre con nombre de conquistador a ser un especialista en la economía de España y los pueblos de América del Sur.

Francisco Alemany Torres es el cuarto número de esta promoción de economistas españoles. Su personal vertiente económica le conduce a estudiar la carrera de intendente mercantil, con sobresaliente en reválida y premio fin de carrera. La Sección de Económicas Comerciales le confiere igualmente su título de licenciado con sobresaliente en reválida y premio extraordinario. La Administración del Estado va a darle, en su puesto de interventor de primera del Cuerpo Pericial de Contabilidad del Instituto Nacional de Previsión, la correspondiente experiencia en el específico ramo; además, el Cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado y la cátedra adjunta de Política Económica de la Universidad de Madrid proporcionan a Francisco Alemany, número cuatro del nuevo Cuerpo, la misión acertada de la conjunción de la teoría bien aprendida con la práctica bien realizada.

Y después los demás. Economistas puros, economistas auténticos, economistas de vocación. Han llegado al nuevo Cuerpo después no sólo de haber estudiado, sino de haber ejercido en otras actividades ciertamente afines: técnicos comerciales, facultativos del Instituto Nacional de Estadística, Cátedras de Facultad, etcétera, etc. Especialistas de valía y de talla, economistas de hecho, de derecho y de corazón. Esta es, en definitiva, su mejor virtud.

José DE LA ROSA
(Fotografías Henecé.)



Los veinte primeros economistas del Estado, nuevo Cuerpo del Servicio de la Administración Pública

"VIAJE A LAS CASTILLAS"

UNA INTERPRETACION DE LA TIERRA,
DE LOS HOMBRES Y DEL PAISAJE

Crónicas andariegas
de Gaspar GÓMEZ
DE LA SERNA

--TENEMOS que conocer la tierra, la realidad que sustenta nuestra vida. Meditar junto a su latido entrañable.

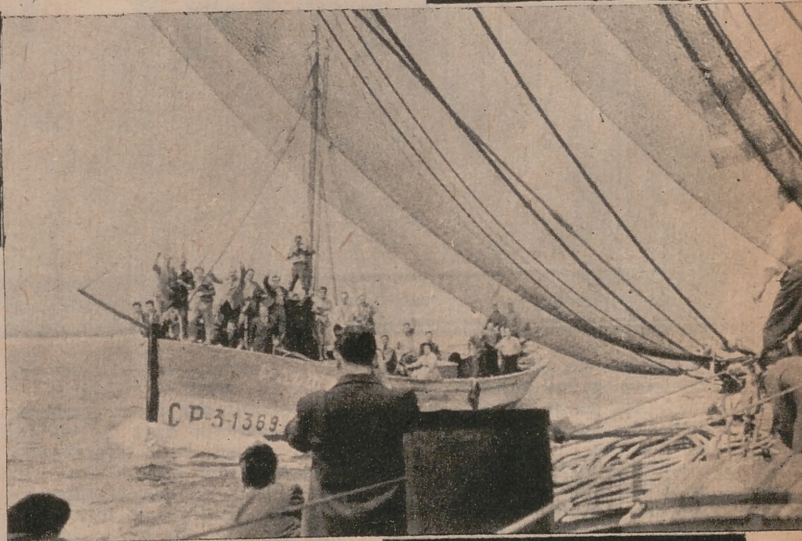
Un día el escritor, que es a la vez el periodista, el filósofo, el contemplador, el hombre, se echó por los caminos de Castilla, de las Castillas, mejor aún, y dijo lo que vió. El escritor, ahora mismo, es un hombre ni lo suficientemente joven como para estimarlo todo malo, ni lo suficientemente viejo como para creerlo todo bueno. El viajero que un día echó a andar sobre los nombres del Alberche en primavera, por las lindes de Alarcón en la tierra conuense, junto a la literatura viva de las tierras de La Mancha, pongamos como ejemplo en los pliegos de Castilla la Nueva, es el mismo que también en otros fastos caminó esta vez en la vieja Castilla a través de los madrigales junto a las viñas de la Rioja o por los cerros, los campos y los pueblos de la soriana provincia. El escritor, que todo lo recogió en un libro, hermanado con lo literario de su motivo, tiene también un nombre y una estirpe literaria: se llama Gaspar Gómez de la Serna.

«Viaje a las Castillas» es el volumen que Ediciones de Cultura Hispánica acaba de lanzar al mercado. Es este libro arcón abierto, caja de entrañables tesoros por donde Gaspar Gómez de la Serna va dejando su emoción, su pensamiento, su saber, su estilo.

—Como usted sabe, el libro está compuesto en su mayoría de artículos y ensayos publicados con anterioridad en periódicos y revistas, pero puedo decir que, a partir del primer artículo fué ya



Gaspar Gómez de la Serna, en Campo de Criptana, durante las Jornadas Literarias por La Mancha, que tuvieron lugar en mayo de 1954



concebido el libro, de modo que todos ellos han sido pensados y escritos teniendo en cuenta la arquitectura total y posterior del volumen que ahora acaba de aparecer. Porque siempre he tenido al tema del viaje por España como uno de los más sugestivos para un escritor, y, desde luego, para mi mismo; un tema que pide a la vez la actualidad del período y la condensación, depurada luego como testimonio más permanente del libro.

Saber viajar es difícil; pero saber contar es más difícil todavía. Un libro de viajes es indiscutiblemente un parámetro clave para medir la sensibilidad, la receptividad, la capacidad de un escritor. Y ya las páginas ante los ojos.

—¿En qué forma y manera puede ser conocido el paisaje, las provincias, España en suma, a través de ellas?

—Naturalmente, cada escritor emplea su propio método, obediente a sus peculiares determinaciones, y, por lo tanto, es difícil contestar a ello, sobre todo si se trata de generalizar. Limitándome al libro que nos ocupa, debo decir que quiere ofrecer un conocimiento de la España que toca techo en profundidad. Pro-

Durante las Jornadas Literarias por el Maestrazgo (mayo de 1957), los excursionistas, en barcos pesqueros, navegan por el mar de Vinaroz

cura presentar una serie de «calas» o, si se prefiere, de cortes significativos en la realidad española que muestren al lector el entramado mismo de su vivir. Ese entramado es muy complejo—histórico, económico, sociológico—y ha sido tratado literariamente, no con carácter científico; de ahí su falta de sistema desde este último punto de vista, pero de ahí también su mayor posibilidad de sensibilización, su mayor «panorámica» espiritual ante el problema de España. Otros libros pretenderán otra cosa, en el camino del puro creacionismo literario, y darán, por tanto, una versión de España más literaria; mi «Viaje a las Castillas» lo que busca es su «problema»—con perdón de los que creen que no lo tiene—, la cara interna, honda y tantas veces desconocida o deformada que tiene su propia realidad.

¿Puede un autor, un escritor, aquella persona que dió al mundo su fruto, hacer una síntesis



Por las calles de Peñíscola, Gaspar Gómez de la Serna capitanea el grupo de escritores y artistas que recorren el Maestrazgo

de lo que ya está ante el conocimiento de los demás?

—¿Cuál es, a manera de definición o síntesis, el contenido de su libro?

—Como le decía antes, mi «Viaje a las Castillas» trata de presentar literariamente ciertos significativos en la realidad española de que se ocupa, buceando en sus arrastres históricos, en sus hábitos vigentes, en todo cuando, constituyendo la hondura de su vivir, pueda darnos una explicación de cómo es en verdad, para saber también qué es lo que realmente puede llegar a ser.

Un personaje central, pues, de «Viaje a las Castillas» surge:

—La vida española misma, acotada en el eje fundamental de las Castillas.

L A S I N T E R P R E T A C I O N E S D E C A S T I L L A E N L A L I T E R A T U R A

Si una región, geográfica o histórica, fué en España motivo y nervio del objetivo literario de muchos escritores, ella ha sido Castilla. Nombres..., ahí están, presentes como en la memoria de cualquier estudiante de escuela, de Instituto, de Universidad. Interpretar a Castilla, mas interpretarla literariamente. Gaspar Gómez de la Serna no ha dudado, es imposible dudar. Para el escritor, todo lo que fué antes que él tiene por fuerza, si es escritor de verdad, que haber dejado, sino la huella, por lo menos el conocimiento:

—¿Existen «interpretaciones tipo» literarias de Castilla?

—Claro que sí. El esfuerzo de todo escritor ante la realidad es un intento de interpretación. Si ahora usted matiza ese esfuerzo con una peculiar acentuación literaria tendrá una interpretación de ese tipo. De hecho sabe usted que las hay, y de gran calibre, en nuestras Letras. Ahí tiene, sin ir más lejos, la famosa afirmación azoriniana: «A nuestra Castilla la ha hecho la literatura.»

—Castilla en los clásicos; Castilla en los del 98; Castilla en los contemporáneos...

—Cada época de las Letras ha acentuado a su manera su interpretación de Castilla, y justamente el tema de las variantes en cada una de esas interpretaciones podría dar lugar a un estudio muy sugestivo y bastante aleccionador. No vamos a improvisarlo ahora aquí; pero si usted quiere que aluda a lo que, a mi juicio, y al menos en mi propósito, ha venido a parar esa varia trayectoria interpretativa de Castilla para el escritor contemporáneo, puede que fuera suficiente con indicar que a «nuestra» Castilla ya no la hace sólo la literatura, sino que es un producto de la Naturaleza y de la Historia, una realidad objetiva, abierta desde sus propias determinaciones y no desde ningún prejuicio a nuestro conocimiento. Puede ser, y es, «negra» y «blanca» y de todo color—menos «lila», naturalmente—, sin que por ello se renuncie a un propósito estético.

uco. Sólo que éste es de orden instrumental, y desde luego no limitado a la reiteración de truco literario alguno. Se trata de una interpretación crítica, pero esencialmente objetiva e instrumentalmente estética y de clara intención social. Ese modo contemporáneo de interpretación castellana pienso yo que arranca de las «notas de andar y ver» de Ortega y Gasset. Como he escrito ya en alguna ocasión, en Ortega se desprende el libro de viaje del subjetivismo romántico y también del tipismo deformante que se exacerbó en la literatura del 98, haciéndose más objetiva la misión del escritor, sin perder por eso su carga crítica y reformista. Sobre ella carga un doble acento religioso y social que le es propio.

—Un tema, una controversia eterna casi como las mismas Letras. En los libros de viajes debe prevalecer lo actual sobre lo histórico o, por el contrario, el peso, el sedimento del pasar del tiempo ha de constituirse en principal personaje?

—Eso es una cuestión de pulso y de perspectiva del escritor. En todo caso nada histórico debe prevalecer que no forme parte de la realidad viviente de la que el escritor va dando cuenta. Lo «histórico» puede ser también una forma de lo «actual», una huella que configura de una u otra manera la realidad que tenemos delante; cuando no lo es, su resonancia pierde sentido, es una hueca invocación a un pasado muerto que carece de valor para la interpretación que el escritor busca y debe ser eliminado. La mera actualidad tiene también su riesgo: el de ser tan superficial que se consuma con su propio paso, sin añadir nada a la interpretación sustancial que el escritor debe perseguir. En esa medida se diferencia el relato viajero, por ejemplo, del mero reportaje.

«LA PLAZA ES EL CORAZÓN DE LOS PUEBLOS CASTELLANOS»

La sobrecubierta del libro, un dibujo de Lara, tiene un fondo de espiga en granazón, de espiga en siega, de espiga en era, quemada por el sol. Luego, dentro, la blancura del papel, pueden ser las sendas, los caminos, los altozanos, los cerros; las letras son, ya en las palabras, el espíritu y el cuerpo, el alma y la forma, la esencia y la presencia. Entramos en él: «Rejuvenecer literariamente a Castilla, he ahí la misión más sugestiva de esta hora.» Página 22, línea número 5.

—¿Cómo puede hacerse esto?

—Con ese tipo de interpretación rigurosamente contemporánea de que acabamos de hablar.

La conversación se ha centrado ya totalmente en lo concreto, en lo inmediato, en el libro, hoja a hoja, vocablo a vocablo. Y presidiéndolo todo, tal vez por respeto, tal vez por tradición, lo originario, lo que dió nombre a la tierra.

—¿Están vivos o están muertos los castillos castellanos?

—Son pocos los que están vivos, vividos hoy. En mi libro aso-

man algunos su ruina como una protesta; permítame usted que me remita a él, no sin advertirle que no pertenezco a ninguna sociedad de amigos de castillos que matice especialmente aquella protesta con un plante arqueológico.

Más adelante: «La plaza es el corazón de los pueblos castellanos.»

—¿Por qué?

—Porque de ellas parte y a ellas torna la doble circulación vital de los pueblos: la que cada día lleva la sangre arterial del trabajo a las glebas antiguas y la tras luego junto a las lentas colleras de la tarde; la que cada domingo remansa desde las venas de las callejas, bajo los viejos soportales, la sangre del amor, del vino, de la espera que late en los extraños descansos de los pueblos.

El escritor habla de que «existen aún hoy lugares en los que se echa de menos la alegría de vivir».

—¿Cuándo un pueblo entonces tiene alegría de vivir?

—Cuando tiene vida; porque es la vida misma la que produce esa alegría.

¿Cuántos kilómetros están condensados en las páginas del libro? ¿Cuántas horas, cuántas sensaciones, cuántos desvelos, cuántas inconformidades?

—¿Conservan España, en su magnitud histórica, los herederos de las grandes familias?

—Hay honrosas excepciones, pero la triste verdad es que hay demasiados ejemplos en contrario. Uno de los males de España es precisamente la desertión de sus clases dirigentes; ahí tiene usted en mi libro esas viejas villas ducales deshuesadas del calor humano ejemplar que las hizo nacer. Ya son menos que nada. Y le advierto que no participo para nada de ninguna demagogia antiraristocrática. Todo lo contrario, pienso que, efectivamente, «nobleza obliga»; pero hay que conocer en qué medida está viva esa noble pieza ejemplar de la vida española y en qué medida está muerta.

«Antes de pasar el río quiero que pases conmigo, lector, en Pelayos. Pelayos de la Presa tiene tres cosas que contar; la primera que, siendo, como te digo, el pueblo más pequeño de todo el partido, es el centro de este valle o Valdeiglesias; la segunda, unas llaves, y la tercera, el argullo, que no cabe en el pueblo, de un su vecino.»

Sale ahora el orgullo como tema; un orgullo que «es retórica», arrastre viejo de la vieja España que todo lo da por la apariencia de grandeza.»

—¿Cuál es la actual conciencia de Castilla frente a ese «viejo orgullo» nacional citado en la página setenta?

—Mire usted; ese es un pecado que llevamos dentro y que es difícil de desarraigar. Una larga cura de desintoxicación de tópicos, de fuerte aplicación, de un sentido claro de la realidad, de un implacable conocimiento de sí misma hará, sin duda la Castilla del mañana. Naturalmente que ese realismo no está repartido con uniformidad por las dos Castillas, pero se va abriendo



En convivencia con los hombres del mar, Gaspar Gómez de la Serna y los escritores que le acompañan reciben un típico agasajo

paso irreversiblemente en la conciencia del pueblo.

LA MISION Y EL RESULTADO DE LAS «JORNADAS LITERARIAS»

No hace mucho tiempo tampoco las provincias españolas, algunas provincias españolas, por mejor decir, sintieron la pisada, la voz, el matiz de grupos de escritores que en comunidad viajera si no las descubrieron si por lo menos las cubrieron en un periplo original y efectivo. Allí, entre los treinta, los cuarenta o los sesenta escritores españoles, de más o menos edad que más, estaba Gaspar López Gómez de la Serna. Su manera de ver, su manera de sentir, quedaron primero en los periódicos, después en el libro. ¿Qué representaron aquellas Jornadas? ¿Cómo es y en qué consiste, si es que la hay, la capacidad de recepción, sensibilidad o educación literaria en los pueblos visitados? Gaspar Gómez de la Serna, viajero hoy sedente, da la respuesta.

—Nuestras Jornadas Literarias han sido, creo yo, el gran medio de tomar contacto directo con la realidad española. Luego, para el escritor esa fuente de realidad ha servido para ordenar sus propias ideas, para desempolvarlas de tópico libresco y hacerlas vivas, jugosas y directas. Con respecto a las provincias que hemos ido visitando—Mancha, Alta Extremadura, Rioja, Castellón—, creo que también han servido

para su propia revalorización espiritual. No sólo porque los cincuenta a sesenta escritores que las han visitado han voceado luego su existencia con el gran amplificador de su pluma por toda España, sino porque esa voz ha estado siempre a salvo de la adulación patrioterica, y por sonar ya sin localismo alguno han servido, en cierto modo, para dar a las letras españolas la medida universal de cada una de ellas. No sé si la sensibilidad literaria a que usted alude se habrá puesto o en qué distinta medida de manifiesto; pero si puede decirle que en todas esas provincias se ha hecho conmovedora evidencia su voluntad de ser conocidas y oídas, su necesidad de hacerse presentes con todo realismo en la convivencia española. La misión de las Jornadas fue tanto como literaria social; medio de unión del intelectual con su pueblo, apertura de la torre de marfil para que entre en ella el viento de la calle y salga hecho clamor de justicia, de alegría o de esperanza.

El tiempo, un factor que igualmente está presente en las expediciones colectivas que en los itinerarios solitarios; el tiempo, un elemento con el cual ha de contar el escritor.

—¿Deben escribirse las crónicas de viajes sobre el mismo lugar visitado o bien, reposadas, ya de vuelta?

—Cada cual tendrá su propio método. Por mi parte hago las dos cosas: tomar notas sobre el



Gómez de la Serna, entre los pintores Escassi y Carpe, contemplan desde el mar la costa mediterránea

terreno y hacer luego el capítulo o artículo, de vuelta.

Del tiempo personal la conversación ha pasado al tiempo «intemporal». Allí, en la página 167, se hace referencia a «un paraje cuya vida se ha detenido hace quinientos años».

—¿Qué tiene esto de bueno y qué de malo?

—De bueno, nada; de malo, todo; si es que llamamos «malo» a estar muerto. A mi el pintoresquismo que se hace a fuerza de ruina, de miseria o de falta de progreso vital me parece sustancialmente condenable.

—¿Qué papel representa la tierra en la vida del hombre?

—Esa tierra es el barro mismo del que cada uno de nosotros está hecho, de modo que, a mi juicio, no es que desempeñe un papel en su vida, sino que es una parte de su propia existencia.

—¿Qué influye más para la historia, el hombre o la tierra?

—No es una cuestión que pueda plantearse en ese sentido cuantitativo y separable. Hay una relación de interdependencia entre los dos factores que la moderna sociología ha puesto de manifiesto, más allá del viejo idealismo y del no menos viejo positivismo para el que el «medio» era condicionante absoluto de la vida histórica.

EL FUTURO DE LOS JOVENES

Gaspar Gómez de la Serna: nació en Barcelona, año 1918. De familia castellana. Escritor, escritor antes que nada. 1945: «Después del desenlace», su primer libro. Luego, entre nosotros, «España en sus episodios nacionales»—ensayos sobre la versión literaria de la Historia—, el «Libro de Madrid», pura y autén-

tica derivación literaria y creadora. Y siempre, siempre, centrado en el afán de ahondar con rigor y verdad en la comprensión del ser de su propia Patria.

Ahora bien, Gaspar Gómez de la Serna tiene tras de sí una de las más fecundas y constantes tareas fundacionales en todo aquello que ha significado potenciación y apertura de la vida intelectual española. Ahí está su presencia primigenia en revistas de la talla de «Clavileño», su participación en el Secretariado de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, su actividad en el Departamento de Cultura de la Delegación Nacional de Educación.

—Entre sus labores literarias fundacionales o de dirección, ¿cuál le dejó mejor recuerdo?

—El Departamento de Cultura de la Delegación de Educación, porque fue verdaderamente fundacional de empresas, creo yo que necesarias para la vida intelectual española, sobre todo de los jóvenes: Jornadas Literarias, revistas; grupos de conferenciantes, teatro, etc., algunas de las cuales, de una forma u otra, han quedado asentadas definitivamente, como por ejemplo las bolsas de viaje y pensiones a escritores y artistas.

Hablar, escuchar, oír, comer; haciéndolo podría uno estarse, la verdad, toda la vida. Y más que, como Castilla, como el escritor, materia hay, y de sobra, para ello. Quede como recuerdo, como testimonio, como documento de calidad, ese final de «Círculo en el pueblo», página 160 de «Viaje a las Castillas»: «Por el camino nocturno se va, bamboleante, el carromato. El hocio de la luna corta brillante y pálido los sembrados de las tierras negras, se hunde en las gargantas de los bosques altos de los mones y se mira apenas en el agua escasa y rumorosa de los arroyos escondidos. Toda Castilla está aún despierta en la noche del domingo que ya ha muerto; y sobre los alcoves y las ventas, y en las cercas que acotan la propiedad de villas y lugares, mientras un vientecillo ligero refresca el sueño de yuntas y merinos, un can vigila todavía, con morro desconfiado, la marcha oscura del circo de los nómadas. El cual, como una raposa, cruza sigiloso y nocturno junto a las corralas en paz.

Esta vez ha sido, sin influencias, sin solicitudes, totalmente, la voz justísima del escritor la que ha hablado.

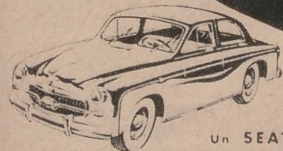
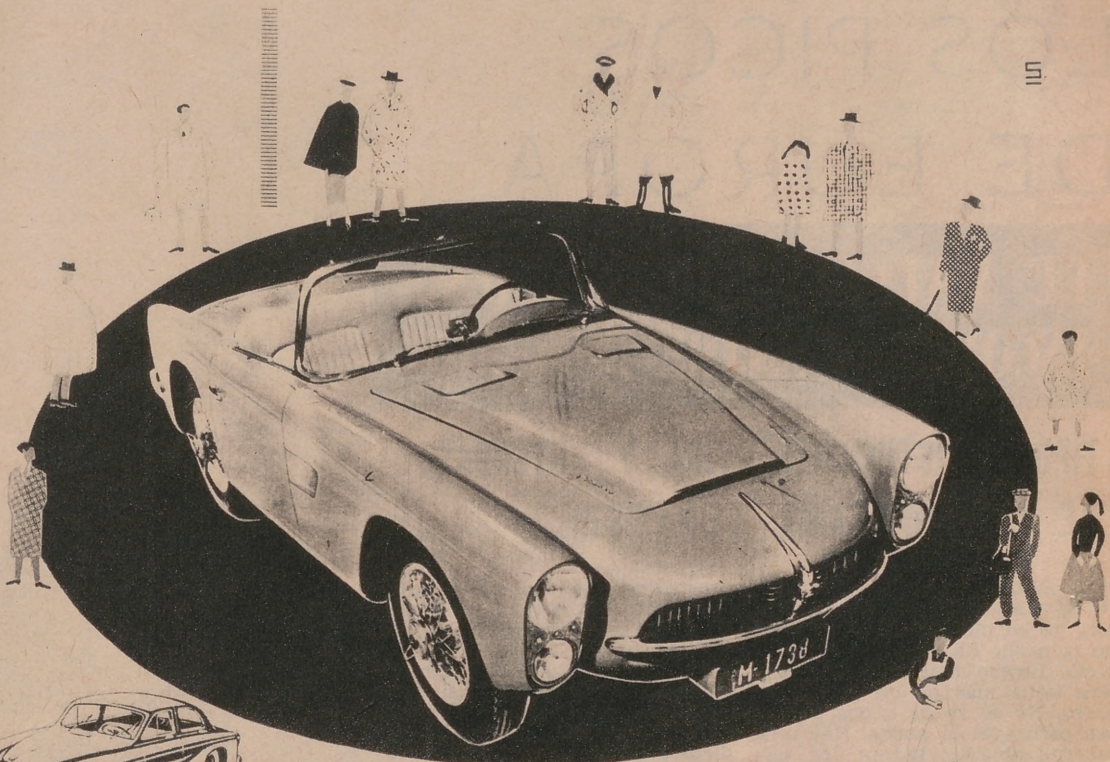
José María DELEYTO

Lea usted

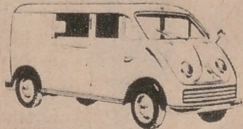
“GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA”

Una publicación especializada en temas de información que interesa a toda clase de personas.

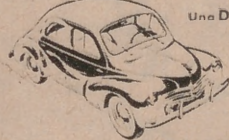
Pedidos a calle del Pinar, 5.—MADRID



Un SEAT



Una DKW



Un RENAULT



Un ISETTA



Un BISCUITER

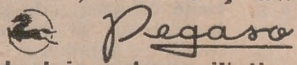


Un MOTOFURGON



LAMBRETTAS

Este sensacional, último y único modelo de



orgullo de la industria automovilística española, es uno de los valiosos premios que Vd. puede obtener, si mientras se deleita saboreando una copa de coñac

SOBERANO

único en su estilo, se entretiene con el sencillo y grato pasatiempo

"ADIVINE LA CLAVE"

No deje de escuchar el desarrollo de este concurso, a través de la cadena de emisoras de la S. E. R., los martes, a las nueve menos cuarto, y los viernes, a las once de la noche.



El coñac de más prestigio de España por su aroma, color y sabor, brinda por Vd. ofreciéndole: Un gran coñac, un pasatiempo, el obsequio de un conjunto de premios sin precedentes, y el deseo de... ¡muchoa suerte!



GONZALEZ BYASS

«RASGO» PUBLICIDAD

Y
18

UNA VENTANA SOBRE LOS PICOS DE EUROPA

EL VALLE DE VALDEON, ESCONDIDO ENTRE CUMBRES

TIPOS, COSTUMBRES, VIDA Y LEYENDAS DE LA MONTAÑA LEONESA

El autocar que parte de León al atardecer, nos deja en Burón, ya en plena montaña, cuando la noche ha cerrado por completo. Llueve fuerte, y la carretera tiene más de un palmo de barro. No se ve ni a dos pasos; tan oscura es la noche. Hay una taberna abierta; ladrán los perros en los soportales, y no transita nadie por los caminos.

Vamos a la única posada, y lo primero que compramos son unos zapatos de goma que aquí llaman «cepelines», utilísimos para la montaña. La dueña de la fonda, Angelita Gómez Iniesto, es mujer medio entrada en años, y nos habla de sus penas con voz resignada, como si todo lo que le ha caído sobre los hombros resultara inevitable y necesario. Como fuera hace mucho frío y en el espacioso comedor se sienta hasta calor, nos explica que la calefacción está funcionando. No vemos radiadores por ningún lado y entonces, la señora nos aclara detalladamente esta especie de milagro.

En las casas de la montaña hay un sótano en el que se prende fuego. El sótano es una habitación cerrada, y el humo se va metiendo por un espacio que existe en el suelo de la planta baja y lo va calentando poco a poco, y así se goza de buena temperatura.

—La calefacción nos sale mucho más barata que la de las capitales, no vaya usted a creer.

Burón es cabeza de Ayuntamiento, o como dice don Fidel Polvaredo, presidente de la Junta Administrativa, Burón es cabeza de merindad, que viene a ser lo mismo que antes partido judicial. Hay dos palacios en Burón: el de Allande y el antiguo de Gómez de Caso. El pueblo se defiende bien económicamente con la ganadería, en la que abunda el ganado vacuno y el lanar. Claro que el principal ingreso lo dan la patata y la lenteja, porque con el trigo no hay que contar; el trigo se hiela.

El Ayuntamiento de Burón

consta de siete pueblos: Jario, Polvaredo, Retuerto, Casasuertes, Cuénabres, Vegacerneja... Por aquí andan los chopos creciendo a mares, y eso que el chopo del país se comenzó a secar sin aviso y hubo que poner remedio a la cosa plantando chopo canadiense, que va a las mil maravillas.

Por lo visto, el Ayuntamiento tiene un tremendo problema con los tejados de las casas. Antes todos los tejados se construían a base de cargas de centeno bien apretadas, ya que por el centeno resbala la nieve, cae al suelo y evita que se amontone en el tejado, con peligro de que la casa se venga abajo. El techo de centeno es el mejor; pero ahora, como nadie siembra centeno de buena clase, ha habido que echar mano de la pizarra; cosa mala, pues la nieve y las heladas estropean el tejado en un par de años.

El Esla pasa por la parte izquierda del pueblo murmurando. La gente calza almadreñas, madruga mucho; por lo general, trabaja durante la semana sin punto de reposo, y los domingos, uno si y otro no, se va al cine. No se vaya a creer que hay cine en Burón; nada de eso. Lo que sucede es que los domingos viene un muchacho de León en el coche y trae todas las cosas necesarias: la máquina, el telón; la película... Y así, en la escuela, se ven películas; se ríe o se llora, depende.

—¿Y ven ustedes buenas películas?

—¡Qué remedio! —contesta rápida doña Angelita—. Aquí tienen que traer buenas películas. Aquí no se puede engañar a la gente. ¡Menuda es de despejada!

Hay que acostarse pronto. Hay que descansar. Porque el sobrino de doña Angelita nos llamará a las cuatro de la madrugada para llevarnos hacia el puerto del Pontón en su furgoneta y, según él, las seis es una buena hora para tomar el desayuno en el caserío del Pontón.



A CABALLO POR LAS CUMBRES

Dos tazones de café, un porrón de vino, una enorme hogaza de pan ya sentado. Muy cerca, la lumbre, la buena, la mansa lumbre de fuego bajo de la montaña.

El puerto del Pontón, en la

Esta foto en la que nuestro especial, Polvaredo, ha sido tomado por el fotógrafo que acompañaba al...

montaña asturleonés. La niebla, densísima, gira lenta sobre sí misma, y se ve tan poco, que hasta la cruz que corona la ermita del caserío del Pontón desaparece y se hace invisible.

Mientras nos desayunamos, doña Elvira Alvarez, mujer gruesa, bonachona, honrada antigua, nos prepara unos bocadillos para el

camino. A ella se le hace cuesta arriba este viaje nuestro, ya adelantado el invierno, por los caminos de la montaña; por esos caminos de herradura en los que es forzoso olvidarse de comodidades, subirse a lomos de una cabalgadura y tirar para adelante, al encuentro de lo que salga.

—Y menos mal que hay suerte.

La nieve aún no llegó. Pero si le da por caer, a lo mejor tardan ustedes en salir del valle tres meses.

La señora Elvira tiene el establo en la parte de atrás de la casa. Tiene también un perro de fiera mirada, de patas musculosas. Dos de sus hijas, despeinadas, sorprendidas a la temprana hora del amanecer, nos miran con ojos redondos.

—¿Cuántas vacas tiene usted, doña Elvira?

—¡Ay, hijo! No lo sé. Venden y compran. Pregúnteselo a mi hijo, si es que lo ve por el camino.

Son más de treinta vacas las que rumian con tranquilidad. Hace ya tiempo que en el pasto no se alejan del caserío por aquello de las nieves y de los lobos. Allí, en el Pontón, no pasa nada. Allí está la Virgen, que protege. Una Virgen con la mirada hacia arriba, con las manos unidas de manera especial, con un manto azul. Además, también está el perro, y con los perros de la montaña hay que andarse con ojo. Por el día son mansos, pero a la noche se vuelven como fieras.

Un nieto de doña Elvira la observa mientras la patrona nos prepara las caballerías.

—Oye, chaval, ¿cómo te llamas?

—No me acuerdo ahora, señor.

—¿Y por qué te levantas tan temprano?

—Porque voy a ovejas, señor.

El muchacho me dice esto mismamente como si fuera «a niños». Pero no hay tal. Hoy se marcha con su padre, cuando llegue, que está en otro pueblo a «mercar» ovejas para engrosar el rebaño.

Doña Elvira me enseña el caballo y va dando consejos:

—Háblele usted durante el camino. A los caballos hay que hablarles siempre. Se encontrará usted con el coronel Emiliano Martínez. Buena persona, sí. Este caballo se llama «Niño».

El caballo es mansurrón, vencido de huesos, un «babieca». Por aquí los caballos son muy preciados. No se puede avanzar por estos caminos llenos de barro, que coronan montañas y descenden a barrancos, sin un caballo.

—¿Cuánto tengo que pagarle por el alquiler de la cabalgadura?

—Yo no lo sé, señor. Pero se encontrará usted con Lupericio Marcos, mi sobrino, que está en la hondonada, y se lo pregunta.

—¿Y dónde le dejo el caballo para que se lo devuelvan?

—En casa del correo. Me lo traerá mañana.

Bien va. Comenzamos a caminar. Al fondo, unas montañas con los picachos nevados. Un río nos sigue a la izquierda. Sobre la tierra, carcojas, hayas, retama, torrénteras. Llega la impresión de alejarse de lo conocido, de entrar en un mundo ignorado, pero maravilloso. Estamos solos los tres: el fotógrafo, el caballo y yo. La señora Elvira sólo tenía un caballo... ¡Qué le vamos a hacer!

No existe la menor impresión de soledad. El río, los arroyos, los múltiples arroyos; los pájaros... todo está lleno de murmullos. Todo está pelado. Las piedras son



antiguas. Llegamos a una casa abandonada.

Hay una encrucijada de tres senderos: uno desciende a la derecha y el río que nos sigue lo cruza en un desnivel de tres metros. Otro camino es una torrentera llena de cantos redondos. El de la izquierda es el más trillado, y por él tiramos. A poco, un hombre junto a un rebaño de ovejas.

—¡A la paz de Dios!

—¿Es usted Lupericio Marcos?

—Para servirle.

—Doña Elvira me dijo que le preguntara cuánto vale el alquiler del caballo.

Lupericio Marcos, gorra en la cabeza, ojos duros, nos escucha con las manos en jarras. Piensa rápido, repentino.

—Diez duros.

Y el camino que va para arriba como si quisiera ser arcángel. Y así llegamos a la pradera de Llavaris, que es un desfiladero tremendo entre dos valles. Al fondo, Peña Santa, valle calizo. A la izquierda, Reicedo de Sajambre, nido de hayas y de chopos, que se precipita por la ladera y respeta la silueta altiva de las montañas lejanas. Hay nieve en los senderos, en los lugares sombríos donde nunca da el sol. Allí está tomando pan con chorizo Venerando Valbuena, que viene de comprar dos vacas de Burón. Buena persona también. Aquí todos son buenas personas, bendita sea el alba.

—Esta nieve de aquí es del año pasado. Y mire usted. La gente que viene a pie del valle de Valdeón, como cuesta mucho subir a 1.400 metros de altura, pues llega cansado y se mete en la boca la nieve para refrescar.

Poco después llegamos a la Campera de Panderruedas. Quie-

ro hacer aquí un pequeño inciso. Por lo visto hay una especie de polémica respecto a este nombre. Víctor de la Serna dijo que se llamaba de «Pandruelas», no de Panderruedas. Sin entrar ni salir en el asunto me limito a decir que he preguntado a todos los campesinos y que todos me han dicho «Panderruedas». La Campera de Panderruedas es algo que no se olvida. A la izquierda está la Torre de Peña Santa de 1.900 metros de altura; al frente, los Picos de Europa, nevados. Desde aquí se ve el «Porracho» —un hueco, digamos para entendernos mejor— célebre porque cuando el sol pica en el centro son las once treinta en punto de la mañana, hora solar. No falla ni por asomo.

Comenzamos a bajar por el sendero que desciende hasta el valle de Valdeón y topamos con una cruz a la orilla del sendero. Una cruz blanca, rodeada de hayas y de escobas, de retama, de tillos, de urces y endrinos. Por aquí va la canción de los regatos unida a la de los pájaros tocinos, los que se clavan en los hórreos. La piedra es cascajo, piedra que deshace el sol y el temporal. Y allí, en la curva del camino, cerca del alto de Pozaperro, donde se caza el oso negro, Venerando Balbuena nos cuenta la historia de aquella cruz.

—Ventura González Gutiérrez, el hombre que murió aquí, era de Soto de Valdeón, y volvía a casa en un invierno como éste, al terminar la guerra. Venía de Asturias. Venía a ver a sus padres, y ya cruzado la Campera de Panderruedas, descendiendo por el camino de la Honvinna de los Carros, no podía seguir. Nevaba duro, y la nieve cansa mucho los pies. Ventura se sentó

a descansar. Al día siguiente le encontró muerto el correo que va de Valdeón al Pontón. Luego, más tarde, los padres ahorraron ahorraron y le levantaron esta cruz. El muerto tenía veintidós años. Aún me acuerdo de él...

Hace frío. Sopla un viento traidor que se va metiendo por el cuerpo y que obliga a levantar las solapas de la zamarra. Cuando Venerando Valbuena termina aparece a lo lejos otro hombre. Avanza recogido sobre el caballo. Canta. Fuma un cigarro de picadura. Lleva detrás unas alforjas, y una cartera de cuero como bandolera. Es Emiliano Martínez, uno de los dos correos que van de Valdeón al Pontón.

Y su canción, respetada por los murmullos lejanos, suena bien:

*Dicen que murió el raposo
camin de la romería.
Si murió, Dios lu perdone,
bones gallines comía.*

«¡SALVATE TU, HOMBRE! DEJAME MORIR.»

Emiliano Martínez tiene deseos de charlar, mientras bebe un trago de nuestra bota. El ya conoce de memoria cada uno de estos rincones y le interesa saber cosas de la capital. Bien, hay un intercambio. Siempre sabe a gloria el charlar en el campo.

Emiliano —junto con su compañero Noel que hoy está en cama por un aire dañino en el costillar— es un poco como esos camiones que llegan a Madrid de anochecida para llenar los mercados de subsistencias. Emiliano lleva las cartas al valle de Valdeón, todos los días sin fallar uno, y lleva tabaco de cuarterón para los hombres que se lo piden, y medicinas que se encar-



gan a León, y dentaduras postizas y lo que sea. Ama el campo. le gusta la cháchara y no es luraño, ni desconfiado, ni siquiera tiene esos trazos marcados del campesino. Tira de las horas y de los kilómetros cantando y no se aburre. Por el invierno ya es otra cosa. Por el invierno tiembla cualquiera porque hay lobos, porque uno sin darse cuenta se queda dormido sobre la nieve, y por eso, al invierno, cuando nieva, van los dos correos juntos para protegerse. Hacen el camino sobre esquís, y marcan en las hayas a punta de navaja la altura de las nevadas para enseñar a los forasteros. Y ahora me las enseña y me asombra. En un haya cercana, que tendrá sus cuatro metros y pico, casi cerca de la copa, hay una señal inconfundible de navaja. Hasta aquí llegó hace tres años. Emiliano recuerda que una vez las pasó moradas y creyó que se iba para el otro mundo. Resulta que se le rompió un esquí, no se veía a dos metros de distancia y ululaba el viento como si soplaran gigantes. El decía a Noel: «Sálvate tú, hombre!» Pero Noel no le hacía caso. Avanzaban los dos muy despacio, muy despacio, porque a cada paso a Emiliano se le enterraba la pierna en la nieve. «¡Que te salves tú, hombre!» Pero Noel, nada. Noel a estar allí, a su lado. Y se cerró la noche. Y ellos, venga a seguir hacia el pueblo. Pero llegó un momento en que no podían caminar más, en que «les duraba mucho el camino» y se tuvieron que sentar un momento a descansar. Entonces Noel cayó en un sueño repentino, y Emiliano, al verle así, comenzó a darle bofetadas fuertes, bofetadas «como si le quisiera mal». Y Noel

despertó y vuelta a seguir. Meno: mal que los del pueblo, extrañados de que no llegaran, salieron en su busca y les encontraron a tiempo.

Emiliano no le da la menor importancia a la historia. Esto es cosa de poca monta comparada con lo que sucede cuando uno del valle de Valdeón cae enfermo de gravedad y dice el doctor: «Hay que sacarlo. Hay que operarlo en la capital de tal y de cual, si no se muera.» Aquí viene lo gordo. Se organizan caravanas de cuarenta hombres; al enfermo lo llevan en una camilla; se camina de día o de noche, sin descanso, turnándose; se sufre bastante, sí. La última vez que pasó esto fue el año pasado por una mujer que estaba enferma del riñón.

Y Emiliano estruja la bota, bebe de cara al cielo de la mañana

y luego, el hombre sabe al caballo y se va cantando otra canción:

*A la salida del Sella
púseme a tirar la barra,
y una niña que me vió,
al verme perder, lloraba.*

Es curioso observar que en la montaña leonesa se cantan canciones astures, y que la gente emplea muchísimas palabras del dialecto asturiano.

EN LA MONTAÑA HAY «WHISKY.»

Y entramos ya en Posada de Valdeón, el pueblo más importante del valle, de los pueblecitos del Valle, que son Corona, Caldeavilla y Cain. En Valdeón hay una escuela muy chiquita. A la entrada de la escuela, en el





portal, descansan muchos pares de almadreñas de niños y niñas. En el primer piso explica las cosas José Muñiz Beltrán, hombre joven, pequeño y fuerte, a treinta y cuatro niños; en el segundo, María Dolores Díez, maestra casi nueva, habla para treinta y cinco niñas.

Muy cerca de la escuela está la iglesia, con una torre hermosa y limpia que tiene de telón de fondo a Peña Santa, la montaña más elevada de cuantas se ven. Los habitantes del valle son unos cuatro mil, más o menos, y viven del campo y de la ganadería, porque por aquí pastan sus 1.500 cabezas de ganado. Puede decirse que no existe una familia que no tenga una vaca en la casa. También siembran patatas y trigo, aunque el trigo no prende y apenas llega el pan de la cosecha para dos meses.

El sacerdote me dice que la gente de aquí es religiosa, que reza todos los días el rosario, que los domingos se llenan la iglesia,

que los vecinos respetan escrupulosamente la vigilia.

Lo más sorprendente de Valdeón es la Posada de Don Daniel Abascal. Esto no es una posada; más bien parece un hotel parejo al Felipe II de El Escorial. Aquí llega uno cansado, sin cigarrillos, y pide tabaco americano y se lo dan. Si uno tiene sed y don Daniel le pregunta qué es lo que desea tomar, uno dice en plan de chunga: «Póngame un whisky», y don Daniel va y pone un whisky, y más... Hay habitaciones con baño, calefacción. Hay de todo, en una palabra.

Y don Daniel nos cuenta que desde el Pontón están haciendo una carretera a Valdeón, para que esto no esté en el fin del mundo, y dice que la terminarán dentro de tres años, y que entonces sabrán los turistas lo que es bueno, que este valle es de lo más impresionante que tiene España. Ni lo dudo; es más, ratifico las palabras de este mesonero sombrero, que usa reloj de los

antiguos con cadena de oro, y que a la caída de la tarde me fué contando cosas muy curiosas, ayudado por el cura, don Marcelino, y por el cabo del puesto de la Guardia Civil. El maestro también estaba allí y se bebía muy despacio una botella de cerveza.

EL MISTERIO DE LAS PAREJAS ENAMORADAS

En la montaña, los amoríos llevan de la mano al misterio. Aquí, un hombre y una mujer se aman y no lo sabe nadie. Como si se tratara de Romeo y Julieta, se ven en lugares apartados y vigilan los caminos para que no les sorprendan. Claro está que siempre termina por descubrirse el noviazgo, por mucho que se oculte, y entonces pasa algo raro, algo hermoso. A la noche los mozos del pueblo trenzan una larguísima guirnalda de flores y atan una punta de la guirnalda en el balcón de la rapaza y la otra punta la llevan hasta el balcón del mozo. A la mañana cuando llega la luz, el pueblo se entera de todo y nace un nuevo idilio, ya sin misterios de ninguna clase. La gente suele casarse joven, que Dios ayuda a los valientes: las mujeres, a los diecisiete; los hombres, a los veintitrés. Luego llegan los hijos, que suelen ser muchos.

Por aquí por la montaña, no se conocen los jaleos, ni los follones y nadie quebranta la ley. El cabo de la Guardia Civil me asegura que el último crimen se cometió en Riaño (¡qué lejos parece Riaño de aquí!), en 1922; y que conste, que conste muy claro, que lo cometió un individuo que no era de la montaña.

Jugar también se juega en la montaña: a los bolos. El cura organiza siempre la partida, forma la bolera, y allí se pasan las horas. El día de Santiago es un día excepcional: en la partida se juega un carnero, lo guisan los pas-

tores y luego van a comérselo, rociado con vino, fuera del pueblo.

Por cierto que el señor cura se pone contento cuando asegura que el mayor porcentaje de curas y de monjas sale de la montaña de León.

Para la lucha leonesa hay que tener fibra, pulso, vista y rapidez de movimientos. El deporte típico leonés, orgullo de los montañeses, es un ejemplo de bravura y de fuerza. Se ponen dos hombres frente a frente; echan una mano al cinturón del enemigo e intentan arrojarlo al suelo. La lucha, por lo general, es breve, pero emocionante, y los entendidos saben buenamente de memoria sus principales mañas: la «cadrilada» que consiste en ponerle al enemigo la rodilla en la juntura de las piernas y levantarlo por el aire para que caiga de espaldas al suelo; la «media vuelta» en la que, después de conseguir elevar al enemigo en el aire se le da media vuelta, girando alrededor de uno, y se le deja caer al suelo; el «voleon», en el que se levanta a pulso al contrario, se le hace girar como un trompo y en paz.

CAMINO DE CAÍN

Tierra de leyendas, de historias raras y bellas. La gente, por aquí, conserva intactas algunas tradiciones orales que siguen aún su curso de padres a hijos. Y así me entero de la leyenda del brujo y del gallo una cosa extraña que sucedió en la mañana del día 2 de julio de 1286 en la que se disputaron el límite de las tierras de Valdeón y Valdeburón dos hombres que comenzaron a andar a pie «a paso de hombres, sin trotar ni correr». Cuando se encontraran, saliendo cada uno de un lugar establecido, quedaría inmediatamente definida la partición de los Concejos. Pero en la caminata de los hombres intervino el gallo de Sajambre, que can-

tó tarde, y una bruja que le dió al otro «melecinas y brevajes». Un lío gordo.

Y con estas historias nos fué llegando la hora de partir de Valdeón para adentrarnos en lo más hondo del valle, en uno de los parajes más vírgenes, más apartados de la geografía española. Porque más lejos aún, tirando casi hacia lo inexplorado, están Caldeavilla, La Corona y Caín.

Don Daniel Abascal nos alquiló dos burros muy mansos y a la caída de la tarde, ya ordenado todo, salimos de la fonda. El señor cura que andaba por allí, nos metió el miedo en el cuerpo con una exclamación:

—Es una locura marchar a esta hora. Como les oscurezca antes de llegar a Caín, ya verán ustedes... El camino es peligrosísimo. Van a bordear precipicio tras precipicio.

Don Daniel nos llenó las alforjas de pequeñas cosas y nos deseó suerte.

Y ahora, con el ccazón en la mano aseguro que aquella ruta de Valdeón a Caín fué una de las aventuras más emocionantes que he tenido la suerte de vivir.

Pedro Mario HERRERO
(Enviado especial.)

(Fotografías de Henecé)





LA ALDEA

NOVELA

Por Carmen NONELL

¡¡ HABIA llegado al anochecer, en esa hora en que todos los rumores se sutilizan y las nostalgias se exacerban, contagiadas de la melancolía de la naturaleza.

El paisaje bucólico, subrayado, sin embargo, con ásperos trazos en los acantilados, rojizos por la luz del Poniente y en el mar gris, hosco, cruzadas de blancas barreras de reconcentradas espumas, me había complacido. Buen sitio para una convalecencia más moral que física; éste, no en exceso propio a los sentimentalismos ni demasiado imponente para mis aún débiles fuerzas.

Julia se esforzaba en destacar lo que, en su parecer, podía atraer con más interés mi atención.

—Aquella ermita tiene una poética tradición marinera. Es la Virgen de las Nieves. La romería se celebra en agosto. Es algo pintoresco...

La ermita, típicamente vasca, se alzaba sobre

una verde colina, recortándose sobre un fondo de robledales sombríos. Era un bello paisaje romántico. «Demasiado», pensé.

—... y el pueblo allá abajo, ceñido por la ría. Lo suficientemente cerca para que no lo echemos en falta y lo bastante lejos para ignorarlo...

—Ya veo. Una pequeña Arcadia sin más preocupación que la lluvia, el ganado o la cosecha.

—O un pequeño Averno, con sus dramas y sus tragedias, tan hondas como en cualquier capital.

—¡Bah! Creo que se ha abusado demasiado de las «grandes pasiones». Los novelistas y los dramaturgos han agotado el tema.

—No hablo de grandes pasiones y tragedias griegas. Pero sí de problemas y dramas que, en su vulgaridad, no tienen nada que envidiar, si es que ello es envidiable, a esos «dramas ciudadanos», también tan cacareados.

—Soy bastante escéptica respecto a los sentimientos de estas gentes.

—Como quieras. Pero de esto a creer en una Arcadia feliz... Te diré que no creo que la felicidad sea patrimonio de ninguno de estos caseríos.

—Pero no me dirás que la vieja bruja que te ha saludado allá abajo, mientras azuzaba a las gallinas, haya vivido muchos más dramas que los corrientes en todos los pueblos. Tal vez se le ha ahogado un hijo marino, tal vez se le han muerto diez vacas y se le han estropeado diez cosechas... El marido se le moriría de viejo.

—Algo así, en efecto. El hijo desapareció hace cuatro o cinco años, un día de romería, precisamente. Era el amo de casi todas estas tierras. No se ha vuelto a saber de él. Pero desapareció a la vez que una muchacha que había sido criada en el caserío y vivía allá, en una chabola, sobre los acantilados. Tenía un hijo. Malas lenguas decían que del amo. La echaron del lugar, si no de hecho, haciéndole la vida imposible. Unos aldeanos encontraron al crío solo, en la chabola, al día siguiente. No hay más. A la vieja la arruinaron los capataces. Ahora sólo le queda el caserío hipotecado y las gallinas. Vende los huevos, y así malviven ella y el nieto.

—Suponiendo que lo sean. Bueno, «drama rural corriente». Si no me das otro ejemplo.

—Será por el estilo. Más vulgaridades... para tí. Aquí tienes esos dos caseríos. Allí, a la derecha. Y éste, abajo, enfrente nuestro. Su historia va unida. El dueño de éste vive en América. Es un indiano que ha hecho fortuna.

—¿Lo ves? ¿Dónde está el drama?

—Huyó del pueblo porque le dejó la novia. Ella era del otro caserío. Pasó algo que no está claro. La muchacha tuvo una niña.

—¿Y dices que no está claro? ¡Vaya un tipo! Encima se escapa a América...

—Recuerda que le dejó ella. Ella murió. Creció la hija. Hace unos años regresó el indiano. Se casó con la que todo el pueblo señalaba como su hija.

—¡Diablo! Empiezo a creer que tendré que darte la razón. Eso tiene cara de algo más que drama.

—Pues a mí me parece el menos drama. Tengo que creer que no era tal hija.

—¡Vete tú a saber!

—Ahora eres tú quien pretende ver una tragedia donde no la hay.

Quizás tenía razón Julia. Me encontraba tan cansada tras el largo viaje en coche desde Madrid, que las ideas se me confundían y sentía una lasitud absoluta. Julia me acompañó hasta la habitación que me había destinado. Abrió la ventana, y con un gesto de la mano abarcó el paisaje que se extendía ante nosotros. La luna, por detrás de la casa, iluminaba con claroscuros muy acusados, los cuatro caseríos, las huertas dormidas al cobijo de los montes, que así parecían muy cercanos, y el mar oscuro, medroso, recortado por los intermitentes estallidos de espuma que rompían en sus acantilados.

—Aquél monte es Jata. Tiene fama por sus brujas y por el agua, muy fresca y delgada... Y ahora, que descanses.

Dejó la ventana abierta. No les temía a las brujas ni al frescor húmedo de la noche. Y me acosté con más deseos de descansar que de dormirme en seguida. Descaba saturarme de la paz que se me entraba a bocanadas del campo, del bosque, del mar.

Sin poner voluntad en ello, venían a mi recuerdo las historias de los caseríos que Julia me había



reseñado. Vulgares, sin ninguna complicación, vistas en observador y, sin embargo, terribles para sus protagonistas.

Un cuclillo lanzó su grito repetido, y como si esa fuese una contraseña, una vaca mugió larga y tristemente en el establo del vecino caserío. Este mugido largo y triste me estremeció sin saber por qué. Miré temerosa hacia la ventana que ahora encuadraba la redonda luminaria de la luna. Pensé que había sido demasiado confiada. Los relatos de Julia me probaban que no todas las gentes de la aldea eran almas sencillas y honradas.

El recuerdo del mozo desaparecido empezaba a obsesionarme. Y se me aparecían terribles aquellas historias que dos horas antes reputé vulgares.

Aún tuve la suficiente lucidez para comprender que era la solemnidad del silencio y de la noche, unidos a la debilidad de mi convalecencia, que me hacían exagerar ahora la visión.

Pero ya no podría reaccionar. La anemia circunstancial, cómplice del subconsciente del novelista, se me imponían. Y renunciando decididamente al sueño me lancé morbosamente enardecida a la reconstrucción de aquellos «dramas rurales» apenas esbozados por Julia y que el ambiente me iba haciendo aseguibles, redondeando en mi imaginación calenturienta y desbocada hasta los más insignificantes detalles, como si en un momento dado me hubiera sido dada la posibilidad de vivir dentro de cada uno de los protagonistas.

LA FIESTA (EL CASERIO DE ARTEAZU-ONA)

Amanecía el día de la Virgen de las Nieves, la que tiene la ermita allá, sobre la colina, en el camino de Andracas.

El apretado y blanco caserío fué destacándose sobre el día recién nacido, y en el mar el viento hinchó las velas de unas barcas lejanas, vuelo de gaviotas doradas de sol.

Juan Miguel de Arteazu echó a volar las campanas festivas de su alma mientras se desperezaba, rechazando las sábanas. Por fin había llegado el día que durante tantos esperó. Porque él, siempre tímido cuando la ocasión le deparaba la proximidad de Ana Mari, sabía que hoy había de encontrar la serenidad necesaria para decirle lo que ya debiera estar apollado en su alma, si la polilla entrase en el fondo hermético del alma.

Sonrió al alba, seguro de su dicha, y volvió a arrebujarse entre las sábanas, retenido por las sonrientes imágenes de su pensamiento.

Seguramente la pequeña Ana Mari no había soñado siquiera con la posibilidad del amor del amo. ¡El amo! ¡Con qué orgullo escuchó dentro de él esta palabra! ¡Ser amor para ofrecer la primacía de su situación a la «neska» de sus sueños, sin temor a ser rechazado!

Un momento se le enganchó el pensamiento en la reflexión. ¿Era un triunfo verdaderamente? Pero su preocupación se esfumó en seguida y se incorporó de un salto, lanzando un grito prolongado, como un «sanzo» de reto al espejo que frente a él le devolvió una imagen soñolienta y despiñada.

Abrió la puerta de su habitación—la mejor del caserío—para pedir que le subieran agua caliente. Hoy se afeitaría con agua caliente. Y desde la escalera le llegó la seca voz de su madre.

«No se imagina ella tener tan cerca lo que tanto desea: «—Has de traer una moza. Miguelucho. El caserío y yo la necesitamos», es el eterno estribillo.»



Por eso hoy, pensando en la sorpresa que le prepara a la vieja, la besa al despedirse de ella en la cocina, donde le ha servido el tazón de leche con talo caliente del horno.

Ana Celes no estaba acostumbrada a la ternura del hijo esquivo y por un momento quedó confusa. «¿Qué le pasará hoy al «mutil»? Tal vez por ello añadió una bendición a su despedida:

—Agur, Miguelucho, que la Señora te guie.

Desde la puerta del caserío le miró marchar, alegre y ligero, camino de la ermita y la romería, y sus ojos cansados encendieron candelillas de esperanza:

—¡Si la Señora quisiera que fuese hoy!... ¡Si me trajese a la «neska» que él y el caserío necesitan!...

Juan Miguel, ajeno a los sueños de la madre, iba tejiendo los suyos paralelamente: «¿Qué dirá la «amachu» cuando se la lleve? ¿No le parecerá demasiado humilde para el amo de Arteazu-ona?...»

Se le ensombreció el ceño. Pero sólo un momento: «¡El amo!... Pues porque soy el amo, hasta ella, la «amachu», tendrá que aceptar lo que yo quiera...»

Los ojos se le llenaban de amanecer y de armonía. ¡Qué hermosa se preparaba el día que su amor esperó desde tanto tiempo!

De pronto se le nublaron las pupilas al tropezar en su caricia del paisaje con la casucha que alzaba sus destrozadas tejas junto al acantilado. ¡Begoña! ¿Por qué llegaba este recuerdo a turbar la perfecta dicha de su momento? ¡Si Ana María conociese la triste aventura y viese en ella motivo para sus escrúpulos!

Percibió gusto a ceniza en los labios, que soñaban ya unas palabras que pudiera escuchar en los de la muchacha: «¿No te da vergüenza? Abusaste de tu condición de amo...»

Ese nombre le quebró la frase en el pensamiento, sustituyéndosela: «¡El amo! Bien, pues para eso lo soy. Para comprar a mis obreras y, si es preciso, comprar su silencio.»

No tuvo tiempo de seguir rumiando sus soluciones, porque la campana flúida de la ermita de la Señora de las Nieves le anunció que la misa empezaba.

Juan Miguel estaba nervioso y malhumorado. Vió a Ana Mari indiferente, reacia hasta para el saludo, y no le fué posible acercarse a ella en toda la mañana. Unas veces porque su cargo en el Ayuntamiento lo retuvo; otras, porque ella le esquivó. Pero sus inútiles tentativas contribuyeron a encenderle más el deseo.

El yantar, compartido a medias con los amigos, bajo la sombra fresca, y la siesta, que no fué descansoso, sino impaciencia, compases de espera que iban tensando las cuerdas de sus nervios.

Cuando el sol atenuaba sus rayos sobre el mar, Juan Miguel regresó a la campa que rodea la ermita, dispuesto a poner fin a su inquietud.

A ambos lados del caminejo, puestos de avellanas, de rosquillas y cacahuetes brindaban su glosina a los mozos que obsequiaban a sus compañeras, tímidas y sonrientes.

Un «versolaria» ciego, trágicamente abiertas las vacías cuencas, recitaba con voz monótona y engolada, en su difícil vasouence, las legendarias hazañas de un «Jaun» rubio que un día trajeran las olas de las mareas hasta las playas mundaquesas para cumplir así una profecía largo tiempo esperada por los primitivos euskera.

En la campa, el tamboril y el acordeón disputaban su rivalidad, y unos mozos que tenían en el cuerpo la alegría del chacolí coreaban al compañero que cantaba un zorlico.

Las gentes se agrupaban en torno a los puestos donde se ofrecían los dorados filetes de merluza, los rojos centollos y las olorosas y rezumantes chuletas de cerdo, entre jarros rebosantes de áspero chacolí y rubia sidra, y todo era una algarabía de risas, cantos y apelaciones.

De pronto el tamboril dejó oír su imperativo rítmico y el «txistu» inició un preludio marcial que tuvo la virtud de disolver los grupos y poner un hábito de emoción entre la gente joven.

Comenzaba el «auresku» que Juan Miguel debía encabezar, en el momento en que descendía a su «neska», misteriosamente aparecida en el corro de las muchachas mironas.

Un instante se encontraron sus ojos. Sorprendidos, un poco temerosos, los de ella. A él el chaco-

li y la espera le pusieron candelillas imprudentes en las pupilas color de niebla.

Tras la venia le brindó la gallarda pleitesía de su danza, perfectamente elocuente para la moza y para todos los que la contemplaron. Al terminarla ella trató de escabullirse, pero él la detuvo:

—Ana Mari, escucha. Tengo que decirte...

Con un gesto de inquietud le siguió hasta los huertos azules de «artaburus» que vibraban con metálico susurro al pulsarlos la brisa del crepúsculo marinero.

Allí, con las escuetas palabras de la escueta lengua euskera, Juan Miguel descubrió su amor y sus proyectos a la moza, que le escuchó silenciosa, impassible el rostro, cada vez más pálido.

Juan Miguel había terminado, antes de lo que creyera y más tarde de lo que deseó, tal vez cortado por el inexpressivo silencio de la muchacha, que sólo ahora se decidió a hablar.

—Yo te agradezco que hayas pensado en mí, pero... no sé si te he comprendido...

—¡Mujer! ¿Cómo podías no comprenderme?...

—Es tan extraña tu proposición...

—¿También tú irás a decirme que el amo no puede...?

—¡No! No es esto. Es porque tú tienes una deuda pendiente, y no comprendo...

Una oleada de sangre le afluyó al rostro, pero era sólo de coraje por lo que creyó traición de Begoña.

—¿Ha sido ella quien te ha venido con la noticia?... Es lo mismo: no conseguirá su deseo...

—Tu deber...

—¡Bah! ¡Tonterías! ¿Es acaso la primera vez que esto ocurre? ¿Por qué qué débil? Yo no tengo la culpa...

Ana Mari se le había quedado mirando y él no supo si con indignación o con ironía. Pero esta mirada le hizo capaz de lo que él creyó generoso impulso.

—Escucha, Ana Mari. Eso no te debe preocuparte. Cuando no la vean se irán olvidando de ella y de mi aventura, y entonces... si tú quieres... Será poco tiempo. Los recuerdos duran poco en el pensamiento cuando los ojos no ven el motivo que los inspira.

Ella se obstinó:

—No es esto. Tu deber no es éste. Eso no puede terminarse con dinero.

Entonces la voz de él se hizo súplica:

—¡Pero, neska, el dinero todo lo puede!...

La moza tuvo un gesto de asco:

—Todo, no; el dinero no puede comprar el amor de una mujer que te desprecia.

Anochecía lentamente. Una paz llena de serena melancolía flotaba sobre el paisaje diluido en una bucólica y silenciosa poesía.

Tañía la campana despidiendo al día de la Virgen, y sobre los tejados de los caseríos se elevaban las pálidas columnas del humo azul de la leña de encina.

Por los caminos lejanos, entre los prados, las vacas rezagadas, se dirigían roncadas a los establos, de donde salían tristes y perentorios mugidos.

Las cimas de los montes se iban hundiendo en la niebla que descendía rápidamente sobre el pueblo y el valle, y en el mar de plata bruñida bajo el crepúsculo se encendieron las temblorosas lucicillas de las barcas que salieron a pescar el chipirón.

Junto a su chabola que, compasivo, el amo de aquellos bosques le cedió para refugio de su miseria, Begoña dormía a su hijo. Para ella acabaron las fiestas y la convivencia con las gentes que, tan pecadoras como ella, la rechazaron como si temieran su contagio.

El «lo-lo» con el que arrullaba al niño era coreado por el eco del mar que ante ella, al fondo del acantilado, también parecía dormido.

Los sueños de Begoña eran los mismos de siempre. Estaban hechos de recuerdos, de dolor..., dolor del bien perdido y dolor de la ausencia de remordimientos que su alma desearía y su cuerpo no encuentra.

Y de pronto, en el sendero del acantilado, sobre el contraluz del poniente, sus ojos le fingieron la imagen que llenaba su pensamiento. ¿Sería posible? ¿Sería un milagro de la Señora de las Nieves en este día, aniversario de otro...? ¿Habría recordado también Juan Miguel y volvía al reclamo de su amor y de su hijo?...

—¡Agur, Begoña!...

—¡Agur, Miguelcho!...
—Vengo a proponerte un arreglo...
Las palabras podrían implicar una promesa, pero Begoña había ya comprobado que la vista del niño no le arrancaba ni un destello de emoción, y de pronto sentía que su cuerpo y su alma estaban prestos a la defensa de no sabía qué que iba a llegarle de él.

—No quiero creer que hayas sido tú la que ha dicho a Ana Mari... Prefiero olvidar todo... Y ser generoso contigo.

Se detuvo, tal vez esperando lo que ella iba a decirle. Pero ella ya no tenía nada que contestarle.

—Te daré mil duros, ya ves que soy espléndido. Mil duros. Y tú te vas del pueblo.

Por decir algo, porque sabía que tenía que hablar y no sabía qué podía decir, protestó:

—¿Y a dónde puedo ir yo sola con mi hijo?

—Podrías ir a Asturias. Yo tengo amigos en las minas y te recomendaría a ellos. Además, ¿quién sabe?... Los mineros no suelen tener manías; tú eres aún guapa y hasta podrías... podría ser...

Se irguió. En su actitud había un gesto de altivez que había olvidado ya.

—¡Calla! Te prohíbo que me insultes. Hasta ahí no llega tu derecho.

La sorpresa ante la inesperada rebeldía le paralizó un instante las reacciones.

—Entonces... ¿no aceptas?

Había algo de reto en la pregunta que contribuyó a enardecerla.

—¡No! No acepto. Mi puesto está aquí. Es mi única venganza. La sola fuerza que me queda. Aquí, con tu hijo. A esperar que un día la vista del dolor de este hijo tuyo consiga lo que no consiguió el mío.

La voz se le rompía, pero él no pudo advertirlo. Sólo sintió que se le escapaba lo que él creía la posibilidad de conseguir el amor de Ana Mari. Pero eso tampoco supo que sus dedos se clavaban en los hombros de la mujer doblándola bajo su violencia.

Begoña vio en los ojos de Juan Miguel un destello de locura, y en la inconsciencia del instintivo sentimiento de defensa tendió las manos ciegas en busca de algo... algo... ¿qué?...

Su mano encontró la barra de hierro que le servía en las noches de invierno para atrancar la puerta.

Le vio tambalearse, y sin una maldición, sin una queja, caer ante ella, que no quería comprender, no se atrevía a comprender.

Poco a poco, sin embargo, se le fué acercando:

—¡Juan Miguel!... ¡Miguelcho!... ¡Miguelcho!... ¡Amor mío!...

Era porque sabía que no podía oírlo ya por lo que dejó escapar su secreto. Y lo repetía con el íntimo orgullo de poder lanzárselo a él mismo:

—¡Amor!... ¡Amor mío!...

Un hilillo de sangre se escapaba del oído de Juan Miguel e iba formando sobre la hierba un charquito que ella miraba crecer con átona curiosidad.

Sobre el mar el crepúsculo terminaba entre estertores sangrientos, y el «Astizar», la vieja estrella de las baladas vasconas, se asomaba a la noche como una promesa.

Del mar y del valle y del bosque ascendía el olor húmedo de la Naturaleza que comenzaba su reposo. Era la hora del misterio en la tierra foral.

Habían cesado las danzas y la música en la campa de la ermita, y por los senderos escarpados que conducen al pueblo y a los caseríos la gente regresaba. Los caminos del valle se poblaron un instante de cantos y de risas y el mar devolvió el eco de un «irrintzi» lejano que desafió a la noche y fué como una desgarradora despedida.

Begoña había recobrado la conciencia ante la mirada fija de los queridos ojos color de niebla en los que tantas veces se mirara y que ahora la reflejaban sin rencor, diríase que con tristeza.

Una como serena luzcidez la iluminaba al saberlo suyo absolutamente. Y aún le besó por última vez, sin demasiada tristeza, porque el mar no podía ser rival peligrosa.

Luego, con un esfuerzo inverosímil, lo arrastró hasta el borde del acantilado.

El cuerpo del hombre se resistió al borde del abismo como si lo temiera. Debía llevar aún más lejos el esfuerzo.

Su pie, apoyado en tierra blanda, resbaló hacia



el vacío. Y fué en vano que las manos ciegas buscasen auxilio, porque sólo podían encontrar el cuerpo suspendido, al que se aferraron en supremo instinto.

Sin un grito, como adivinando que sería inútil o aceptándolo como castigo—¿o como consuelo infinito?—giraron sobre el abismo como peleles unidas y trágicamente ridículas.

Luego el mar les abrió su cobijo y las ondas concéntricas dieron fe por un instante de la profundidad de su fondo misterioso y secreto.

La noche cubrió la tierra vasca y el mar cántabro. Nada recordaba ya el día de fiesta que acababa de perderse en el rítmico fluir de los días. Tan sólo en la lejanía una luz indicaba que en la ermita el ermitaño conservaría durante toda la noche la lamparilla ante el altar de la Virgen.

En el caserío de Arteazu, ama Celes veía una esperanza en el retraso del hijo. «¡Si la Señora quisiera que se hubiera decidido por alguna de las «neskas» que yo deseo! Su tardanza puede ser un indicio... La habrá acompañado hasta su caserío...»

Sonrió a sus pensamientos y al recuerdo del mozo querido. Y decidió acostarse sin esperarle, influyendo que la curiosidad ajena molesta cuando se tienen las sensaciones frescas.

Despacito, ama Celes se santiguó y fué hacia su cuarto, tranquila después de dejar abierta la puerta del caserío.

Sobre el acantilado, en la pobre chabola el llanto hambriento de un niño era como el balido de un corderillo perdido.

Hora tras hora, en el frío reloj de las estrellas, el llanto fué sostenido hasta que poco a poco, sin fuerza, rendido, se hizo gemido, suspiro, brisa...

VEINTE AÑOS (EL CASERIO DE CHACURSULU)

«Las Arenas... Algorta, Guecho, Berango... ¿Sopelana o Larrabasterra?... Debe ser Sopelana... Larrabasterra, Urduliz... No sé; en fin, es inútil.»

Sintió un pequeño pinchazo de tristeza al comprobar en sí mismo esta prueba de la acción demolidora del tiempo. ¿Cómo había podido ocurrir? Era algo que él había sabido siempre, como se saben las cosas que no se aprenden. Algo que se había ido haciendo con él mismo. Tan familiar como los árboles del huerto o las habitaciones del caserío.

Quiso paliar lo que había de desilusión, prendiéndose en el fingido interés de acertar en una apuesta consigo mismo: «Será Sopelana primero...» Pero advirtió que no le importaba. Y se dejó mecer en el rápido monólogo del tren eléctrico que iba subrayando la ría: Sopelana, Larrabasterra, Sopelana, Larrabasterra...

De pronto un nombre en el frontis de un caserío fué como una luz encendida en su recuerdo: «Aldeco-alde», Estaba cerca de Berango. De Berango y su romería. El 3 de agosto: Santo Domingo. Allí, en Aldeco-alde, se habían guarecido de la lluvia mientras esperaban el eléctrico. Y allí se habían dicho...

¡Veinte años! La exacta mitad de su vida. Y en este instante de exactitud de los recuerdos le parecía imposible que todo lo que había sido el contenido de aquella segunda mitad hubiera podido ser. Era como la soldadura de una cadena a la que hubieran añadido veinte eslabones innecesarios para su continuidad.

Se había expatriado por ella, o mejor, a falta de ella, y luego no había sabido volver, sujeto por el engranaje de la nueva vida, pero también por la evidencia de que tan débil era la fuerza que le atraía como la que lo retenía. Y era ya más fácil seguir, quedarse, que marchar, volver de nuevo.

Allá se había abierto camino fácilmente. La vida que se le mostró tacaña de sus mejores dones quería compensarle con esos secundarios que a otros espíritus menos exigentes hubieran sido suficientes. Por otra parte conocía el ambiente, mal ambiente, que su partida había alzado en el pueblo, que no perdonaba a los cobardes. Y él había sido cobarde. Para ellos había sido un desertor. Y ahora se le ocurría preguntarse: ¿Dónde termina la cobardía y empieza el heroísmo?

Tal vez tenía razón en su equivocado juicio. Tal vez había sido cobardía marchar por el desamor de una mujer.

Intentó reconstruir, amparado en la serenidad de

los veinte años transcurridos, todo su proceso íntimo de entonces.

Asún había cambiado de pronto. No es que la sintiera hurafía ni desamorada. Era sólo aquella profunda tristeza, sugiridora de sabe Dios qué presentimientos. Eran sus lágrimas, siempre sin explicación, cuando él hablaba del futuro, cuando la besaba.

Y había sido un día la ruptura.

—No podemos terminar, Floren. Esto ha terminado.

Lo decían sus labios y él no podía creerlo porque sus ojos—¡ah!, aquellos ojos, ventanas abiertas a la horrible, desesperada tristeza de su alma—, lo desmentían.

Había rogado, insistido, amenazado bajo la inmutable decisión de ella. Y entonces había surgido la pregunta de lo que, sin embargo, no había de creer:

—¿Es que ya no me quieres?

Ella había vacilado. Había visto luchar por contener las lágrimas, sin conseguirlo; pero no había sido suficientemente valiente para mentirle. Sólo logró alzar entre ellos la barrera definitiva.

—Es... que ni puede ser. Y no será.

Y había sentido sobre él la angustia de su mirada, más amante que nunca, al terminar:

—No será, Floren; te lo juro.

Se habían separado. Sin una palabra más. Sin despedirse. Y luego, ante el padre, bajo el techo sagrado del caserío, la decisión:

—Me voy a las Américas, padre. Lo he decidido y he escrito ya al tío, mi padrino. Salgo la semana que entra.

Poría decisiones y compromisos, temeroso de la insistencia del viejo, que sólo se inclinaría ante lo consumado.

El viejo había ensayado lo que para él era su segura convicción, podía ser el argumento único:

—¿Y Asun?

Quizá era su primera cobardía. Pero no supo hallar otra respuesta:

—Ya lo sabe.

Para el viejo era suficiente.

—Bien. Supongo que no debemos hablar más de ello.

Y no habían hablado.

Los días siguientes fueron entre ambos como si nada fuese inminente. El padre hablaba de la cosecha, de los trabajos, de sus proyectos, como si el hijo, el colaborador, hubiera de seguir a su lado indefinidamente.

—Para septiembre, cuando recojamos la alubia... Hay que echar una mano de cal a las cuadras y he pensado que para la Virgen...

No había vuelto a ver a Asun. Cierto es que apenas paraba en el pueblo. Iba a Bilbao casi todos los días—«¿Sopelana, Larrabasterra o Larrabasterra y Sopelana?»—. Gestinaba el pasaporte, el pataje... El «Aranza-mendi» partía de allí a nueve días. Iba al Plata y él quería ir a Chile. Pero era lo mismo. Del Plata a Chile ya encontraría barco... o lo que fuera. Lo importante era marchar. Cuanto antes. En seguida.

Al fin había llegado la víspera. Por la tarde pensó en despedirse de Asun. Fué a «Andra-Maria», la ermita de la Virgen, en la que ella se detendría a bajar una salve, como todos los días, cuando bajase a repartir la leche a los caseríos de Gaminitz.

La esperó, recatado en las tapias ruinosas de la casucha antigua del ermitaño. Y era tanta y tan honda y a la vez tan solemne la tristeza de su gesto, que la sintió lejana, inasquible ya, aun para el saludo.

Y partió sin intentar la despedida.

«Sopelana, Larrabasterra—¿o Larrabasterra, Sopelana?—y Berango-Aldeco-alde, Guecho, Algorta, Las Arenas... El Abra...»

Al amanecer, la partida. No salió del camarote para decir adiós a las costas que perdía. Si no pudo despedirse de ella, tampoco se despediría de aquello que la guardaba.

El tío le recibió extrañado, pero feliz, con alborozo. Ya tenía ayuda y sucesor.

—Pero tu padre... No sé, pero me parece que esto es una canallada. En fin, sobrino. Allá tú con tu conciencia y tus motivos.

Las cartas del viejo llegaban de tarde en tarde. Quizá era que le costaba perdonar. Quizá que, a su complejo aldeano, austero y rutinario, costaba el esfuerzo de aquellas líneas, para él tan impersonales.

Paramente contemnan algo más que noticias del caserío, de la cosecha, del estado del mar...

Pero una de ellas... Tal vez hacia medio año de su partida. Era escueta. Fría como una madrugada de invierno o como la hoja de un cuchillo.

«Asun ha muerto. La llevaron a Bilbao, a la Maternidad, pero todo fué inútil. Creo que el crío se ha salvado. No sé más ni he querido saberlo, no fueran a ser demasiado fuertes mis impulsos de llamarle nieto. Y tampoco sé qué decirte, sino que no te crié para cobarde ni pensé nunca que pudieras llegar a ser la vergüenza de mis canas. Siempre me has oído decir que no es de hombres huir a los hechos que nosotros mismos provocamos. Y no me queda más que avisarte que te haga la cuenta de que ya no tienes padre. Total: unos pocos años más o menos, no importan demasiado, y cuanto antes te acostumbres a creerlo, mas pronto habrás de consolarte.»

De nuevo se le ocurría la antigua duda: ¿Fué cobarde o fué valiente? Tal vez no fuera cuestión de valor o de cobardía, sino un íntimo sentimiento confuso que le producía el hecho, que hubiera llevado implícito algo en lo que jamás se hubiera atrevido a soñar: la plena, absoluta posesión de Asun. Esto fué lo que le obligó a callar, aceptando el equivoco de las gentes. O fué tal vez una última orenda al recuerdo de Asun, de cuyo amor, ahora menos que nunca, podía dudar.

El hijo de Asun era el hijo que ella hubiera podido darle, el que ella le hubiera dado si la paternidad le hubiera sido dada a elegir.

Sabía que Asun, desde su puesto en el más allá, había de darle las gracias. Y al fin y al cabo, ¿no hubiera también aceptado esa paternidad si ella se le hubiera confiado?

Al callar, ni siquiera se perjudicaba. El puesto que debió ocupar Asun ninguna otra mujer lo ocuparía.

A partir de entonces las mujeres fueron en su vida fugaces accidentes, meros pasatiempos que duraron lo que su capricho. Y llegaba a los cuarenta años en una mezcla indefinida de juventud y madurez que ni él mismo sabía desligar. «Soy joven; mi cuerpo es sano, fuerte y mi sangre ardiente como a los veinte años y, sin embargo, mi espíritu está agotado, incapaz de ilusiones, de esperanzas. De vuelta de todo lo que hace a la vida apetecible y bella.»

Ahora, en la inminencia, se le ocurrían dudas en las que no pensó al decidir el regreso. ¿Habían las gentes olvidado?

Desde aquella carta del viejo no había vuelto a tener noticias del pueblo hasta cuatro años más tarde, en que el cura, contemporáneo de su padre, le había escrito para anunciarle su muerte verdadera y su perdón. En las breves líneas del cura había sabido leer la opinión del pueblo y el anatema que sobre él habían lanzado aquellas sencillas gentes marineras, que si sabían comprender y perdonar el pecado de amor, no perduraban nunca al que desertaba de su deber.

Habían transcurrido veinte años. Veinte años que habían borrado de su recuerdo algo tan íntegramente de él mismo—«¿Sopelana, Larrabastera?»—. Veinte años sin la presencia de los protagonistas que imponen con ella la tangibilidad del recuerdo, es casi medio siglo.

Si las gentes recordaban el hecho habían, al parecer, olvidado los nombres. Además, veinte años no pasan en vano sobre un pueblo que ha visto removidos sus cimientos por una guerra.

La mayor parte de los rostros que veía le eran desconocidos. Otros le recordaban vagamente rostros de niños que tal vez fueron. Los que habían sido sus amigos, sus compañeros, si aún permanecían en el pueblo, eran viejos, aviejados por el paso de muchos soles y muchas lluvias, que, indudablemente, van dejando sus huellas.

Floren no encontró amigos, tal vez porque no pensó en buscarlos o porque tampoco encontró enemigos. Se le miró con indiferencia, con esa indiferencia despectiva con la que suele encubrirse la envidia de los que, en igualdad de principios, se quedaron a mitad del camino. Y con la misma indiferencia se le aceptó, si aceptar era, no oponerse. Ello le plació. Ni esperó más, ni más deseaba. Se aisló en el caserío, en el que los lejanos parientes que por su magnanimidad lo disfrutaban apenas si notaban su presencia en la mayor esplendor de las comidas que la plata del indiano les hacía posibles.

Los libros que había traído, la radio que conta-



ba y hablaba en lenguas para ellos desconocidas y los caminos y vericuetos perdidos en los montes, bordeando la ría o avizorando el mar, eran suficientes para llenar sus días.

Sin embargo, había un lugar, tal vez el que más le atraía, al que aún no había ido. Era «Andra Mari», la ermita tan llena de recuerdos.

Y aquella tarde fué. Era un día gris, lluvioso, en el que el confin del cielo y el mar se perdía en una línea algodonosa y las nieblas bajas jugaban al corro en torno a las cumbres más altas.

Como siempre, la ermita estaba solitaria y el viento que entraba por sus tragaluces balanceaba los ex votos marineros: fragatas, bergantines y pataches que, como lámparas votivas, pendían de las vigas de la capilla. Florencia se ensimismó, más que en la emoción religiosa, en la emoción del



recuerdo. Y el tiempo pasó sobre él sin hacerse sensible, hasta que un crujido de los herrumbrosos goznes de la puerta le devolvió al presente.

El crepúsculo había llenado de sombras la ermita y el viento impulsaba a la escuadra votiva que navegaba perennemente por los ámbitos silenciosos.

Se disponía a salir, y, al volverse, una como alucinación le detuvo. Junto a la concha que ofrecía agua bendita, una figura de mujer le fingía la presencia real de Asun.

Sonrió a la fuerza de su evocación y siguió su camino hacia la puerta, pero la mujer se le adelantó y salió delante de él.

La incierta luz de la tarde claudicante le aseguraba de lo que creía alucinación o sueño. Era Asun, la novia de sus veinte años detenidos, que,

con su sonrisa y su gesto un poco tímido, intentaba una excusa:

--Me asustó tanto que estuve a punto de gritar...

Sólo se le ocurrió un nombre para conjurar el embrujo:

--¡Asun!...

La moza retrocedió, quizá ya más curiosa que inquieta.

--¿Cómo sabe mi nombre?

No podía, o tal vez no sabía, desasirse del extraño momento. Y fué ella la primera en iniciar, sin suponerlo, el camino de la recuperación:

--Si no fuera usted muy joven diría que conocí a mi madre... Dicen que yo me le parezco mucho, y dicen que también usted es de este pueblo...

¡Muy joven! Florencio advirtió en el error de la muchacha la comparación con sus contemporáneos, a quienes la vida de la aldea convirtió en casi ancianos.

Pero ya la serenidad le volvía a sus cauces.

--Sí, Asun. Conocí a tu madre.

Inconscientemente había apareado su paso al de la moza, que, recogida la herrada, se encaminaba hacia su caserío por aquella veredita del monte que tantas veces él recorriera escoltando a otra Asun.

Había sido un extraño, subrepticio latigazo que le había hecho retroceder en veinte años, como si de la cadena de su vida se hubieran desprendido aquellos veinte eslabones, innecesarios para la continuidad.

Cuando se atrevió a confesárselo supo que era ya demasiado tarde para retroceder. Demasiado tarde para los dos. Y por unas horas se perdió en la felicidad de unos sueños que creyera perdidos veinte años atrás.

Por unas horas. Aquella tarde, cuando, junto a Asun, tomó, como todas las tardes, el camino de «Andra Mari» al caserío le pareció advertir en la mirada de los que se cruzaban con ellos una especie de horror, de reconvención, que le alertó la conciencia y le desveló la razón.

Para todas aquellas gentes, él era el padre de Asun. Y este amor, puro como un amor de veinte años, tenía para ellos todo el anatema de un amor maldito.

Horrorizado, sin atreverse a arrepentirse, sin embargo, de aquel gesto suyo, de aquella ofrenda a la novia perdida, sintió que ella le exigía aún más, tal vez celosa de su hija.

Al día siguiente no fué a «Andra Mari». Quería evitar el dolor de una despedida que se hacía precisa. Y la noche se le fué en arreglo de equipajes, repaso de cuentas, en ultimar los preparativos de la marcha que había de ser al apuntar el día.

Apenas amanecía cuando creyó advertir que alguien desde fuera rondaba la puerta del caserío. Y se le helaron las decisiones al descubrir a Asun, que le aguardaba.

No supo huirla y ella se le echó en los brazos, suplicándole:

--No me dejes, Floren; llévame contigo...

Aún intentó asirse a lo que había de ser la barrera decisiva:

--No puede ser, Asun, Asun querida. ¿Es que no sabes...? ¿No te han dicho...?

Entonces ella se estrechó más a sus brazos, y, segura ya del motivo de su huida:

--Sí; me han dicho. Me lo ha dicho Teles, el viejo vaquero del caserío, a quien todos temen y de quien todos huyen como de un animal dañino, y que siempre ha tenido para mí carifios y cuidados de padre. Fué anoche a mi cuarto al oírme llorar por tu marcha, que alguien me avisó. «Vete con él --me dijo--. No le dejes marchar solo, que solamente él te merece, y díles a las gentes que intenten maldecir vuestro amor que es mentira, que no es él tu padre, como ellos creen y como él dejó que creyeran. No es él tu padre, no. ¿Quién mejor que yo puede saberlo?»

Urduliz, Sopolana, Larrabasterra... Berango... Las Arenas... Y El Abra. Y en el puerto, cabeceando suavemente, el «Cabo de Vares», que mañana llevará anclas para las Américas.

Una extraña idea cruza por la mente de Florencio:

--¿Crees que es posible que lleguemos a olvidar estos nombres, que son algo tan nuestro?

Asun sonríe, sin comprender demasiado su pensamiento.

--¿Qué importa que los olvidemos si a su costa aprendemos otros nuevos?

Dele sabor a la vida...



con el coñac

FUNDADOR

Porque el que sabe, sabe que *Lamécq* sabe mejor.

Ancema



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

«EL POBRE DE ASIS»

Por Nikos KAZANTZARI

El pobre de Asís, la obra que hoy resumimos de Nikos Kazantzaki, el escritor griego recientemente fallecido, no es ni mucho menos un relato biográfico del sublime santo ni tampoco un tratado religioso; es simplemente una novela donde, sirviéndose del apoverello como eje y símbolo, el escritor trata de expresar todo un testimonio personal lleno de apasionamiento e imaginación. Y precisamente en este aspecto reside el mérito principal del libro, que todas sus exageraciones e inexactitudes históricas, intencionadas por otra parte, posee una extraordinaria fuerza dramática en sus escenas, cargadas siempre de ese fuego que sabe dar a todos sus personajes Kazantzaki. Esta esencia novelesca cien por cien de la obra nos ha llevado en nuestro resumen a escoger unas pocas escenas de la misma, ya que destacando alguna de ellas creemos dar un retrato más fiel de toda la obra que haciendo un resumen del mismo, con lo que nuestro escrito se convertiría en un recuento de los hechos de la vida de San Francisco y perdería con ello el estilo narrativo característico del novelista heleno. Sólo nos queda por advertir que en esta selección no ha habido un criterio riguroso y que, como las que recogemos, hay otras muchas de idéntico valor literario.

KAZANTZAKI (Nikos): «Le Pouvre de Assise». Traducido del griego por Gisèle Prassinos y Pierre Fridas. Librairie Plon. París, 1957.

YO, el indigno que toma hoy la pluma para escribir tus hechos y tus gestos—¿te acuerdas, padre Francisco?—, era el mendigo humilde y feo del día de nuestro primer encuentro. Humilde y feo, desmelenado, con el rostro cubierto de pelo y la mirada furtiva. En lugar de hablar, yo balaba como un cordero, y tú, por burlarte de mi fealdad y de mi humildad, me apodaste el hermano León, pero cuando yo te hice el relato de mi vida, te pusiste a llorar y me dijiste abrazándome: «Perdóname de haberme burlado de ti; ahora me doy cuenta de que eres un verdadero león y que lo que te propones sólo se atrevería a intentarlo un león.»

EL HERMANO LEON ENCUENTRA A FRANCISCO

Iba de monasterio en monasterio, de pueblo en pueblo, de desierto en desierto, a la búsqueda de Dios. No me había casado ni había tenido hijos porque buscaba a Dios. Me olvidaba de comer el trozo de pan y el puñado de aceitunas que se me daba porque buscaba a Dios.

Tenía la garganta seca a fuerza de pedir y los pies hinchados de tanto marchar. Estaba cansado de golpear las puertas para mendigar, primero, mi pan; luego, una buena palabra, y finalmente, la salvación. Todo el mundo se burlaba de mí y me trataba como un simple. Se me golpeaba, se me

expulsaba, estaba al cabo de mis fuerzas. Había llegado hasta la blasfemia. Después de todo soy un hombre, estaba cansado de marchar, de tener hambre, de golpear a las puertas del cielo sin recibir jamás contestación. Una noche, cuando ya estaba en el extremo de mi desesperación, Dios me tomó por su mano. Padre Francisco, también a ti te tomó de su mano y nos encontramos.

¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro? Era una noche de agosto. Acababa de llegar a Asís, la famosa. Había luna llena, el hambre me hacía titubear. Había gozado muchas veces de la noble ciudad, por lo que se lo agradecía mucho a Dios, pero aquella parte me pareció diferente, irreconocible. Casas, iglesias, fortines, la ciudadela, todo flotaba en un cielo malva en medio de un mar de leche.

Cuando llegué allí, durante el crepúsculo, por la nueva puerta de San Pedro, una luna completamente redonda se presentaba roja, pacífica, como un dulce sol y difundía su luz en cascadas silenciosas desde el castillo de la Rocca hasta los tejados de las casas y los campanarios, transformando las callejas en arroyos y desbordando de leche los fosos. Los rostros de los hombres resplandecían, como impregnados del pensamiento de Dios. Transportado, me detuve, me santigué y me pregunté si aquello era la villa de Asís, con sus casas, campanarios y sus hombres o si yo había entrado vivo en el Paraíso. Extendí mis manos; se llenaron de luna, de una luna espesa y dulce como la miel. Sentí sobre mis labios y mis sienes correr la gracia de Dios. Y entonces comprendí: Un santo había pasado por allí, me grité a mí mismo. Estaba seguro. Respiraba su perfume en el aire.

Con el hambre que me mordía las entrañas, me aproximé a un grupo:

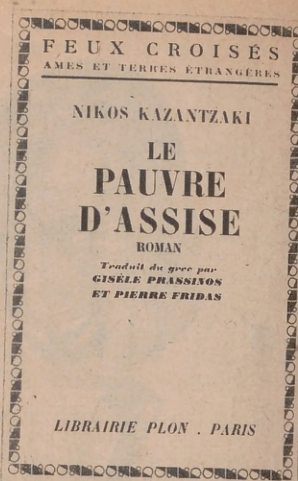
—Buenas gentes—les dije—, ¿hay alguien aquí en Asís, que pueda hacer una caridad por mí? Tengo hambre y sueño, pero no me quedará mucho tiempo, ya que mañana marcharé.

Se pusieron a reír; sin embargo, el más joven de ellos tuvo compasión de mí:

—Hay un tal Francisco, al que llaman «sact roto», el hijo de Pierre Bernardone. Tendrá compasión de ti. Tienes suerte, porque acaba de llegar de Spoleto. Búscalo.

Me puse nuevamente en camino. Marchaba rápido para tener menos frío; corría para huir de las tentaciones. Así alcancé las alturas de la ciudadela, la célebre Rocca. Sus orgullosas murallas estaban en ruinas, las puertas calcinadas. Sólo dos torres agrietadas se conservaban en pie. Descendí nuevamente y me paré sigilosamente ante la mansión del conde Scifi, donde distinguí a tres o cuatro adolescentes que entonaban una serenata. Uno de ellos, bajo, con una gran pluma en el sombrero, el cuello rígido, la mirada fija en una ventana enrejada, los brazos cruzados sobre el pecho, cantaba, mientras que los otros, visiblemente bajo el encanto de su voz, le acompañaban con sus instrumentos. ¡Qué voz, Dios mío; qué dulzura, qué pasión!

Terminada la canción, los jóvenes pusieron en bandolera sus laúdes y guitarras y se dispusieron a marchar, pero antes advirtieron al cantante:



—¡Eh, Francisco! ¿Qué esperas? Esta tarde tampoco va a abrir la ventana.

El cantante no respondió y se dirigió hacia el lugar donde subían las canciones de las tabernas todavía abiertas.

Fué entonces cuando, ante el temor de perderlo, me precipité hacia él. Porque yo había sentido repentinamente que la paloma de que hablaba en su canción no era otra que mi alma, que el gavilán era el diablo y aquel joven el seno en el que yo debía encontrar refugio. Su cuerpo exhalaba un aroma de miel, de cera, de rosa. Comprendí que era el olor de santidad, el mismo olor que sube de las reliquias de un santo cuando se abre su urna de plata. Me quité mi capa llena de agujeros y la eché al suelo para que marchase por encima. Se volvió, me miró y sonrió.

Así, pues, ¿eras tú?, padre Francisco, el que yo buscaba desde hacía tantos años. ¿He nacido únicamente para seguirte? Lo que tú me dijiste no se lo has dicho a nadie. Tú me llevaste de la mano y mientras que atravesábamos bosques y franqueábamos montañas, tú me hablabas... Y yo aguzaba el oído y te escuchaba sin decir una palabra.

«Si no hablase contigo, hermano León—me dicias—, hablaría con las piedras, con las hormigas, con las hojas de los olivos. Tengo el corazón próximo a estallar y si no lo abro, es muy posible que explote.»

Señor, juro no decir más que la verdad, ayuda a mi memoria. Alumbra mi espíritu; Señor, no me dejes pronunciar ni una sola palabra superflua. Montañas y llanuras de la Umbria, levantaos, testimoniad. ¡¡Piedras manchadas con la sangre del mártir, caminos polvorientos o cubiertos de barro, sombras cavernas, cimas nevadas, navío que conduce hasta la Arabia salvaje, leprosos, lobos, asesinos y vosotros, pájaros que le habéis oído predicar, acudid!! Yo, el hermano León, tengo necesidad de vosotros, venid a ayudarme a decir la verdad, toda la verdad; la salvación de mi alma depende de ello.

EL ABANDONO DEL MUNDO

¡Qué maravillosa partida! La alegría nos daba alas mientras atravesábamos las callejas de Asís. Alcanzamos la plaza de San Jorge y, finalmente, escogimos el camino que nos llevaba hacia la llanura.

¡Qué de años han transcurrido desde entonces! Francisco ha subido al cielo, aunque yo no he sido todavía juzgado digno de ser arrancado de la tierra. He envejecido, mis cabellos y mis dientes se han caído, mis rodillas se hinchan y mis venas están secas como la madera. En este momento sostengo la pluma con mano temblorosa. El papel está lleno de manchas y de lágrimas, pues mis ojos no dejan de llorar. Sin embargo, ante el recuerdo de esta salida matinal, siento ganas de saltar, de coger mi bastón, de emprender de nuevo el camino y de ir a tocar las campanas para poner en conmoción a todo el mundo.

Y mientras corrimos alborozados, oímos repentinamente los gritos y risas de unas muchachas. Sorprendidos, nos paramos, y puesto de nuevo en movimiento llegamos ante las ruinas de San Damián. Los muros de la capilla estaban agrietados e invadidos ya por las malas hierbas. El campanile, derribado, yacía en el patio, junto a su pequeña campana sin voz.

La puerta estaba desmantelada. Franqueamos el umbral lleno de hierbas. Unas palomas se escaparon por una pequeña ventana y desaparecieron. No podíamos ver nada en la penumbra, pero adivinamos encima del altar la grande y vieja cruz que soportaba el cuerpo exánque de Cristo. A sus pies la imagen de San Damián y una lamparilla encendida.

Al día siguiente por la mañana, muy temprano, salimos de la casa como ladrones. Compramos en el mercado un martillo y una llana para cada uno, pinceles y pinturas. Después de haber encargado las tejas y la cal, nos dirigimos rápidamente a San Damián.

El cielo estaba ligeramente nuboso. Un vientecillo helado descendía de la montaña y hacía frío. Los gallos cantaban en los corrales, bestias y hombres se despertaban, los olivos brillaban y los bueyes habían comenzado ya su jornada de trabajo...

—El alma también se despierta así todas las mañanas—dijo Francisco volviéndose hacia mí—. En-

jaza sus cinco bueyes, los pone a trabajar y comienza la sementera.

Durante todo el día trabajamos en labores de albañilería. Cantábamos cuantas canciones sabíamos. Luego comenzó a descender la tarde. Hubo un momento en que me pareció que San Damián nos miraba con aspecto contento desde el umbral de la capilla.

No sé cuántos días y semanas transcurrieron así. Pasábamos el tiempo cantando como el agua de un arroyo; igual era nuestra canción. Mientras que utilizábamos sucesivamente el martillo, la llana, el pincel y colocábamos las tejas en el techo, el sol salía, ascendía y, finalmente, se ponía. A la caída de la tarde, el lucero vespertino se colgaba del cielo y volvíamos a Asís gozosos con las manos blancas de cal.

Sé solamente que durante días y semanas sentimos ambos la felicidad, la premura y el amor del pájaro que construye su nido y que en toda nuestra vida estos días de alegría intensa brillaron como los de unos esponsales.

DESHEREDADO DE LA FAMILIA

Habíamos acabado de reconstruir la capilla de San Damián cuando el viejo Bernardone, el padre de Francisco, volvió de viaje. Se sorprendió de no encontrar a su hijo en la tienda. Francisco se marchaba al alba, volvía por la noche y comía solo; no se le veía nunca.

—¿Dónde va tu hijo querido tan de mañana, en lugar de ocuparse de nuestro comercio?—preguntó a su mujer con tono irritado.

Ella bajó los ojos y dijo tímidamente:

—Ha tenido un sueño: San Damián, haciéndole una gran gracia, se le ha aparecido en sueños y le ha ordenado que reconstruya las ruinas de su pequeña iglesia.

—¿Qué quieres decir?

—Que va todas las mañanas a trabajar.

—¿Solo? ¿Con sus propias manos?

—Sí, solo, y con su amigo el mendigo.

Messire Bernardone frunció las cejas y apretó los puños.

—Mujer—dijo—, tu hijo sigue un mal camino, y tú tienes la culpa.

—¿Yo la culpa?

—Sí, es por culpa tuya. Es tu sangre. En tu familia ha habido trovadores y locos; lo sabes muy bien.

Los ojos de la madre se llenaron de lágrimas. Messire Bernardone cogió su bastón:

—Voy a traérmelo. Menos mal que junto a tu sangre está la mía. Todavía no está todo perdido.

Un poco antes del mediodía alcanzó la capilla de San Damián. Su rostro era sombrío y le faltaba el aliento. Francisco, encaramado en el techo de la pequeña iglesia, ponía en fila las tejas. Era nuestro último día de trabajo y cantábamos con más ahínco que nunca. Desde lejos, Bernardone blandía su bastón.

—¡Eh, maestro albañil!—le gritó—. Desciende; tengo necesidad de hablar contigo.

—Bien venido, Messire Bernardone—respondió Francisco desde lo alto del tejado. ¿Qué deseas?

—Mi almacén está en ruinas; baja y ven a repararlo.

—Perdóname, pero no reparo los almacenes comerciales; por el contrario, los derribo.

Bernardone rugió. Golpeó furiosamente las losas del patio con su bastón. Quiso hablar, pero le faltaron repentinamente las palabras.

—Desciende rápidamente; soy yo quien te lo ordena. ¿No me reconoces? ¡Soy tu padre!

—Dios es mi único padre, Messire Bernardone.

Bernardone echaba espuma... Se había detenido a pleno sol y sus cabellos parecían ahumar. Gritó:

—¿Entonces quién soy yo?

—Tú eres Messire Bernardone, propietario de un gran almacén de la plaza de Asís, que amontona el oro en sus cofres y despoja a los pobres en lugar de vestirlos.

Francisco sacudió sus vestidos, plenos de polvo y de cal, y una vez en el suelo avanzó hacia su padre.

El viejo Bernardone le miraba con ojos que lanzaban llamas. No se movía ni hablaba. Con el bastón levantado esperaba que su hijo se aproximara. En el momento en que éste se inclinaba con los brazos cruzados en el pecho para saludarle, el viejo Bernardone alzó su pesada mano y le asestó una

fuerte bofetada en la mejilla derecha. Entonces Francisco le presentó la izquierda:

—Pega la otra ahora—le dijo con dulzura—; pega en la otra mejilla, para que no sienta celos.

Me iba a precipitar para defender a mi amigo, pero éste me rechazó.

—No te mezcles en los designios de Dios, hermano León. Este hombre ayuda a su hijo a encontrar la salvación. ¡Pega, Messire Bernardone!

Entonces el viejo montó en cólera. Levantó su bastón para golpear a Francisco, pero su brazo se inmovilizó en el aire como si se hubiese petrificado. El sudor caía de su frente en gruesas gotas y sus labios se convirtieron en azules. El temor se leía en su rostro; se veía que hacía vanos esfuerzos por elevar el brazo, pero un ángel irritado le contenía. Francisco no veía este ángel ni yo tampoco, pero oíamos el murmullo de las alas irritadas por encima de nosotros.

—No es nada, padre—dijo Francisco al ver los ojos de su padre llenos de espanto—. No es nada... No tengas miedo.

Lleno de compasión, vino en su ayuda, pero bruscamente el viejo se desplomó sobre las piedras. Cuando recuperó el conocimiento, el sol brillaba sin nubes. Se levantó, sacudió sus vestidos, se alejó con paso lento mientras se apoyaba en su bastón. Muy pronto se le vio desaparecer al tomar una curva en el camino.

Aquella noche, Francisco no volvió a su casa. Había descubierto una gruta cerca de San Damián, en la que se refugiaba frecuentemente durante largas horas. Para rezar, sin duda alguna. Fué allí donde nos cobijamos. Había un acre olor de tierra. Nos acostamos sin comer ni cambiar una sola palabra y teniendo una piedra como almohada.

Un día, cuando el obispo de Asís atravesaba la plaza, vió que un hombre pedía socorro. Apretó el paso tanto como le era posible y se unió al grupo. En seguida reconoció a Francisco y al viejo Bernardone, que trataba de forzar a su hijo a que le siguiese. Levantó su báculo y dijo con voz severa:

—Messire Bernardone, es vergonzoso para un noble dar un espectáculo como éste. Si tienes alguna diferencia con tu hijo, entrad conmigo en el obispado y allí la juzgaremos.

La sala del obispado estaba sombría. Entramos. Una multitud nos siguió, mientras que algunos nobles acudían también, curiosos de contemplar la derrota del hijo de Bernardone.

Se encendió el candelabro y la gran sala se iluminó. Encima del trono episcopal había un gran crucifijo. El obispo se santiguó y se sentó. A su derecha se puso Messire Bernardone y a su izquierda Francisco. Detrás, cinco o seis notables, y más lejos, la multitud.

—En nombre de Dios, Messire Pierre Bernardone, ¿qué reprochas a tu hijo?

—Reverendísimo padre—respondió el viejo con una voz ronca de rabia—, este hijo mío que ves aquí no está en sus cabales. Tiene sueños insensatos, oye voces, coge el oro de mis cofres y lo malgasta... ¡Me arruina! Hasta ahora era para divertirse. Y entonces yo me decía: «Como es joven, se le pasará.» Pero desde hace algún tiempo estoy desesperado. Se trata con mendigos, se acuesta en las grutas, llora y ríe por nada y he aquí que últimamente se ha puesto a reconstruir capillas en ruinas. Esta tarde, mientras bailaba en medio de la plaza, ha superado todos los límites, deshonra mi sangre; no quiero oír hablar nada más de él.

—¿Y bien?—dijo el obispo.

—Pues bien—dijo el viejo Bernardone levantando la mano por encima de la cabeza de su hijo—, proclamo ante Dios y ante los hombres que reniego de él, que lo desheredo, ya no es mi hijo.

Un rumor sordo se elevó entre los notables y la multitud, pero el obispo lo hizo cesar con un gesto. Luego, dirigiéndose a Francisco, que le escuchaba con la cabeza baja, le dijo:

—¿Qué tienes que responder en tu defensa, Francisco, hijo de Cristo?

Francisco levantó la cabeza y dijo:

—Nada. Solamente esto...

Y antes que nadie hubiese tenido tiempo de impedirlo, se arrancó los vestidos de terciopelo que llevaba, hizo un montón con ellos y tranquilo, sin decir una palabra, se inclinó y los depositó a los pies del viejo Bernardone.

Así, completamente desnudo, tal como su madre

lo había puesto en el mundo, se detuvo ante el trono del obispo y dijo:

—Reverendísimo padre, estos vestidos eran todo lo que me quedaba de él; te los devuelvo. Ya no soy su hijo ni tengo padre. Hemos terminado.

Todos nos sentimos deslumbrados. Algunos tenían los ojos llenos de lágrimas. Bernardone se agachó, cogió el montón de ropas y se lo colocó bajo el brazo. El obispo descendió de su trono y con los ojos húmedos cubrió el cuerpo desnudo de Francisco con su manto.

FRANCISCO, EL PREDESTINADO

Las lunas se sucedían. La primavera pasó, después también el verano. Miráramos desde lo alto cómo se transformaba el rostro de la Tierra. Los trigales verdécian en la llanura, después amarillean y finalmente desaparecían cortados por la hoz. Las cepas negras de las viñas se inflaban, florecían y se cargaban de racimos, que arrancaban los vendimiadores. Pero nuestra montaña no cambiaba nunca; estaba siempre desolada y sin la menor flor. Vino el otoño y el mes de septiembre. La Fiesta de la Cruz se aproximaba. Francisco no comía más que un mendrugo de pan y un trago de agua por día. Ayunaba por el amor de la Santa Cruz. Esta adoración databa desde hacía varios años. Lo había puesto en la Regla de su Orden. Así, pues, a medida que se aproximaba el 14 de septiembre, Francisco se fundía como un cirio encendido. No podía dormir y conservaba día y noche los ojos abiertos, como si esperase que se le apareciese un signo en medio de resplandores y roces de alas. Un día me cogió por la mano y me mostró el cielo:

—Mira también tú, quizá le veas. Dicho está en las Escrituras que la cruz se alzaría en el cielo en el momento en que el señor venga para juzgar. Hermano León, siento que el Señor vendrá para juzgar.

Miró sus pies y sus manos y dijo:

—El cuerpo del hombre es una cruz, extiende los brazos y lo verás, y Dios está clavado en ella—luego levantó las manos en ella y prosiguió—: Cristo, amado señor, te pido que me concedas una gracia antes de que muera. Que en mi cuerpo y en mi alma, en lo que sea posible, sienta tu dolor y tu Pasión...

Tu dolor y tu pasión repitió como en un delirio.

—Me siento mal, déjame solo en compañía de mi dolor, hermano León; vuelve a tu choza, te bendigo.

Me fui lleno de inquietud. «Dios mío, que su llama se apague, porque si no le reducirá a cenizas.» A medida que se aproximaba la Fiesta de la Cruz veía que Francisco se consumía de angustia, de sentimiento y adivinaba, aunque trataba de esconderme, que los dolores que sentía en los pies y en las manos se hacían intolerables.

La víspera del 14 de septiembre no pude cerrar los ojos. Hacía la medianoche me arrodillé para pedir, pero pensaba intensamente en Francisco. Me levanté y salí de la choza. Por encima de mí, el cielo era un inmenso incendio en donde las estrellas se estremecían como chispas. No podía comprender de dónde venía tanta suavidad y calma. Luego me aproximé a la choza de Francisco, donde éste rezaba arrodillado. Un halo de luz estremecedora brillaba alrededor de su rostro. Y la luz de los rayos brillaba claramente en sus manos y en sus pies. Aquello no era brillar, sino quemar. Luego ocurrió algo indescriptible. Francisco se desplomó lleno de convulsión. Me precipité hacia él y lo levanté. Sus manos y sus pies sangraban. Apartando su hábito vi una gran llaga abierta como por una lanzada.

Lavé sus heridas, pero se abrían de nuevo y sangraban siempre. Me puse a llorar. «Va a perder toda su sangre», pensaba. «No le quedará ni una gota. Va a morir. Dios ha dejado caer sobre él todo el peso de su gracia divina, va a morir...» Francisco abrió los ojos y me reconoció:

—Hermano León—me dijo con una voz apagada—, ¿has visto algo?

—¡Sí, padre mío!

—Es necesario guardar secreto. Júrame que lo guardarás.

Me tocó el hombro:

—Ahora prepárate, partamos. El viaje ha tocado a su fin. Volvamos a la Porcínula. Allí donde he nacido quiero también morir.



SEMANA TURISTICA DEL SOLDADO



En Illescas (arriba), en el Museo del Prado y en El Escorial, los componentes de la Semana Turística conocen y aprenden la Historia de España

HAN llegado un lunes de mañana, cuando la ciudad aún no está despierta del todo. Vienen de Badajoz, de Ciudad Real, de cualquier lugar en el que la I Región Militar tenga destacados unos regimientos o haya guarnición. Y se llaman con nombres sencillos y corrientes, nombres de castellanos o extremeños viejos, tan viejos como su tierra. Pero ellos son jóvenes, muy jóvenes (están haciendo el servicio militar), y tienen una risa alegre para todo: para la niebla, para el cansancio del ir y venir por esta ciudad y sus alrededores, para la anécdota del día... Y un gran respeto hacia las cosas, hacia lo que ven y hacia lo que se les enseña. Uniformados de caqui, están paseando por Madrid y los lugares de atracción turística cercanos a la capital. Y se llevan detrás unas miradas curiosas y un poco asombradas, porque poca gente sabe que estos soldados están aquí, ni mas

SIETE DIAS PARA RECORDAR EL PASADO Y CONOCER EL PRESENTE

DEL CUARTEL A LA FABRICA Y A LOS MUSEOS

ni menos, como verdaderos turistas.

Son los primeros en llegar a Madrid al iniciarse esta I Semana Turística del Soldado, que ha empezado el lunes día 2 y terminó el domingo día 8.

UN PROGRAMA COMPLETO PARA SIETE DIAS DE VACACIONES

Cualquier agencia de viajes, al trazar un plan de visitas para los extranjeros que vienen a Madrid, no deja de incluir en el

programa la visita al Museo del Prado, ni un paseo por la Ciudad Universitaria, ni una excursión a Toledo y a El Escorial, ni una tiesta o una becerrada en algún lugar cercano a Madrid.

La Semana del Soldado va más allá, porque estos muchachos han venido sin pasaporte, porque se llaman Pérez o García y porque han nacido en cualquier lugar de España. Quiero decir que los topicazos turísticos no se han pensado para ellos, y en lugar de las zambras del «Madrid de noche», ven la realidad de una



Toledo. Una lección de vida y de muerte entre las piedras viejas

fábrica en marcha y la ordenada alagaraba de una nave de orientación profesional en una Institución Sindical. Tienen, además, en su programa las excursiones a Toledo y a El Escorial, la visita al Prado y a la Universidad; pero todo ello enfocado desde un punto de vista distinto al del turista normal y corriente.

Han ido a Barajas, cerrado el aeropuerto a causa de la niebla; han visto y tocado los grandes «Superconstellation» que hacen el servicio Madrid-Nueva York, y han recorrido las principales calles de Madrid metidos en su gran autobús color caquí con franjas amarillas, que lleva un cartel: «I Semana Turística del Soldado. Primera Expedición. Extremadura.»

Han estado en El Escorial, que les ha recibido envuelto en niebla como arropado en Historia: en la basílica se han formado ante la tumba del Fundador de la Falange; luego han bajado entre mármoles al Panteón de los Reyes de España, y sus botas lustrosas han puesto un eco de vida en el silencio frío de la cámara.

En Toledo, antes de entrar en el Alcázar, se han detenido en la plaza de Zocodover. Unos minutos de descanso para tomar un café después del viaje desde Madrid, y luego la visita a las ruinas del enorme caserón en el que un puñado de hombres dió una lección de valor y disciplina en cierta ocasión en que se jugaban el destino de España. Más tarde, la catedral; San Juan de los Reyes, de cara al río; el puente de Alcántara sobre el Tajo; la iglesia de Santo Tomé; la antigua sinagoga judía. Arte e Historia de España en las piedras y en la pintura. Lección viva sobre el terreno, más eficaz que cualquier libro y que cualquier tratado.

Más tarde, Illescas, con su sabor español y hondo. Y en Ma-

drid, el Museo del Ejército, la Casa de Campo, el Palacio Real... Pasado y presente en una lección, en muchas lecciones que las palabras del monitor insinúan y que ellos aprenden mirando.

DE LA CAPITANÍA GENERAL DE LA I REGION SALE UN PLAN NUEVO: LA CONSTANTE ESPAÑOLA

A veces los nombres no importan y a veces tienen enorme trascendencia. Pero en este caso lo trascendente es la obra y no los nombres. La Capitanía de la I Región lo estima así y sigue el criterio de no destacar a nadie. Cada uno cumple con su deber y su vocación en bien de todos. No hay nombres, pues.

La Semana Turística tiene una historia breve, pero no por eso menos pensada ni trabajada.

Hace algunos meses se puso en práctica un plan artístico-cultural que, aplicado a la guarnición de Madrid, tuvo un considerable éxito. Era un plan complicado y sencillo a la vez. Sencillo, porque la idea que lo engendró es sencilla y humana, como los hombres y la Historia. Complicado, porque hubo que vencer unas ciertas dificultades de orden meramente técnico y que se superaron ante la realidad del plan y ante lo que este significaba.

La Capitanía General de la I Región Militar quiso que su guarnición conociese Madrid y a través de lo que Madrid y su provincia contienen, la Historia pasada y presente de España, su arte, su literatura, su arquitectura; todo cuanto constituye el patrimonio que una nación sensible y creadora va legando a las generaciones nuevas. En los cines de los cuarteles se proyectaron películas cortas, documentales; se dieron conferencias en un lenguaje claro y sencillo, en las que, con

ayuda de diapositivas y proyectores, la palabra se ayudaba de la imagen en la explicación. Se organizaron excursiones y se esperaron los resultados. La espera no fué larga. Los muchachos, llegados de cualquier punto de España, respondieron a lo que se les ofrecía, mostrando un interés y una curiosidad verdaderamente asombrosas. Fué tan corta la espera y tan largos los resultados, que la idea se salió de Madrid y ha alcanzado a toda la región. De esta forma, miles de soldados habrán conocido y aprendido algo más de España y de los españoles antes de regresar a sus casas.

Para explicar las lecciones sobre el terreno, para acompañar a los soldados y responder a sus preguntas, hacían falta profesores. Se cambió esta palabra por la de «monitores», más en consonancia con la vida castrense. Antes de hacerse cargo del puesto de monitor los oficiales designados para ello siguen un curso de dos meses de duración, durante el cual asimilan la idea central del plan: España es una (variada y múltiple dentro de su unidad) constante a través del tiempo. Y aprenden para enseñar después y poder mostrar esa unidad, esa constante española, a través de las grandes obras de la pintura, de la arquitectura, de las realizaciones de los españoles de antes y de ahora. Estos oficiales cuentan con magníficos colaboradores en sus explicaciones de arte y de historia. Los nombres de estos colaboradores los conocen todos los españoles: Goya, Velázquez, el Greco, Herrera, Villanueva... Con tales hombres y tales nombres, no hay lugar para el fracaso. La Universidad se pone de nuevo al servicio del Ejército.

El Ejército español se ha puesto al día en cuanto a tácticas, técnica y armamento y marcha por delante de otros países en cuan-



Los monitores cuentan con la ayuda de colaboradores extraordinarios. En este caso es Velázquez quien explica la lección

to a la vida espiritual del soldado se refiere.

EL SERVICIO «RECREO EDUCATIVO DEL SOLDADO»

La Capitanía General de la primera región ha completado las actividades del Servicio «Recreo Educativo del Soldado», siguiendo así el espíritu de las normas que constituyen este Servicio.

«El soldado se separa, al cumplir sus deberes militares, de sus familiares y amigos: se separa también para vivir en un ambiente nuevo de todo lo que constituye sus afectos más íntimos. Hacer su nueva vida lo más agradable posible, suavizar aquella separación es deber del Servicio, que así prepara su ulterior educación moral.»

Así, si la Semana Turística es la salida del soldado a la vida de los otros, el servicio constituye la vida misma del soldado dentro de su unidad. Para que esta vida sea lo más parecida posible a la que llevaba antes de incorporarse a filas, se han montado una serie de servicios auxiliares del servicio principal: un servicio de Prensa asegura al soldado la posibilidad de leer los periódicos de su pueblo o su ciudad y encontrar en ellos los nombres familiares, los lugares de siempre; el bar de la esquina o la romería a la ermita de la Virgen. De esta forma se establece una continuidad, un puente entre su vida de antes y la presente.

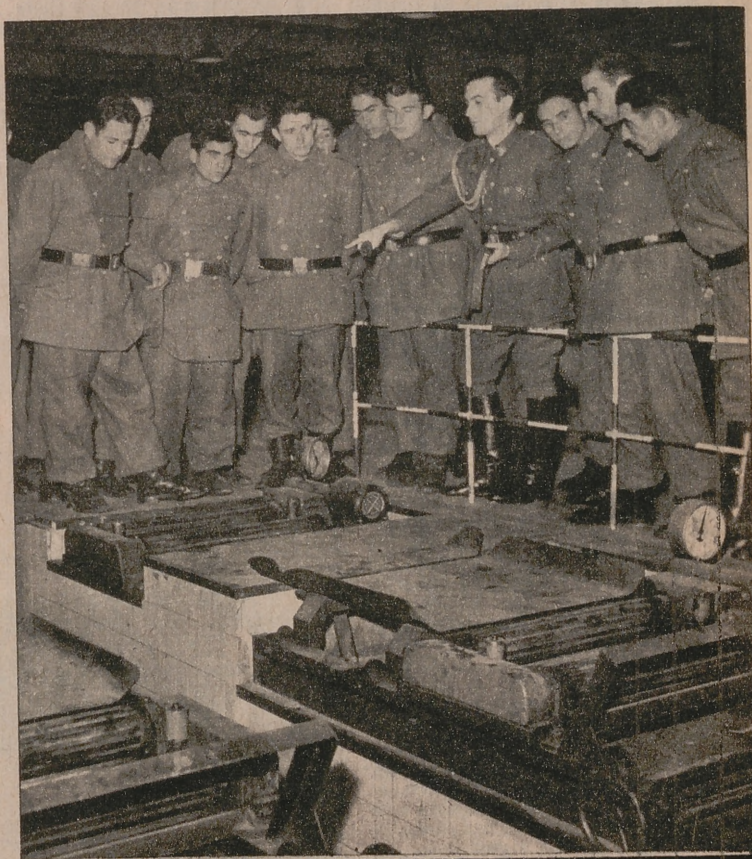
El servicio de Prensa está integrado en la Biblioteca y Sala de Lectura, que es uno de los elementos que constituyen el servicio. Estos elementos, iguales en todas las unidades son: Hogar del Soldado, Casino de la Tropa, Cine del Soldado, Biblioteca y Sala de Lectura, Consultorio del Soldado.

Este último servicio quizá sea el más interesante por su significado y alcance.

«Nada mejor, para demostrar al soldado el interés que nos provoca, que escucharle en esos pequeños problemas que en la vida se presentan. En algunos momentos, aislado como se cree estar de los suyos, a veces a mucha distancia, en un medio completamente distinto, extraño a toda su vida an-

terior, ciertas preocupaciones sin importancia llegan a producirle verdaderas perturbaciones.»

Si en estos momentos de preocupación el jefe le muestra interés y cariño, se sentirá unido a él, sostenido moral y espiritualmente. Los consejos técnicos, aparte ya los espirituales, tienen



Un banco de pruebas para automóviles. En la expedición hay varios conductores



También visitaron la Institución Sindical «Virgen de la Paloma»



La sensibilidad ante el arte se puso en evidencia en Toledo

su importancia. Un soldado, en determinado momento, puede tener necesidad de hacer una consulta médica, jurídica, agrícola o técnica. Lo más lógico es que acuda a su jefe inmediato. El posible retraimiento a este contacto directo, por timidez o vergüenza, se salva mediante los buzones. En ellos el hombre deja una cuartilla exponiendo un caso. La persona indicada (capitán, capellán, médico o alférez de la I. P. S.) recoge esa cuartilla, la lee, contesta y entrega su respuesta al soldado.

Los problemas pequeños de cada día o esos otros mayores y ocasionales que pueden surgir en la vida de un muchacho alejado de su hogar, encuentran así su solución y su aliento. La vida normal del hombre en filas tiene ya otro signo y otro significado que se complementa con esta nueva modalidad de la Semana Turística.

UN DIA DE UN SOLDADO EN LA SEMANA TURISTICA

Se llama José Ramón Arias Aguilar y es de Argamasilla de Calatrava, Ciudad Real. Es uno de los treinta y un soldados que han venido en esta primera expedición. Ni alto ni bajo, casi rubio, con ojos claros.

Se ha levantado, como todos sus compañeros, a las ocho de la mañana. A las nueve, el desayuno y media hora después iba en el autocar con sus camaradas camino del cuartel de Artillería 71. El programa de hoy se ha alterado un poco. Resulta que mañana día 4 es Santa Bárbara, la Patrona de Artillería, y este regimiento ha invitado a la expedición porque en el cuartel hay fiesta. Y a la fiesta hemos ido los treinta y un hombres, acompañados por un capitán y el alférez monitor.

Ha habido una corrida, con carreras y revolcones que se encargaban de administrar un par de vaquillas. Los animales admitían un par de capotazos. Luego ya iban al cuerpo y los toreros improvisados se han pasado la mayor parte del tiempo en el suelo o por el aire. Claro no ha habido heridos ni lesionados, porque un par de caídas no hacen gran cosa. Por otra parte, el suelo estaba blando. La pura verdad es que ha habido risa para rato. Uno de los de la expedición, extremeño, se mostraba un poco desdénso para con los toreros y para con el ganado. El entiende de esto, porque allí, en Extremadura, en su pueblo...

—Aquel sí que es buen ganado. Con estas vacas no se puede hacer nada, si por lo menos fuesen novillitos...

Pero no eran novillos, porque no se trataba de torear en serio, sino de divertirse, que mañana es la Patrona y las fiestas han de ser alegres.

Yo he vivido con ellos este día de Madrid metido en niebla y están contentos, bromean, comentan, discuten, se piden cigarrillos unos a otros y al que presume de mechero que no falla, le abuchean cuando el chisquero no enciende.

En el autobús suena la música que sale de los altavoces y uno de los soldados canturrea. El oficial conecta el micrófono al aparato de radio, cesa la música y

ellos atienden a lo que se les va contando.

Entre unas cosas y otras, la vuelta al cuartel (están alojados en el Cuartel de Don Juan) se ha retrasado un poco, la comida es a las dos. Quiero decir que comemos a las dos de la tarde. El menú: paella con mariscos carne con patatas, pan, vino y postre. Después de la comida hay más de una hora de descanso. El autobús no saldrá hasta las cuatro menos cuarto y los hombres aprovechan el tiempo libre: unos escriben a casa, otros sacan más brillo a las botas, alguno cose un botón que estaba algo flojo otros se van a la cantina a tomar café... Mariano Hernández, que vive en el pueblo de Agudo, Ciudad Real, me pregunta dónde puede conseguir unas fotos que les han hecho en el Museo del Prado, junto al cuadro de las Lanzas.

—Me gustaría tener una...

Las cuatro menos cuarto. Salimos todos y el autobús arranca. Suena la radio y el coche parece una gigantesca caja de música que se hunde en la niebla.

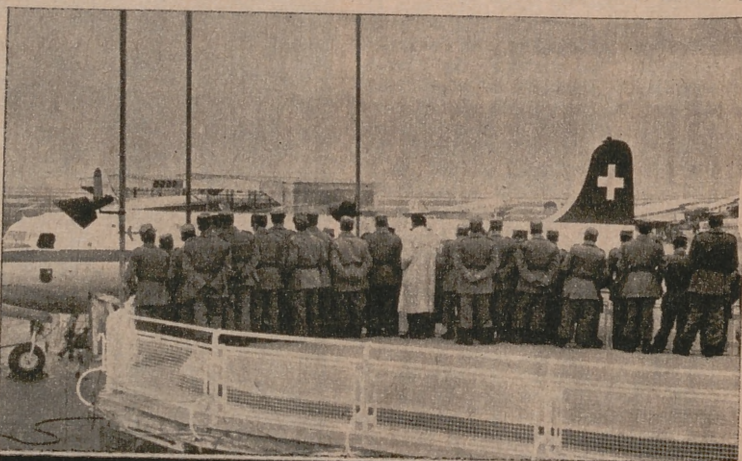
ENTRE EL TORNO Y LA FRESADORA

El monitor ha conectado el micrófono y va indicando el itinerario que vamos a seguir, lo más notable o curioso del recorrido y las características y particularidades de lo que vamos a ver.

Hace bastantes metros que el Arco de Triunfo se ha quedado atrás y el autobús rueda camino de la Dehesa de la Villa. La voz del monitor suena en los altavoces explicando lo que es la Institución Sindical «Virgen de la Paloma, cómo funciona y lo que significa dentro del mundo laboral español y aun dentro del internacional.

Escuchan interesados porque entre ellos hay muchos que tienen oficios relacionados con la electricidad y la mecánica. Unos pocos labradores y algún chófer. El coche se detiene y descendemos. Avanzamos por las naves y ellos, los turistas de aquí, como dice uno de los chicos de Orientación Profesional preguntan, se inclinan ante un banco de trabajo, van de uno a otro, comentan, hacen más preguntas al alférez... En Carpintería, José Ramón Arias se para ante una sierra mecánica.

—Es formidable—me dice—, y



Barajas, La Semana Turística abarca los más diversos aspectos

añade que él es carpintero y que entiende un poco de aquello. Le digo que yo no y me explica algunas cosas.

A mi lado marchan Mariano Hernández y Agustín Romero. A Romero le llaman «Mirlo». Tiene una ronquera feroz y cuando habla parece que está disparando un cañón.

En Electricidad, los alumnos de la Paloma han montado toda la distribución de un 4-4 y los soldados que entienden de estas cosas se detienen junto a la maqueta y miran señalando cada pieza, cable y cada conexión. Después se han vuelto a parar en otra nave ante un banco de pruebas instalado allí. Es el turno de los chóferes y los mecánicos que comparan con otros bancos que han visto o curiosean el que ven por vez primera. Un conductor señala que el taquímetro del banco tiene marcados hasta los 200 kilómetros por hora.

—Sí— dice su compañero— pero luego en la carretera vertíamos.

En Forjado nos cruzamos con otro grupo de soldados. Son los que pertenecen a la guarnición de Madrid, que realizan su visita a la Institución cumpliendo el programa que se les ha señalado. Entre unos y otros hay varios conocidos y se cambian abrazos y saludos, luego, cada grupo sigue su camino.

Fuera, la niebla ha espesado. Son ya más de las cinco. Hemos pasado más de una hora de nave en nave de taller en taller, desde la soldadura al encofrado.

—Vaya tiempo, con esta niebla no se ve nada.

Ni el coche, que aparece de repente y da la impresión de ser tan grande como una casa.

LA CIUDAD UNIVERSITARIA, PERO ANTES LA CIUDAD ATÓMICA

Volvemos por el mismo camino que seguimos al venir. Las revueltas y las cuevas de la Dehesa de la Villa se suceden unas a otras. Aún duran los comentarios en torno a las instalaciones de la Paloma. Mirlo me dice:

—Sabía que hay allí cosas buenas, pero nunca pensé que fuera tan grande.

A través de la niebla se distinguen unas moles compactas, achatadas.

—¿Qué es eso?

Se lo explican a todos. Les hablan de la Ciudad Atómica, de las instalaciones que se están montando en España. Y como entramos en la Ciudad Universitaria el oficial explica a través del micrófono lo que es ésta donde están las distintas facultades, cuando fueron construidas o reconstruidas. Ante Derecho se detiene de nuevo el autocar y bajamos. En el vestíbulo resuenan las pisadas y los soldados miran y preguntan. Una puerta abierta, iluminada, atrae la atención de varios. Caminan hacia ella y uno de los bedeles sale corriendo.

—¡Ahí no, que hay clases!

—grita.
Los chicos se van, andando despacio para no hacer ruido. Bajamos las escaleras camino del bar y los muchachos se arriman al mostrador o se sientan en las mesas. Sólo uno pide una copa de coñac: tiene frío. Los demás comen un bocadillo y se toman café



En la Escuela de Artes y Oficios



El adiós a Madrid. Se van y otros soldados ocuparán su puesto mañana mismo

con leche. El encargado del bar pregunta al oficial que a qué viene todo aquello. El oficial se lo explica.

—Está bien esto, muy bien.

El capitán se echa a reír. Uno de los soldados pide que le pasen el azúcar y el capitán le alarga el recipiente. Resulta que uno de los estudiantes que están allí y uno de los soldados, son paisanos y se conocen. Abrazos y entre sorbo y sorbo de café, la explicación de por qué el soldado está aquí y no allí.

En el tablón de anuncios del bar hay pegado un cartel azul en el que con letras blancas se lee: «El T. E. U. de Derecho presentará el día 5 «El Soldado Fanfarrón», de Plauto». La coincidencia nos hace reír a todos.

Las seis menos cuarto. El coche da una vuelta por delante de las

Facultades de Estomatología, Medicina y Farmacia. El monitor continúa sus explicaciones y responde a las preguntas. El Arco de Triunfo aparece otra vez entre la niebla que ya es más espesa. A las seis termina el programa oficial. Hasta la hora de la cena estos soldados podrán pasear o irse a un café o quedarse en el cine del regimiento, como prefieran. La mayoría prefiere el cine. Algunos van hasta la Moncloa a comprar sellos y echar las cartas o comprar tabaco.

A las diez el toque de silencio acallará el cuartel hasta que el de diana levante a todos de nuevo en el quehacer de cada día, que para estos treinta y un soldados es el de aprender y conocer a España.

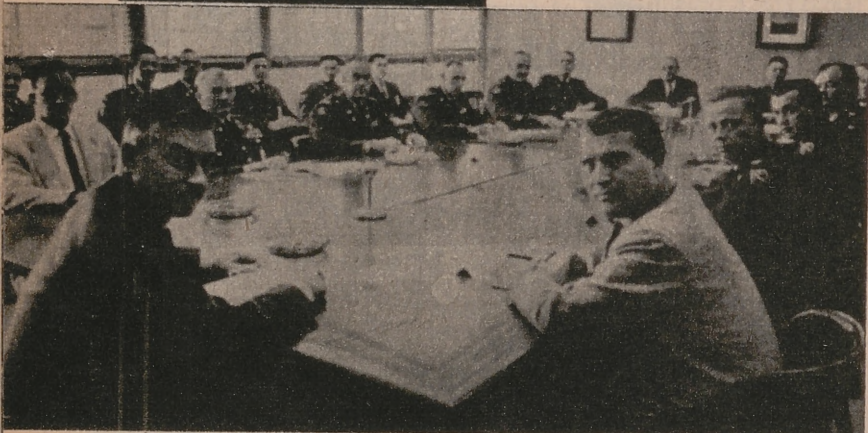
G. CRESPI



Macmillan, Eisenhower y Spaak. De aquella reunión en Washington salieron las directrices para la cooperación científica de Occidente

Werner von Braun, el hombre que fabricó las «armas de la desesperación», la «V» de la segunda guerra mundial

POSIBLE COORDINACION DE LAS INVESTIGACIONES CIENTIFICAS DE OCCIDENTE



Y de repente, la explosión, una onda de fuerza y calor que atravesó la sala y se estrelló contra las paredes. A su paso cayeron los grandes estantes, se derrumbaron las mesas, y el vidrio de probetas y matraces barrió el aire hasta hincarse en las paredes. Allí, entre otros, quedó tendido en el suelo un hombre joven, era Burkard Heim. El laboratorio destrozado había sido hasta el momento de la explosión una de las más importantes secciones del Instituto de Química de Berlín.

Después, tras los primeros auxilios, comenzaron las operaciones quirúrgicas para Burkard; largas horas en la mesa de operaciones, a la espera de una respuesta definitiva al interrogatorio sobre su futuro. Siempre había que volver a comenzar con una nueva intervención porque la explosión había destrozado su cuerpo. La cara y las manos eran sólo inmensas llagas. Tras aquellas urgentes operaciones sonó la hora de los especialistas; cada uno tuvo que intervenir en algún órgano de su cuerpo destrozado. Casi todos necesitaban distintos tratamientos.

Al fin, tras muchos meses y largos trabajos de los médicos, Burkard Heim salió de la clínica. Estaba curado... relativamente. Volvía a ser un ser que pensaba y podía reanudar sus estudios, pero ya nunca sería un hombre normal. Burkard Heim había cambiado mucho. Ahora, Heim, ciego, sordomudo, sin antebrazos y sin olfato, se enfrentaba otra vez con la vida.

Heim reanudó sus trabajos. Siguió estudiando con una voluntad casi milagrosa, superándolo todo. Pasaron los años hasta llegar a éste, en que Burkard ha cumplido treinta y dos.

Aquel estudiante mutilado ha concluido ahora una importante parte de sus estudios sobre las ondas electromagnéticas. Ante la Sociedad Alemana de Astronáutica ha expuesto recientemente sus conclusiones teóricas de las que se deriva la práctica de nuevas invenciones. Heim ha creído una nueva teoría sobre este tipo de ondas, y él cree posible la transformación de la energía luminosa en una fuerza capaz de impulsar un móvil en el espacio.

Junto con la posibilidad, él mismo se ha anticipado a las even-

HACIA UNA N. A. T. O. DE LOS HOMBRES DE CIENCIA

PREOCUPACION ALEMANA POR LA EMIGRACION DE SUS SABIOS

tales aplicaciones, diseñando la construcción de su futura nave del espacio, a la que por sus especiales características se ha denominado «elipsoide rotativo». Su forma difiere notablemente de las proyectadas hasta la fecha. El combustible para la nueva propulsión está ahí, en cualquier parte, porque es simplemente la luz. De acuerdo con sus teorías, el «elipsoide rotativo» podría llegar a Marte en ciento once días.

LA OFERTA AMERICANA

Al parecer, el nuevo Einstein, como ya se le denomina popularmente, no es ningún soñador. Los medios científicos le reclaman. De Gotinga, donde vive, ha tenido que trasladarse a Franfort para atender las demandas de información sobre sus investigaciones. Todo quedaba hasta entonces circunscrito a la esfera nacional, cuando de pronto llegó la oferta del otro lado del Atlántico. Norteamérica invitaba a Burkard Heim a trasladarse allá; en los Estados Unidos se le facilitarían todo género de ayudas necesarias para la prosecución de sus trabajos y la posible realización práctica de los mismos. Heim sí acepta, trabajaría junto con Von Braun, el también alemán y también famoso científico, que constituye hoy la máxima esperanza norteamericana en el terreno de los proyectiles dirigidos y la conquista de los espacios exteriores.

Burkard Heim no cuenta actualmente con ninguna clase de ayuda oficial para la realización

de sus trabajos. La oferta americana es muy tentadora, ya que se le ofrece la posibilidad de disponer de toda clase de medios para la continuación de sus investigaciones. El «slogan» «No importa cuánto» es muy difícil de resistir para un hombre de ciencia.

Inmediatamente que se ha hecho pública la proposición norteamericana, un gran sector de la opinión germana ha estimado que Heim debiera permanecer en Alemania. La mayor parte de la Frensa de la República Federal alemana ha solicitado del Gobierno protección financiera para que Heim pueda proseguir sus trabajos en su propia patria. Los comentarios han ganado la calle porque las emigraciones de científicos es un hecho que en Alemania, tal vez más que en otros países europeos, se ha agudizado en los últimos tiempos.

Heim todavía no ha dicho la última palabra. Ese hombre al que su desgracia física le había diferenciado del resto de los mortales, se separa ahora también al destacar su figura de investigador. Los Estados Unidos han advertido en él una nueva figura de la ciencia europea. Quizá dentro de poco tiempo el nombre de Heim figurará al lado de los éxitos de la investigación occidental.

«BOMBA NUCLEAR DE LA FANTASIA»

En 1935 el Gobierno alemán decide impulsar los estudios sobre cohetes y proyectiles dirigidos. Una pequeña isla báltica, Peenemünde, será el centro experimental donde desarrollarán sus investigaciones los científicos germanos, entre ellos Oberth, Dornberg y Von Braun.

Hermann Oberth era ya un técnico avezado en estos trabajos. El había sido el director de aquel grupo de científicos que el 25 de julio de 1927 fundara en Breslau la «Verein für Raumschiffahrt» (Asociación de Navegación Espacial). En 1923 había escrito un estudio revolucionario: «El cohete en el espacio interplanetario». En 1929 completa este estudio con otro libro, «El camino del vuelo en el espacio».

En 1931 la Asociación de Navegación Espacial registra la admisión de un nuevo socio, Werner von Braun, un joven que había trabajado ya sobre los combustibles líquidos junto con el coronel Dornberg. Los tres, en unión de otros técnicos, comienzan a investigar a las órdenes de un general de Artillería, Karl Becker, en la experimentación de cohetes para el Ejército. Tras muchos altibajos en el apoyo oficial, llega la oportunidad de Peenemünde.

De allí salieron las «armas de la desesperación», como alguien llamó a las «V». Allí, en Peenemünde, quedaron los primeros diseños y datos sobre los proyectiles balísticos intercontinentales proyectados por los alemanes.

Cuando el Ejército soviético avanza sobre Europa, los técnicos huyen hacia el Oeste. Algunos, como Helmuth Goetropp, serán atrapados por los soviéticos en sus centros de estudios o más tarde en la búsqueda casa por



Von Braun observa el espacio por un telescopio gigante

casa para la captura de científicos.

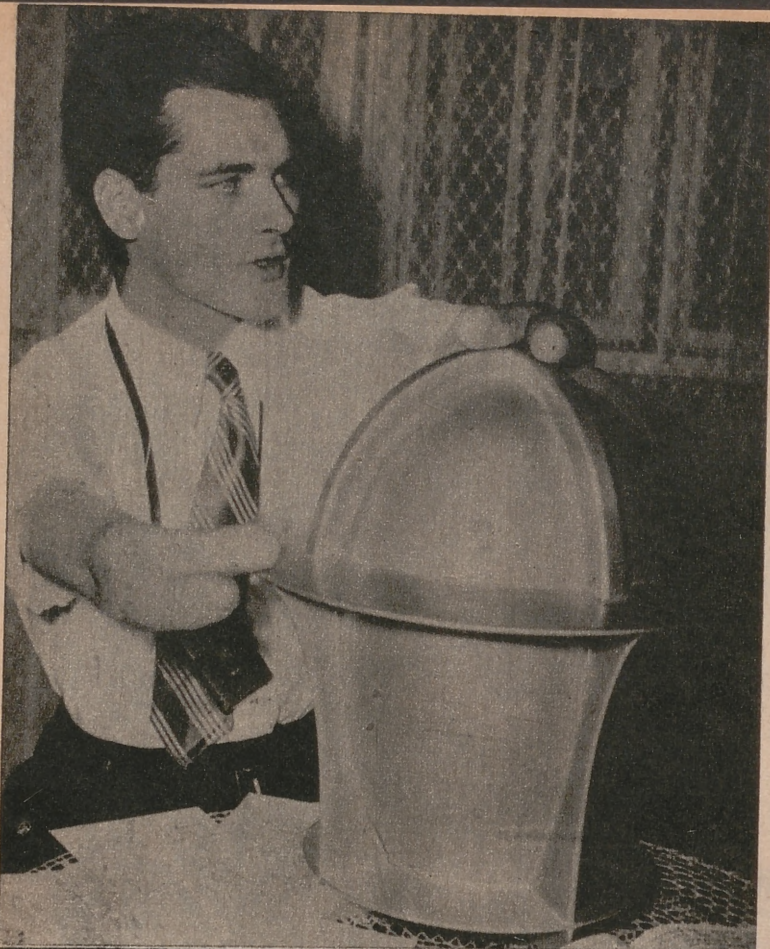
Oberth, Dornberg y Von Braun marcharon a América. Eran los tiempos en que el ser alemán constituía un agravio a los ojos de muchos. La propaganda de guerra perduraba en el espíritu de algunas gentes, y estos tres

hombres hallaron dificultades por parte de los elementos izquierdistas entonces camuflados en la Administración norteamericana al abrigo de la política de amistad con la Unión Soviética.

Von Braun, el hombre que diseñaba estaciones espaciales y preparaba los proyectos sobre los



Willy Ley y Von Braun (a la derecha) muestran un modelo de nave interplanetaria



Mutilado y ciego, Burkhard Heim ha concluido un importante trabajo sobre las armas electromagnéticas

viajes interplanetarios, recibió pronto su mote: era «La bomba nuclear de la fantasía». Pero aquello se olvidó también. Von Braun pasó al Centro de proyectiles Dirigidos Autopropulsados, en la base que el Ejército mantiene en Redstone (Alabama) y allí reanudó con más brillantez si cabe el camino emprendido en aquella Isla del Báltico, hasta la que un día llegaron los Ejércitos soviéticos.

Los éxitos de aquellos primeros alemanes que colaboraron con los americanos después de la segunda guerra mundial impulsaron a muchos a seguir su ejemplo. Gran parte de los antiguos compañeros de estos sabios germanos se ofrecieron ellos mismos; además, los Estados Unidos, que ya habían emprendido la lucha contra el comunismo, reclutaron cuantos hombres podían ser útiles en aquella Cruzada de la Ciencia.

En una Alemania fragmentada y sin recursos que le permitieran sostener centros de investigación y experimentación nada tenían que hacer los científicos. Ahora, cuando las condiciones de vida han alcanzado límites insospechados, los alemanes se preguntan si es posible detener las importantes emigraciones de sus sabios.

EL ACTA DE LA ENERGÍA ATÓMICA

Año 1946. Los Estados Unidos detentan el poder exclusivo sobre la energía atómica. Las únicas

bombas atómicas del mundo, que han hecho explosión en Nuevo Méjico, Hiroshima y Nagasaki son de factura americana. El mundo occidental vive todavía alimentando ingenuamente las esperanzas sobre un futuro feliz, exento de guerras y conflictos. Sin embargo, lo que no llega hasta la calle se traduce en las Cancillerías. A través de los organismos internacionales Rusia intenta que sean dados a la publicidad todos los secretos atómicos para general conocimiento de los países comunistas; al mismo tiempo, sus servicios de espionaje persiguen el mismo objetivo que su diplomacia, enterarse de todo lo relacionado con la nueva fuente de energía.

Pero América no está dispuesta a compartir un secreto que permitirá en los próximos cinco años detener la amenaza de los ejércitos soviéticos sobre la Europa occidental. Los Estados Unidos se hallan desarmados y sólo cuentan en realidad con la bomba atómica; Rusia tiene todos sus ejércitos en pie de guerra, pero desconocerá los secretos atómicos hasta mucho tiempo después.

Es entonces, en este momento en que se adivina ya próximo el estallido de la guerra fría cuando el Congreso americano aprueba la ley MacMahon, conocida por otro nombre como Acta de la Energía Atómica.

La nueva ley, acompañada después por una serie de medidas preventivas prohíbe terminantemente la difusión de las investi-

gaciones nucleares y de la producción atómica americana.

Después, pese a estas medidas, Rusia consigue la bomba atómica con la colaboración del británico Fuchs, del nacionalizado Pontecorvo y del matrimonio Rosenberg, amén de las fugas producidas en la red de espionaje en Canadá. Cada una de estas traiciones no hace sino aumentar aun más el hermetismo en torno a las investigaciones americanas. Los laboratorios y centros de experimentación de Norteamérica son ya más preciosos que las cajas fuertes de un Banco.

Fuera de los Estados Unidos, en la Europa occidental, los hombres de ciencia prosiguen independientemente sus propias investigaciones. Inglaterra obtiene la posesión de los secretos atómicos merced a sus propias investigaciones y otro tanto, aunque solamente en el terreno teórico ocurre en Francia.

COOPERACION ANGLO-NORTEAMERICANA

Tras los últimos avances soviéticos en materia de proyectiles dirigidos y satélites artificiales, los Estados Unidos advirtieron por boca de sus portavoces más destacados un evidente hecho: la atomización de la investigación científica en el mundo occidental. Era preciso remontar el lastre del pasado y unir los esfuerzos de todos los países. En las conversaciones entre el primer ministro inglés y el Presidente Eisenhower se inició ya la colaboración entre las dos grandes potencias anglosajonas.

El día 24 de octubre un comunicado conjunto sobre el resultado de estas entrevistas anunciaba al mundo que se habían formado dos grupos de estudio sobre relación y cooperación nuclear. La colaboración se extendía al campo de la defensa militar, particularmente a aquellos problemas referentes a los proyectiles dirigidos y los cohetes.

Esta cooperación anglo-norteamericana se había producido ya durante los años de la segunda guerra mundial. Los hombres de ciencia británicos, cuyos centros de investigación se hallaban expuestos a las contingencias de la guerra aérea acudieron a los Estados Unidos para trabajar juntamente con los científicos americanos en la fabricación de nuevas armas. Cuando la guerra concluyó, cesó la colaboración. Ahora, por primera vez en la historia de los pueblos se establece una estrecha cooperación durante un período de paz.

«COMITE DE SABIOS»

Quizá desde el primer momento la proyectada colaboración científica anglo-norteamericana fué creada con la intención de hacerla extensiva a los restantes países que integran la O. T. A. N. En las mismas fechas en que tuvieron lugar estas entrevistas se hallaba en Washington Spaak secretario general de la Alianza Atlántica ultimando detalles en torno a la reunión de jefes de Gobierno de la Organización.

Spaak declaró entonces, poco después de sus entrevistas con Eisenhower y Macmillan que el

«Occidente no podía permitirse disparar por más tiempo los esfuerzos científicos». Después añadía: «Sólo una amplia economía y una buena organización pueden llevar la alianza hacia triunfos comunes».

Tras de estas declaraciones se vislumbra ya una posible y necesaria colaboración científica entre los países de Occidente. El proyecto francés de cooperación científica que será sometido a la conferencia de la O. T. A. N. comprende la creación del llamado «Comité de Sabios», que tendrá el encargo de realizar sugerencias en torno a las investigaciones científicas y llevar a cabo las realizaciones prácticas comunes.

El proyecto comprende la creación de un sistema de becas para los científicos de la Comunidad Atlántica y de financiación de sus investigaciones mediante la creación de un fondo común, integrado por las aportaciones de los diversos países miembros de la O. T. A. N.

La supresión de las barreras legislativas que vedan la divulgación de secretos atómicos o de otra importancia militar deberá ser realizada no solamente en los Estados Unidos sino en todos los países miembros de la Organización los cuales de una manera o de otra habían aislado prácticamente a sus respectivos grupos científicos.

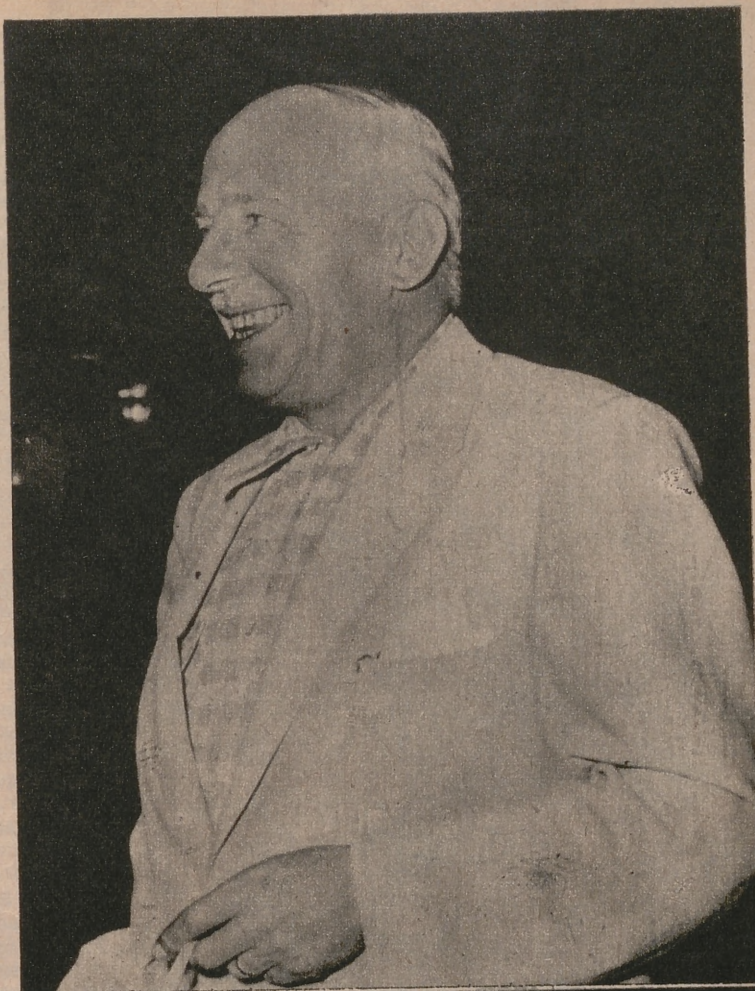
De esta manera la colaboración internacional permitirá aunar los esfuerzos en la consecución de éxitos. Por otra parte será posible llegar a una determinada especialización científica en forma tal que los equipos nacionales de investigación se repartan las diferentes tareas; la diversificación del trabajo obtendrá probablemente en el terreno científico tanto éxito como el conseguido en el terreno industrial.

LA DECLARACION DE GOTTINGA

La constitución del Comité de Sabios propugnado por Francia habría de realizarse con el apoyo de la ciencia germana. Así se llegaría, entre otros proyectos, a la constitución de un centro común de investigación para la fabricación de proyectiles dirigidos y todo género de cohetes.

Sin embargo, la República Federal Alemana renunció hace ya mucho tiempo a la fabricación de las armas A., B., C., es decir, las atómicas, bacteriológicas y químicas. En esta clasificación entran de lleno especialmente por sus aplicaciones las armas nucleares. El posible acuerdo sobre la unificación de la investigación científica occidental habría de ser refrendado por Alemania mediante la solemne derogación de esa renuncia. En el Comité los técnicos germanos habrían de desempeñar en caso contrario un importante papel que estaría en contradicción con aquella declaración referente a la renuncia.

No parece difícil conseguir este cambio de rumbo en la política alemana de armamentos. Cuando naciones como Estados Unidos se hallan dispuestas al levantamiento de la barrera sobre sus secretos militares, mucho menor es el



Walter Dornberg marchó a América junto con Oberth y Von Braun

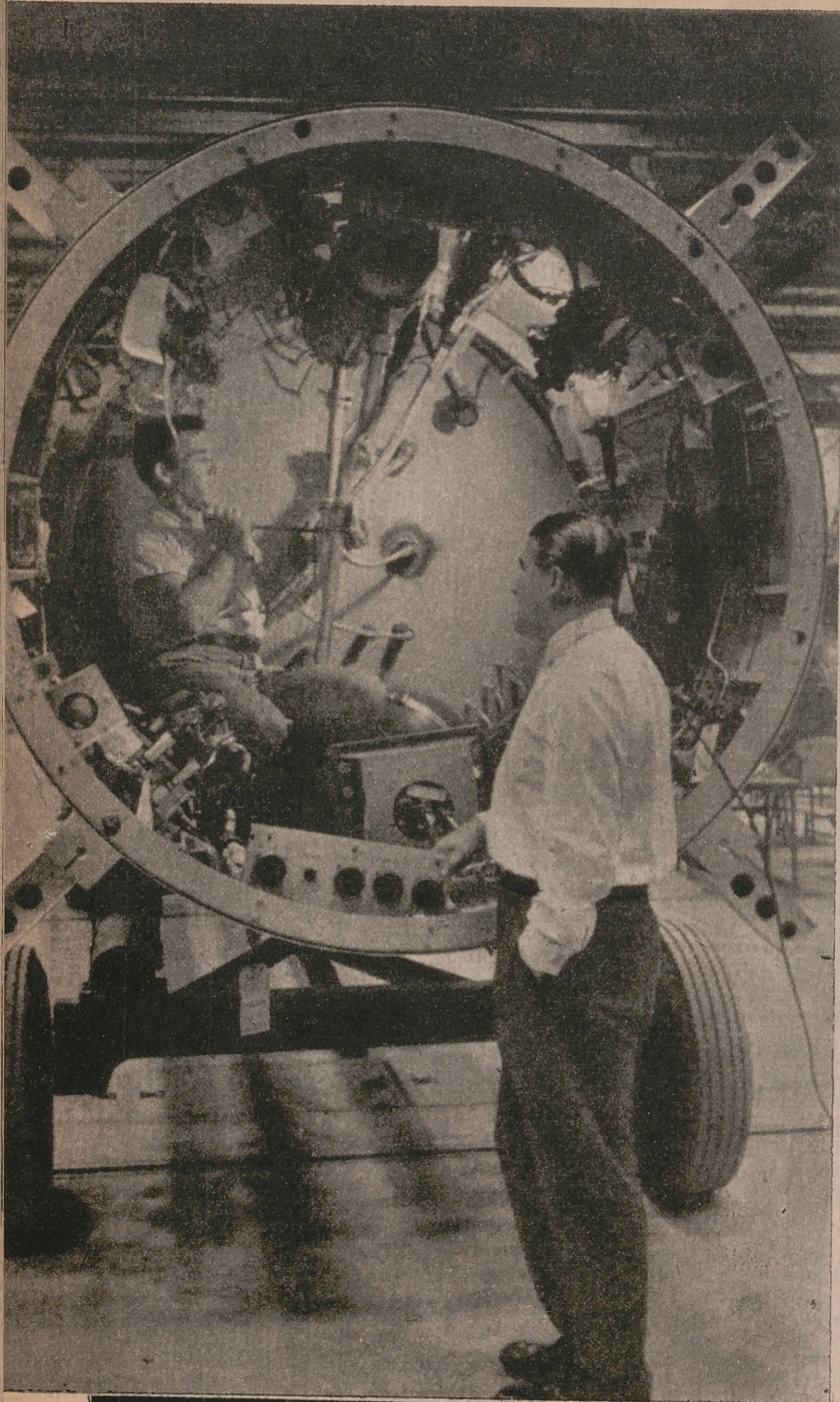
sacrificio que se impone a los germanos, quienes habrán de advertir, por otra parte, la necesidad de un acuerdo total entre los científicos de las naciones de la O. T. A. N.

Frente a las esperanzas aliadas está todavía el recuerdo de la declaración atómica de Gottinga, precisamente la ciudad de Burkart Heim. Como se recordará, los expertos alemanes en energía nuclear reunidos en Gottinga emi-

tieron hace ya algún tiempo su opinión sobre las consecuencias de un conflicto con armas nucleares. La declaración de Gottinga fué largamente aprovechada y difundida por la Unión Soviética en apoyo de su peculiar tesis sobre el desarme. Ahora en Alemania hay mucha gente a quien esta declaración inclinará a rechazar la idea de una posible colaboración germana en materia de proyectiles bélicos.



Herman Oberth (izquierda) fundó en 1927 la Asociación de Navegación Espacial



El complejo mecanismo de los cohetes exige la máxima atención. Von Braun revisa las comprobaciones

TELLER FABRICA LA BOMBA

Un científico es un ser que necesita ante todo tranquilidad, la paz de un laboratorio o de un estudio en donde desarrollar sus investigaciones. Las conmociones políticas que ha sufrido Europa a partir del Tratado de Versalles han puesto en marcha esas emigraciones, reducidas en número, pero de colosal importancia a la hora de calcular sus efectos sobre los avances científicos de cada nación.

Como Fermi, como Einstein, expatriados, respectivamente, de Italia y Alemania, muchos científicos escogieron en los años anteriores a la segunda guerra mun-

dia] el camino del destierro voluntario que les llevaba hasta América. Allí todas las facilidades financieras para el desarrollo de sus trabajos se ponían inmediatamente a su disposición. Pocos años más tarde, es la historia repetida de casi todos ellos, adquirirían la nacionalidad americana.

Este es, entre tantos otros, el caso de Edward Teller, uno de los que han sido considerados «padres de la bomba H».

Hace cincuenta años, y en una Hungría muy distinta de la actual, nació el que después sería famoso hombre de ciencia. Alemania era entonces como hoy lo es América: el foco de atracción de los investigadores. Teller, des-

pues de sus primeros estudios cursados en su patria, decide marchar a Alemania, donde se convierte en un brillante ingeniero, doctorado en la Universidad de Leipzig. Teller desarrolla tranquilamente sus investigaciones hasta que Hitler da comienzo a los «pogroms». La persecución antisemita le fuerza a huir de Alemania, y la Universidad de Londres le brinda una modesta auxiliaría de cátedra. Aquello no bastaba a Edward Teller; pronto llegan, como siempre, las ofertas americanas. Teller cruza el Atlántico y empieza a explicar en el mismo Washington Física molecular y atómica.

Llega el momento de la nacionalización. En 1941 Edward Teller pasa a ser un ciudadano de la Unión, y a partir de este acto sus investigaciones adquieren el reconocimiento del Gobierno. Es admitido en un grupo de investigadores oficiales. En la guerra primero y en la paz después, Edward Teller prosigue sus estudios y análisis. Cuando se cumplen los diez años de su ciudadanía americana, Teller concluye su trabajo; la bomba «H» es ya una realidad en manos de los Estados Unidos. Aquel descubrimiento era una realización en equipo, pero entre el reducido grupo de investigadores todos han reconocido la superior categoría de Teller, que fué el más directo realizador de la tarea.

Si se llega a alcanzar una verdadera unidad en la investigación científica occidental tanto dará para los fines generales que Teller y otros científicos como él trabajen en Alemania o en los Estados Unidos. Una comunidad occidental de investigadores colocará a los hombres de ciencia en los puestos más acordes con sus cualidades y trabajos.

La colaboración científica aparece en otro de sus aspectos como una contrapartida de la ayuda militar que Estados Unidos puede prestar a Occidente. El consejo en proyectiles de la O. T. A. N., doctor Theodore von Karman, ha solicitado de Norteamérica la distribución de proyectiles de alcance intermedio entre sus aliados miembros de la Organización. Su petición será probablemente discutida en la próxima reunión de París, dada la trascendencia del proyecto. De esta manera, y aun careciendo de los I. C. B. M. (Proyectiles Balísticos Intercontinentales) se podría alcanzar cualquier punto de Rusia desde las plataformas occidentales y no tan sólo desde las bases de lanzamiento americanas en Europa.

Pero esta ayuda americana no debe ser la única. Es preciso que todos los Estados miembros de la O. T. A. N. se esfuercen en coadyuvar en la tarea de garantizar una defensa adecuada en caso de un ataque soviético.

Guillermo SOLANA



DONDE ACABAN LAS NIEVES EMPIEZAN LAS VIÑAS

**CEPAS AL
PIE DE LOS
VOLCANES
DE LOS ANDES**

A estas horas yo sé muy bien que en distintas regiones españolas los carros y los camiones habrán dejado ya de transportar capazos de uva, y en los pueblecitos, los pisadores habrán concluido esa danza primitiva que ballan con los brazos cruzados o las manos extendidas sobre los racimos sangrantes. El racimo es una de los frutos sometidos a una más inexorable ley y a un más inalterable rito.

*Santiago y Santa Ana
pintan las uvas;
para el mes de agosto
ya están maduras.*

Cantábamos de pequeños. Y era como si, efectivamente, unas manos milagrosas —o también algún puñal pagano—, en una sola noche hicieron el milagro de convertir en oro y sangre el agrio y prieto grano de las uvas. Aunque guiñando los ojos ya a partir de esta fecha los niños asaltábamos las cepas y cogíamos un grano de aquí y otro de allá. Y la chicharra todavía cantaba.

Pues bien; justamente estos días ando por las faldas de la cordillera andina y voy atravesando los viñedos más cuidados, lucidos y ricos que haya visto en mi vida. Y no los veo con los pámpanos floridos, escondiendo el cuajado y transparente licor, sino que los voy viendo alineados en cuadros geométricos perfectos, con los esqueléticos y recortados sarmientos al aire y esa desnudez

de color de mujer sufrida que tiene la cepa.

Y es que estas cepas, que nacieron de aquellas otras, en todo siguen el mandato de la vida menos en el tiempo. Yo pienso si estas cepas, evocando interiormente el lugar de su nacimiento, pongamos La Mancha castellana, los recodos andaluces o catalanes o el Levante mediterráneo, sentirían por dentro la misma perplejidad y nostalgia de hombre latino que se ve forzado en las Américas a celebrar la Navidad en mangas de camisa, con abanico y trozos de hielo en la fruta. Pero lo que es indudable es que

España y nuestros labradores —algunas veces pescadores improvisados— trajeron a América ese cuerpo del delito, del pecado más antiguo de la humanidad, que es la cepa. Y que lo trajeron esmerándose tanto en la selección,



Con los «tachos» al hombro, que llevan la uva del pie de los Andes

cuidando tanto el trasplante y el enterramiento, que hoy estas viñas son como hijos hermosos que recuerdan en todo a la serena y majestuosa madre. Son estas viñas como pimpantes pollitos al lado de la gallina vieja, un tanto cansina y torpe. Porque es indudable que nuestras viñas empiezan un poco como a aburrirse y cansarse de la vida. Mientras sólo con la juventud puede explicarse que al pie mismo de los cerros, donde los Andes van volcando sus piedras deshechas en las corrientes de hielo, sea en donde crezca alegre e impetuoso el pámpano y en donde el sarmiento sea como un grito permanente de resurrección hispánica en la muda soledad de los valles infraandinos. «A buen juez, mejor testigo».

Por regla general, en todas estas plantaciones, quien poda y vendimia, quien injerta y acarrea, son españoles e italianos, razas sabias en el manejo, cultivo y paladeo del mosto, antes de que en América se supiera de la gracia carnal y dionisiaca y también reconfortante y mística del vino. (Ahí está uno de los más bellos secretos y regalos que el Cristianismo ha legado a Occidente y por Occidente a los hombres.) Quizá por eso estos vinos, hijos de aquéllos, aunque sabrosos, intensos, aromados, no tienen el poso de antigüedad y sabiduría ni el aroma de mitología hecha vida que tienen por nuestra Europa. Son vinos fieles, leales, siguen el dictado de la sangre e incluso se ve en las cepas y en las viñas cierto aire de familia, un mismo gesto y actitud ante el monte, ante el río, ante los demás árboles e incluso ante el hombre; pero no tienen todavía aquel pícaro y solemne magisterio de los vinos que han tenido trato directo con los filósofos griegos y los emperadores romanos. Empiezan a tener cierto paladeo, se ve que están adquiriendo experiencia e intención; se les nota fuertes, resistentes, renovadores, pero todavía son más ostentación que grados, más adorno que esencia, más carne que alma, más paisaje que misterio.

En América la viña es algo que se deja al cuidado de las estaciones, del cielo, del sol y del viento. Por ser algo joven, algo que se está haciendo, cada año tiene

a su cuidado familias enteras, que van poniendo al aire los sarmientos sobre tensores alambres, que van rastreando las hierbas y limpiando las tierras. Y hay expertos para el riego, para renovar los surcos y para que al nervio adolescente de la cepa le vaya llegando el calor del enfermo abono y la frescura saludable del agua.

LA VIÑA, AL PIE DEL VOLCAN Y DE LA TORRENTERA HELADA

Estas viñas de Mendoza, al contacto del viento helador de la cordillera, guarecidas un poco en el socavón del valle, son como jardines y como si éstos fueran los últimos paisajes que vieron los españoles antes de hacer la gran machada de cruzar los Andes a lomo de caballo y de mula. En donde, naturalmente, también les esperaban otros valles en los cuales harían también crecer la vid. Sin vid no se podía hacer la guerra. La vid era necesaria para adquirir fuerzas y proseguir la conquista. Y no sólo como brindis insustituible para cualquier Ejército en campaña, sino como elemento instaurador para una vida de hogar. Con el vino venía el amor, y con el amor, los hijos. A estas cepas, pues, se les debe, como al vino del sacrificio de la misa se le debe el perdón, la gracia del beso y la caricia, y luego, tras la fecundidad de la carne, la caridad y la comunión en el espíritu.

Son mares inmensos, mares quietos de cepas, porque no hay sarmiento que flote ni pámpano que ondulee indisciplinado. De vez en cuando surge algún montecillo o alguna fila de árboles frutales o una pequeña pared de olmos, como para evitar a las viñas resfriados peligrosos. Cerca, muy cerca, anda el agua de nieve de los Andes, llorando con rumor de voces, entre las que es preciso reconocer agunas de raíz puramente india. Sobre el muralón de los Andes, con su fría arrogancia, con su monstruosa sequedad, con su impávido y ancestral silencio, reconozcamos que lo primero que hacía falta era este bautismo humano de la frágil y horizontal plantación de los viñedos, esta cornosidad del pámpano

caído, esta misericordia del vino, este humano perdón de la borrachera. Los indios tenían sus bebidas y las tienen; pero, en el fondo, más que alegrar el corazón son bebidas que enloquecen y perturban el alma. ¡Qué cosa más triste, Señor, son las borracheras a base de estos brujos zumos y caldos revueltos del poblado y la selva! Con el vino venía otra cosa, el lento diálogo, el recuerdo matizado, el adormecimiento filosófico, el rito sacrificial, la divina transustanciación, en una palabra. Se comprende que la cepa fuera artículo de primera necesidad para las bodegas de los colonizadores españoles.

Con el vino los españoles trajeron a América, no sólo la euforia y el sentimiento. Trajeron también el existencial exceso y el teologal arrepentimiento. Trajeron la fe, recubierta de hojas grandes como corazones.

Naturalmente, los americanos, cuando les llegó la hora de luchar y combatir por su independencia, ya tenían a la mano el vasito de tintorro y la jarra de blanco. Un mismo vino conventual y heroico se ha traspasado y trasfundido de sangre a sangre, de oración a oración, de copa a copa, de taco a taco.

MÁS DE 150.000 HECTÁREAS DE VINEDOS TIENE MENDOZA

Y ahora, dejemos de hablar del vino (sin género), como dicen o diría cualquier escolástico de los que no prueban el vino, y hablemos de la cosecha mendocina, de ese reguero de lava volcánica que baja de la falda de la cordillera hasta el delicado tobillo de la población argentina. Yo creo que el vino es lo que hizo posible hasta el tango, baile que tiene, junto a lo desolado, viuda y melancólico, cierto aire peleón y jaranero. El vino le dió triste y sensiblero a los argentinos, quizá por falta de costumbre.

Más de 150.000 hectáreas tiene Mendoza dedicadas al viñedo. Un millón y medio de toneladas de uva viene a producir por año. En pesos son más de tres mil millones.

—¿Cuántas fábricas de vino habrá por aquí?—pregunto a un



Las viñas son como inmensos mares quietos de cepas, de una altura de un metro cuarenta centímetros



Escena de la vendimia en Mendoza. Las mujeres, con los grandes pañuelos para preservarse del sol

señorito delgado que para desayunar toma «Río Viejo», de Domecq.

—Aquí debe haber unas mil quinientas.

—¿Y cuántas familias vivirán aquí, en Mendoza, del vino?

—Unas veinte mil.

Al señorito mendocino, que tiene un fortunón en cepas y es un egregio producto entre italiano de la campiña florentina y vasconavarro, un personaje entre aristócrata y campesino, le tien-

ta hablar del vino. Y prosigue:

—Claro que esto no es Jerez. Aquí la vendimia la celebramos en marzo y abril. Pero no crea; aquí también nos gastamos en estas fiestas varios millones de pesos. ¿Usted ha estado alguna vez en el Museo de Chicote?

Yo le contesto que de Chicote lo que más conozco es lo de arriba, allí donde se reúne «la crema de la intelectualidad» y todo lo demás.

—Pero a mí, perdón, me da en

la nariz que a este vino le faltan grados.

—Por lo general son de 12 a 13 grados, para no engañar.

El señorito mendocino, que tiene una casa de marqués y un coche de torero, me dice:

—Vamos al campo, amigo.

Los alrededores de Mendoza tienen algo de Murcia y de Logroño y también algo de Valladolid. El coche va pasando por caseríos dispersos; unos, poblados con hoteles de fachada rosa, y



Las mujeres mendocinas toman parte activísima en la recolección de la uva de los Andes



Largas hileras de hombres y mujeres transportan el fruto hasta los camiones

otros, con barracas que huelen a cabaña de pastor. La carretera es flexible como la cintura de las muchachas de Mendoza. De vez en cuando, nos acercamos al río. El río es delgado como el cuello de un seminarista de los que van para Santos. A veces el río se apelotona y encrespa, se ve que se ha tragado trozos de carretera y es como el puño de un boxeador dando contra la pared en un ensayo. A veces también derriba la pared de los huertos.

—Ha de saber —dice el señorito mendocino largándome un puro, naturalmente, Partagás, Ibarra y Compañía— que estas viñas tienen un rendimiento de las mayores del mundo. Dan hasta 30.000 kilos por hectárea y 50.000 en parrales.

De trecho en trecho, un caballo o mula se cruzan en la carretera. Igual que en Valladolid. En cualquier cruce sale una vaca y nos hace parar. Igual que en Murcia. Cuando menos lo esperamos, una muchacha que lleva falda roja, jersey verde y pañuelo rosa, nos dice adiós con la mano. Igual que en Logroño.

—Pero esto no vale—digo yo.

—¿Por qué?—responde sin adivinar en dónde está la trampa.

—Aquí hay agua para regar las viñas y en mi tierra hay que esperarla del cielo.

—No crea que todo es el agua. También está la mano del hombre.

Los ríos que riegan las viñas y los huertos mendocinos son el Mendoza, el Tunayan, el Diamante y el Atuel.

—¿Y sabe lo que nos cuesta, a pesar de todo, el agua?—prosigue—. Pues unos sesenta pesos por hectárea.

El señorito mendocino, en realidad es un señor. Tiene lo menos posible de señorito. A las cercas del camino salen las gentes campesinas y lo saludan con gran simpatía. A ratos, para el coche, desciende y veo cómo les pregun-

ta por la mujer, los niños, la cría de la perra y la pasada gripe. En seguida, vuelve al coche.

—Es que estos, aquí donde los ve, son nuestros socios. A cada familia de estas le entregamos una parcela por cada diez o quince hectáreas. Les entregamos, además, los animales, las herramientas y las máquinas.

—¿Y no cobran nada?

—Reciben mil pesos por hectárea y el dieciocho por ciento de la producción.

Está claro que el señor mendocino, tanto como cuida sus viñas, cuida de los viñadores que se la cuidan. Por todos lados se ven hombres que recorren mimosamente las filas de los parrales y las cepas, vigilando la formación, como un coronel chiflado por la disciplina castrense vigilaría sus tropas. Un pelo, cualquier hierba, un sarmiento torcido, un paso o un alambre caídos, le hacen detenerse.

—¿Y no producen ustedes más que vino?

El mendocino, que sabe lo que se pesca, me vuelve a encender el puro apagado y continúa:

—Estamos comenzando. Pronto vamos a tener una importante central eléctrica. Pronto estaremos en disposición de producir también coñac y champán.

Al ver mi gesto, que es añoranza del coñac que yo conozco y nostalgia del champán que apenas prueba, exclama:

—Claro que ustedes...

DISCIPLINA DE LAS CEPAS Y DISCIPLINA DE LOS VIÑADORES

Bajamos. Estamos en una finca fabulosa de varios kilómetros. Al cruzar la puerta nos encontramos, frente a las naves de las bodegas, el balancín de una enorme báscula.

—¿Me quiere pesar? Kilo más, kilo menos...

—Está equivocado. Le daré el peso exacto.

Me da exactamente mi peso, menos cinco kilos; pero yo comprendo que, entre salsas y tragos, entre imprevistas carreras y pensados quietos, haya perdido cinco kilos. Lo comprendo.

—La medida que usan nuestros vendimiadores es el «tacho», una especie de cubo raro en el que entran unos veinte kilos. En la vendimia trabaja toda la familia. La vendimia es como una fiesta y tiene color de romería. Las muchachas llevan un pañuelo cerrado para no quemarse el cutis. Se ponen en filas y van vaciando cada cual su «tacho» en el camión. Por cada «tacho» reciben una ficha que luego canjean por dinero.

—¿Cuánto se les da por cada tacho?

—Dos pesos o algo más, según.

—¿Cuántos «tachos» logra un vendimiador, digno de tal nombre?

—Unos cincuenta o sesenta por día.

Vamos avanzando entre las cepas. Con un metro se puede medir: no hay entre cepa y cepa más centímetros que el metro diez y entre hilera e hilera ni más ni menos de un metro ochenta.

—¿Qué hace ese tío?

—Está despampanando.

—Dígalo otra vez.

—Eso que hace de recortar lo que le sobra a la cepa se llama «despampanar».

—En mi país por despampanar yo creo que se entendería otra cosa.

Se ríe. El sabe algo de esto. Pero, como está en lo suyo, prosigue:

—No permitimos que haya una cepa de más altura que unocuarrenta.

Recuerdo las viñas y las cepas de los viñedos de mi pueblo. En verdad que no las recuerdo tan altas, a pesar de que yo era niño cuando las recorría.



Para controlar el número de recipientes que se llevan a los camiones, los vendimiadores reciben una ficha

Vamos avanzando entre largas, rectas e interminables hileras de cepas. Las hay de mil quinientos metros de largas. Pero guardan una simetría casi obsesionante.

—Son muy buenas cepas—le digo.

—Algunas llegan a dar diez kilos de uva.

—¿Cuál es el término medio de producción en Mendoza?

—De diez a once mil kilos por hectárea.

Yo no sé lo que pensarán las cepas madres y abuelas de estas pomposas y pujantes cepas andinas. A lo mejor, lo que sienten no es envidia, sino orgullo.

Está atardeciendo. Empieza a bajar de la cordillera un viento resonador y ululante que da al paisaje un estremecimiento extraño. La nieve no es blanca aquí. La nieve es rosa. La nieve es violeta. La nieve aquí no es nieve.

José Luis CASTILLO-PUCHE



*Obsequie a sus amistades
con una suscripción de*

EL ESPAÑOL

Escriba hoy mismo a nuestra administración:

Pinar, 5 - MADRID

EL ESPAÑOL


SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

HACIA UNA N. A. T. O. DE LOS HOMBRES DE CIENCIA

POSIBLE COORDINACION
DE LAS INVESTIGACIONES
CIENTIFICAS DE OCCIDENTE

(INFORMACION EN LA PAG. 54.)



Von Braun junto al modelo de cohete lunar que ha proyectado